Leonardo Castellani

MARTITA OFELIA Y OTROS CUENTOS DE FANTASMAS



BIBLIOTECA DICTIO

a primera edición de MARTITA OFELIA Y OTROS CUENTOS DE ANTASMAS apareció en el año 1944. Ésta es, pues, la segunda; produce el texto íntegro de la primera, con más un cuento, escrito n 1967, titulado *El caballo con alas.*

DICIONES DICTIO — Buenos Aires

echo el depósito que marca la ley 11.723
IPRESO EN LA ARGENTINA

PROVINCIA ARGENTINA
DE LA
COMPAÑIA DE JESUS
SARANDI 65
BUENOS AIRES

MARTITA OFELIA y otros CUENTOS DE FANTASMAS, por Jerónimo del Rey pueden imprimirse. Pero debe omitirse en la pág. 7 la alusión a Mons. Copello, y en la pág. 13 la alusión a la vivencia emotiva del mono.

17 de agosto 1943. Horacio J. [illegible]

PARTE PRIMERA: *MARTITA OFELIA*

Noticia aparecida en los diarios

"Después de casi tres años de fatigosas indagaciones, el juez cordobés doctor Abalos declaró culpable del asesinato de Marta Ofelia Stutz, de 9 años, ocurrido en Córdoba en diciembre de 1938, condenándolo a 17 años de presidio. El sentenciado recusó la sentencia ante la Cámara de Apelaciones. Un año después, dicha Cámara absolvía de culpa y cargo al acusado y lo ponía en libertad...".

Prólogo

Es inevitable que entre catorce millones de habitantes existan algunos degenerados, ya congénitos, ya, como casi siempre acontece, formados por una lenta y progresiva depravación. No puede, entonces, sorprendernos un monstruo que llegue a los crímenes más nefandos para satisfacer su bestial concupiscencia... Pero lo tremendo, lo supremamente grave, es que los monstruos se nos aparezcan rodeados por toda una cáfila de individuos que los ayudan, los amparan, los defienden, y hasta ponen a sus órdenes los resortes administrativos. Semejantes a gusanos sobre un trozo de carne putrefacta, pululan tales colaboradores, para quienes no hay siquiera la excusa de una anormalidad, verdadera o supuesta. Y éstos, a su vez, encuentran apañadores, dan con increíbles complacencias, y gracias a la debilidad de quienes, en lugar de reaccionar, *callan y otorgan*, llegan a ocupar cargos de importancia. Estamos, entonces, en presencia, no ya de dos degenerados, sino de una inmensa trama, que amenaza envolver al país y arrastrarlo al estercolero.

Los crímenes de Córdoba y de San Juan, los cometidos por esos dos raptores o seductores de niñitas, probables asesinos de alguna de ellas, tienen *antecedentes*, están rodeados de *adjuntos* y engendran *consecuencias*...

He aquí, en San Juan, un individuo que hace años fue condenado por uno de esos delitos que pulcramente se llaman *privados*. Lo obvio, lo lógico, es que se lo mantenga alejado de los pequeños. ¡Y se lo nombra profesor, y presidente de la cooperadora escolar de una escuela de niñas!

He aquí, en Córdoba, un empleado público. Pertenecía a la policía de Buenos Aires. Fue denunciado ante un tribunal por delitos contra la moral, pues explotaba a las mujeres de mala vida. A pesar del testimonio unánime de las mismas, y de las acusaciones formuladas por los vecinos, el juez lo absuelve: la prueba le parecía insuficiente. Pasa la causa a la Cámara de Apelaciones, que lo condena a cuatro años de prisión. El culpable, insuficientemente custodiado, escapa a la pena y se oculta. Terminado el plazo de ésta, sale otra vez a la luz pública, y pide que se sobresea en lo relativo a su castigo. Un juez lo hace. Nuevamente, debe intervenir la Cámara de Apelaciones, que manifiesta no poder existir sobreseimiento, y comprueba simplemente que hay prescripción. ¡Y este señor aparece ahora con un puesto de importancia en la policía de Córdoba, y está encargado de la moralidad de la provincia! ¿Verdad que esto haría reír si no hiciera llorar?

¡Pues hay algo mejor todavía! Una niña que está en peligro de perderse es enviada por la autoridad competente a un asilo, para que se provea a su educación. ¡Y con la intervención de hombres provistos de cargos públicos, esa criatura de catorce años es sacada del establecimiento y entregada para su formación a una prostituta!

Pues bien, es en este ambiente, donde, sin trabas, se forman los monstruos a que antes me refería. Porque es necesario comprenderlo bien: el vicio ha menester de una atmósfera favorable. La misma degeneración nata, infinitamente más escasa de lo que se cree, es cohibida en su ejercicio por los frenos sociales cuando éstos son poderosos. Pero consideremos ese clima moral compuesto de tangos compadres y lascivos; de piezas *nacionales* en que lo burdo hace competencia a lo descocado; de guaranguería que viste pijama o smoking, pero bajo diversos aspectos es siempre idéntica a sí misma; de carrerismo y logrerismo; de *cachadas* y de *farras*; de baja politiquería y de venalidad; ese clima en que los diarios llamados serios comienzan ya, para no dejarse distanciar económicamente, a competir con los pasquines. ¿Cómo no se

quiere que dentro de él, quienes tengan alguna proclividad, fácilmente reprimible, hacia lo anormal, no se sientan inducidos a darle pábulo? Para comprenderlo, no hace falta haber leído a los Santos Padres; basta hojear a Taine y otros muchos que, fuera de toda confesión religiosa, han demostrado la función casi decisiva del medio sobre la formación y deformación de los caracteres.

Tómese a un individuo con tendencias levemente torcidas; edúqueselo sin ninguna base espiritual; hágasele leer desde la niñez los folletos sobre todas las degeneraciones, que se encuentran por pocos centavos en cualquier quiosco; persuádasele desde su adolescencia de que la impureza, no sólo no constituye una inferioridad, sino que es prueba de hombría. Este tal, alcanzado por el hastío, se inclinará cada vez más hacia lo nefando. Dentro de un régimen limpio, habrá reaccionado y vencido; dentro del que acabo de indicar, pensará, soñará, apetecerá, hallará favorecedores, traficantes de carne humana, proxenetas y coimeros, y un día perpetrará un atentado. Si resultó impune del primero, continuará su serie, hasta que una pura casualidad lo descubra, y entonces se comprobarán horrores como los de San Juan. Las víctimas de los monstruos, lo son primero del ambiente social corrompido.

De seguir las cosas como van, no serán necesarios vencedores externos, pues marchamos al suicidio. Hoy, lunes, LA NACIÓN ha debido consagrar un nuevo artículo a la desnatalidad, mostrando que es un problema principalmente moral, y me han sido remitidos ejemplares de cierta circular en que se falsea el sentido de una encíclica pontificia, para pregonar comercialmente libros que aspiran a combinar la esterilidad con la doctrina católica. Los monstruos son un indicio de lo que preparan, más que ellos mismos, los cómplices que encuentran para sus enormidades.

Y si, como lo pretende una discutible ciencia, todos ellos son irresponsables —los monstruos—, mayor todavía es la culpabilidad de quienes exacerban a los más peligrosos dementes que la humanidad haya conocido y los ayudan a lanzarse sobre niños indefensos.

Después de mil andanzas, es arrestado con incomunicación el individuo a quien toda Córdoba señala como culpable. Esa incomunicación es condición indispensable para lograr un resultado. No se trata ya de castigar al criminal, sino de salvar una pobre niña raptada si es que todavía vive, cosa que se ignora. Pues bien, a pesar de eso, desde la primera noche, el jefe autoriza al sospechoso para que vaya a dormir a su casa, con el irrisorio compromiso de que nada hará que pueda cambiar su situación. ¿Créese, acaso, que si ha cometido el delito tan espantoso de que se lo acusa, tendrá escrúpulos en faltar a su palabra? ¿Estamos en presencia de una ingenuidad inverosímil, o de qué? Pero es un hombre importante el procesado; tiene dinero, relaciones, ¡hasta se dice que es amigo del gobernador!, lo que éste luego negó. Entonces, todo se le otorga, se violan las disposiciones del juez, se organiza la defensa, se prepara la coartada... ¡y que la niñita perezca, con tal de salvar al monstruo! Si un pobre obrero, llevado a una comisaría por haber dado un par de bofetadas estando ebrio, pidiera permiso para ir a su casa, ya podría disponerse a recibir el premio de su... insolencia. ¡Pero nuestro país es, ante todo, igualitario...!

Saben todos cuán peligroso es permitir, en tales circunstancias, dinero a los encausados. Por eso se los priva de él. ¡Pero al presunto monstruo, de ninguna manera: se le deja su libreta de cheques! Y, como es sorprendido el documento de soborno, y el acusado es llevado a una cárcel, ¡antes de dos días recibe nuevamente, Dios sabe —y algunos hombres también— por qué caminos, la libreta!

Cada día se descubre una nueva vergüenza. El automóvil en que, al parecer, fue raptada la niña, es mal examinado, se permite que sea lavado, y tan sólo al cabo de un mes se descubren por casualidad manchas de sangre. En San Juan, las cosas son más horribles, si cabe. Viejas celestinas que venden sus infantiles descendientes; menores de edad amancebadas con el principal culpable y que se convierten en proveedoras de sus vicios; víctimas enfermas, acerca de cuya dolencia es imposible dudar y cuyo atropello no es denunciado por quienes tienen

cargo de hacerlo; inmundicias de toda categoría, nos asaltan, nos sumergen en oleadas de fango. ¿Hasta dónde se ha extendido el mal? ¿Qué zonas sociales se ven libres de él todavía?

Dos cosas llaman, desde luego, la atención. Se rehúsa, en primer lugar, la noción de castigo, o sea, la reparación a una justicia superior violada, y se habla sólo de peligrosidad. Este segundo concepto, en efecto, es conciliable con el materialismo, que niega la libertad. La doctrina de la peligrosidad, cuando no se ve en ella un aspecto de la teoría general del delito sino la totalidad de la misma, es eminentemente utilitarista, no tiene en cuenta el *bien* sino la *conveniencia,* y prescinde de toda forma de moral superior. El castigo, en cambio, fuera de admitir una superioridad positiva de la sociedad sobre el individuo, en cuanto al orden general se refiere, y de combatir, por lo tanto, al individualismo, afirma la autoridad de una *ley eterna,* para emplear las palabras de Cicerón; ley eterna que, según el mismo orador, *"es idéntica en Atenas y en Roma"*, y que no es dictada ni puede ser modificada por los hombres. En suma, cuando no se tiene en cuenta más que la peligrosidad, la pena impuesta a una persona depende de dos factores: el perjuicio inferido a terceros y la posibilidad de reincidir en falta idéntica: de ahí, la multa por una parte, el encierro por otra. Pero un concepto espiritualista, y más aún, un concepto íntegramente cristiano, va más lejos, y además de los dos factores nombrados, y por encima de ellos, coloca la ofensa a la ley suprema de justicia, y la reparación que se le debe. De ahí que sancione aún los actos que, por una parte, ningún daño concreto han inferido a terceros y, por otra, no ofrecen probabilidad alguna de verse reiterados. Por debajo, pues, de ciertas teorías acerca de la peligrosidad, bulle todo el problema de si la sociedad ha de centrarse, no ya sobre lo material, sino sobre el materialismo. Y hemos visto a juristas importantes adoptar en estos últimos días tal posición.

Todo esto se agrava con el segundo punto a que antes hice referencia: la noción mal entendida de *anormalidad*. ¿Que debe abarcarse con esta palabra: nada más que lo que sale fuera de la *norma*, o sea, de lo habitual y prescripto? En este caso, los degenerados que dan motivo a este artículo son, evidentemente, anormales, ya que, gracias a Dios, todavía no está generalizado el que los hombres de cuarenta y más años rapten y atropellen y aun maten a las menores de diez. Pero no es tal el sentido que a la palabra suele darse, sino que esa anormalidad moral se vincula estrechamente a una anormalidad de orden material, afirmándose, además, que ésta es única determinante de aquélla. Para lo cual, se encomienda su examen a médicos que, si son bastante competentes en lo anatómico, y casi siempre mucho menos en lo fisiológico, suelen ser completamente ayunos en lo psicológico, de lo que no existe curso alguno en la Facultad de Medicina. Y yo estoy muy lejos de negar que lo fisiológico pueda en algún caso perturbar lo psicológico o que, para valerme de la comparación de Bergson: un clavo roto desgarre la capa que de él quiera colgarse. Pero de ahí, para continuar la semejanza del mismo escritor, no se sigue que haya de identificarse el clavo con la capa, ni que todas las roturas de ésta deban atribuirse a aquél. En otros términos, nos hallamos todavía, en nuestro país, en el ambiente mental lombrosiano, que ha sido ya sobrepujado en otras partes. Pero como la anormalidad así entendida se vincula a la noción de responsabilidad, oímos a cada hora calificar de *enfermos* a los peores criminales. Es que se han desatendido las exactísimas doctrinas acerca de las dos categorías de actos voluntarios.

Hay actos, en efecto, que son *inmediatamente* voluntarios: he elegido el tema de este artículo *porque quise;* en rigor, habría podido escribir acerca de otro cualquiera. Pero ciertos actos son voluntarios *en su causa:* este ebrio *ahora* ya no sabe resistir a la tentación del alcohol; mas, en los principios de su hábito vicioso, pudo perfectamente defenderse contra ella, no quiso

frenar su inclinación inicial, fue cediendo gradualmente, y por fin llegó al punto en que se encuentra hoy. Los actos que comete en estado de embriaguez no le son *inmediatamente* imputables, pero sí lo es *la causa de su estado*: la responsabilidad se encuentra en las fuentes primeras de su tendencia; su anormalidad no es congénita sino adquirida, y libremente adquirida. La anormalidad *actual* no basta, pues, para eximirlo del castigo.

Y por aquí volvemos siempre al problema moral, del que el crimen es tan sólo un caso particular. Leía yo, días pasados, un juicio de la doctora Telma Reca sobre estos tremendos delitos. Es que no se cumplen las leyes, decía la conocida escritora. Prescindo ahora de averiguar si tenemos las leyes necesarias, y si ellas están bien orientadas. Pero el problema no finca en comprobar que las existentes no son respetadas, sino en averiguar *por qué no lo son*. Y nos encontramos frente a esto: los encargados de cumplirlas y de aplicarlas se ven arrimados a la siguiente disyuntiva: o someterse a la ley, y con ello sufrir, o esquivarla, consiguiendo con ello un goce. Si la tesitura moral de los así emplazados es débil, si han sido educados en el culto del placer, ¿a qué viene sorprendernos de que elijan el segundo término? El centrar toda la cuestión en la anormalidad fisiológica es atentar contra la posibilidad de remediar fundamentalmente el mal.

Mucho más podría decir, pero lo expuesto basta para comprobar, en primer término, que desde el monstruo propiamente dicho hasta el que conoce sus andanzas pero guarda silencio y, pudiendo evitarlas, no quiere cargar con la molestia que ello implica, se extiende toda una gama de complicidades, toda una serie de cooperaciones negativas o positivas, cuya existencia depende de la educación moral general. Y, en segundo término, lo dicho nos convencerá de que, mientras no salgamos de la peligrosidad y la anormalidad materialísticamente entendidas para admitir como fundamento de todo derecho penal la existencia de una ley superior de justicia, a la que deben acomodarse todas las leyes que los hom-

bres dictan, seguirán los monstruos haciendo estragos y encontrando colaboradores para su obra nefanda.

Ante su enormidad, la muchedumbre instintivamente reacciona, y quiere aplicar la ley de Lynch. Se ha dicho que ello obedece a un sentimiento primario de venganza. Algo de esto hay, sin duda, pero también otra cosa, infinitamente más grave.

Si el pueblo estuviera persuadido de que la justicia será implacable, inflexible, rápida, no influida por factores personales, se puede tener la certidumbre de que no se entregaría a manifestaciones como las mencionadas. Pero el pueblo *va perdiendo la confianza en la justicia,* y ciego es quien no lo vea. ¿Cuándo acabará el juicio de los asesinos del joven Ayerza? ¿Cuándo habrá sentencia acerca de los asesinos de los dos universitarios cordobeses? Muchos casos más de esta categoría han convencido a las masas de que en los estrados pesan determinados elementos políticos, o de que cabe torcer por otros medios los veredictos. Hace ya muchos años, escribía E. Drumond en Francia: *"he sido condenado por Temis: Temis, antaño significaba la Justicia; ogaño, significa simplemente los tribunales".* Personalmente, yo no pienso así, y creo que, en la lentitud calamitosa de los procesos, en las sentencias absurdas con que se tropieza, en la ineficacia que desde el punto de vista social padecen inumerables veredictos, influyen factores que no deben atribuirse a mala voluntad personal, sino a falsas doctrinas y a pésima organización de los órganos destinados a dictar el derecho. Pero escucho lo que constantemente se repite, y veo, por otra parte, que circunstancias como las que rodean los crímenes de San Juan y Córdoba, en que se nos muestra policía enredada con las prostitutas, empleados públicos protectores de infames degenerados, condescendencias increíbles con los ricos y brutalidades mortales para con las gentes de menor cuantía, no son como para desterrar de la mente popular eso que consentiré en llamar prejuicio, pero cuyo arraigo es inútil negar. Las gentes van careciendo de confianza,

y nada peor que esto, porque crea un espíritu revolucionario.

Ante la inmensa cantidad de podre removida en estos días, muchas personas afirman que la solución no podrá obtenerse por medios pacíficos. Algunos sueñan con el comunismo, otros con el fascismo, y creen que de este modo se conseguirá una purificación del ambiente. Error inmenso, porque la moral no se implanta con reformas políticas, pero error que día a día se difunde, pues la desconfianza se transforma en odio para con los culpables, verdaderos o supuestos, del suicidio.

La pasquinería

. . . durante las últimas semanas se ha sentido a sus anchas. No hay detalle truculento o infame que no haya sido lanzado al público. Se sembraba, de este modo, el escándalo entre las almas inocentes, se llamaba la atención de los débiles sobre delitos en que nunca pensaran. La atracción del mal así desparramado se ha hecho sentir ya. Y así como el ruido hecho hace algunos años en torno de un homicidio provocado por el cianuro de potasio transformó este veneno, antes desconocido en el campo del delito, en el instrumento predilecto de suicidios y asesinatos; del mismo modo, la minuciosidad de las descripciones, la polarización de la inquietud pública sobre vicios horrendos, ha engendrado ya lo que era fácil prever: la imitación, y se han producido diversos casos de raptos y secuestros, cuyas consecuencias hasta ahora han sido felizmente evitadas por prontas y enérgicas intervenciones, pero que mañana podrían no tener, en algún caso, un final inocuo.

Mas por encima de esto debe colocarse el esfuerzo realizado, con éxito indiscutible, en el sentido de intensificar el ambiente prerrevolucionario por medio de la desconfianza en cuanto signifique de algún modo autoridad y jurisdicción civil. Si los antecedentes que han favorecido el surgimiento de monstruos son terribles, las consecuencias de los hechos que he venido mencionando en el curso de este prólogo pueden serlo más todavía.

El remedio de todo esto no se alcanzará con la reorganización de la policía en una provincia; con nombrar un comisario en lugar de otro no se ha moralizado el ambiente. El complejo de corrupción que antes describía es lo que debe ser atacado en sus raíces. Y primero de todo, ha de comprenderse que se conseguirá muy poco con modificar las leyes si se continúa con el criterio absurdo de no tener en cuenta la moral privada de quienes están encargados de aplicarlas. Un amancebado no puede ser profesor, un señor que ha abandonado mujer e hijos no puede ser juez, un *juerguista* consuetudinario no puede ser administrador de la cosa pública, por la sencilla razón de que quien no es fiel a deberes primarios de moral, muestra una voluntad que está en falla, y, por lo tanto, cederá a las tentaciones que, inevitablemente, asaltan a los hombres. Por otra parte, si no se inculca a los niños una moral efectiva, ¿cómo puede lograrse que en la adolescencia, la juventud y la virilidad se mantengan fieles a normas cuyo fundamento no se les ha mostrado y cuya sanción se encuentra, a lo más, en los códigos penales? Vuelvo siempre al mismo punto, porque en realidad constituye el centro de toda realidad humana. Si aun creyendo intensamente en Dios, orando con fervor, sometiéndose a una severa disciplina de las pasiones, tomando todas las precauciones posibles, hay horas en que es tal el *fuego de la concupiscencia* que se necesita un esfuerzo supremo para defenderse de él, ¿qué se quiere que haga el individuo que no cree en nada, que no ve una sanción supraterrena para la violación del deber, que no cuenta con el auxilio sobrenatural? Por esto pone con mucha justicia Feuillet en boca de uno de sus héroes, el conde de Camors, aquella palabra: "*no sé lo que es la vida de un canalla, pero sí la de ciertos hombres honrados; puedo asegurar que es horrible*".

¿Cuándo comienza la *anormalidad*? Si no dáis razones para combatir la pasión de la venganza que se satisface en el duelo; ni la de la concupiscencia que se satisface en la seducción de la mujer, ni la de la pereza que se satisface en el puesto público aceptado y no de-

sempeñado, ni la de la avaricia que se satisface en los negocios *vivos*, ¿por qué condenaréis lo otro? ¿Por qué tacháis de criminalmente inmoral el que un hombre abuse de una niña que tiene diez y siete años y trescientos sesenta y cuatro días, pero no la consideráis así si tiene un día más, o sean diez y ocho años?

Gustavo J. Franceschi.

Recaída

¡Cómo cambian los tiempos! Esa vieja exclamación es de tremenda actualidad en nuestros días, en que el cuadro de los acontecimientos se altera en una semana. Hace ocho días, publicamos un editorial intitulado *El estercolero*, sobre los acontecimientos de San Juan y Córdoba. Ya nos vemos obligados a rectificar algunos de nuestros juicios.

Un empleado de policía, destinado por razones de su oficio a evitar que los acusados se escapen, confiesa paladinamente que quiso ayudar a uno de ellos a huir. ¡Necios de nosotros, que imaginábamos ser esto un delito, una falta contra los deberes propios de la función! ¡De ninguna manera!, como lo demuestra el que el policía haya sido puesto en libertad. No tuvo suerte, pues no logró su propósito; pero sí la razón.

Aludimos a la muerte de un individuo que creímos había sido torturado por la policía. Estábamos equivocados. Es verdad que el personaje en cuestión falleció, con dos costillas y el esternón rotos, amén de otras lesiones. Pero todo lo sucedido fue, que era tan malo, que los agentes de policía, en número de seis, se vieron en el caso de defenderse contra la acometida de este Goliat, de este Hércules que, sin armas, los tuvo a maltraer. Hubo, quizás, un poco de exceso de defensa; pero esto carece de importancia, como lo demuestra la excarcelación ya conseguida por unos, y que los demás están a punto de lograr.

Tratamos de prostituta a una mujer. Cierto amigo nuestro nos ha demostrado paladinamente nuestro error,

y nosotros, convencidos por su argumentación, retiramos el término. Se trata, todo lo más, de una señora que en materia de amores cree poder prescindir de las leyes religiosas tanto como de las civiles. ¿No estamos, acaso, en tierra de la libertad? ¿No afirma la Constitución que las acciones que no perjudican a terceros escapan al juicio de los hombres? Tanto es así, que no sólo retiramos la inadecuada e injusta palabra, sino que creemos ser éstas las personas a quienes debe confiarse en adelante la educación de la juventud; y que las autoridades cordobesas, no sólo no hicieron mal al entregar a una de ellas la formación de una menor, sino que se mostraron precursoras en el camino de la instrucción juvenil.

De otra mujer, se ha demostrado hasta el hartazgo que no solamente estaba enterada de pormenores del rapto, sino que sabe muy bien todo cuanto ha acontecido. ¿Se la mantendrá en prisión? De ninguna manera, sino que se la pondrá en libertad bajo fianza. ¿Es que de este modo podrá acabar de preparar todas las coartadas necesarias para que nunca se averigüe quiénes son los autores del crimen? ¿Y esto qué tiene que ver? Mientras tanto, se espera de su misericordiosa gentileza que, agradecida a la libertad, indique dónde estaba la menor raptada. Y si llega a hacerlo, creo que todavía se le concederá una medalla al mérito.

Los ingenuos opinábamos que este asunto pertenecía sustancialmente a la justicia criminal. Los acontecimientos posteriores nos han desengañado: eran de orden político, como lo han mostrado expresiones del señor gobernador, discusiones del Senado, proclamas de partidos y artículos de diarios. Estamos en presencia de un episodio de los muchos que caracterizan la lucha entre demócratas y radicales. Todo se hace con vistas a las elecciones futuras.

Mientras tanto, la víctima no aparece, y, después de mes y medio, los desconsolados padres de Martita no saben todavía si está viva o ha muerto. Pero esto es secundario, ¿verdad? Lo importante es asegurarse votos para la próxima contienda.

Claro está que todo ello alienta a los degenerados, que ven cómo pueden asegurarse la impunidad para sus horrendos crímenes. Y va surgiendo poco a poco en el alma popular la convicción de que si aquéllos poseen dinero y vinculaciones políticas, no existe defensa posible, fuera de la que cada cual improvise. Hay quienes aconsejan montar la guardia en torno de los niños con un revólver en la mano, y pegar un tiro a quien se aproxime a ellos. Los más moderados piensan que a los chicos hay que ponerles coraza, cadena, un aparato eléctrico que haga sonar un timbre de alarma, y delegar un par de perros, o de viborones, para que pongan temor en el ánimo de los atrevidos.

Hace ya muchos años, cierto escritor festivo español, Saj, publicó un volumen intitulado EUROPA SALVAJE. Ponía en labios de cierto borracho la siguiente estrofa:

"En este mundo enemigo
De naides te has de fiar,
Cada cual mire porsigo,
Yo pormigo y tú portigo,
Y, compadres, a ¡a medrar!".

Me parece que en los días que corren, los versos —o como quiera llamárselos— del ebrio en cuestión no son canto de temulento, sino expresión de la sabiduría más profunda: ¡cada cual mire porsigo!

Gustavo J. Franceschi.

Martita Ofelia, víctima ritual

En el natal de 1938 sacudió a esta nación un caso criminal que parece una verdadera historia de fantasmas. No porque sea un caso único en los anales policíacos, que conocen la hazaña clásica del que llaman sexual-maníaco y yo llamo espiritado, sino porque reveló de un modo fantástico, como un baño de hiposulfito, la Argentina fantasmal y la Argentina fantasmagórica, que surgió como un espectro ya imborrable a la mente de todos los argentinos adultos —que son pocos hoy día—, tanto de los que creen, como de los que no creen en fantasmas. Para mayor exactitud, el culpable del rapto, ultraje y muerte de Martita Ofelia Stutz —sea quien sea— escapó demoníacamente a esa ínfima sanción y vindicta social que es la pobre justicia de la Justicia humana; hoy día está vivo y en libertad —sea quien sea—, quizá rico, quizá —¿por qué no?— gobernando en este país —¿qué sabemos?—, quizá predicando la moral por radio, y haciendo de vocal —y de presidente ¿por qué no?— de algún Consejo Escolar o de alguna Sociedad Filantrópica. ¿No era un hombre vivo? ¿No era un hombre *de recursos*? Y ¿quiénes gobiernan este país desde Roca a esta parte?

Fue un crimen atroz, no se puede pensar en él; y, sin embargo, hay que pensar lo mismo. Parece sacado del monólogo del Gran Inquisidor de Dostoiewski; tiene refinamientos blasfemos de dolor desesperante, fulgores sulfúreos de sacrilegio, y como obra de arte del diablo, añade y combina rasgos absurdos y grotescos, todo mezclado, como las carcajadas y silbidos del Mefisto de Arrigo Boito. ¡Y muchos creen que las cosas de la Argen-

tina se pueden arreglar con un Primo de Rivera criollo, con unos cuantos decretos incisivos de militares bienintencionados! No digo que eso no sea bueno para empezar: pero no estará acabado hasta que se *expíe* a Martita Ofelia. Créanme, nuestra lucha aquí no es contra la carne y la sangre, sino contra las tinieblas éstas, las potestades invisibles que pueblan la región del aire y que nos envenenan desde que nacemos, como una fábrica de azufre y de peste, el aire, el agua y el pensamiento. Yo estaba en el Chaco santafecino cuando pasó esto: Un paisano de allá me dijo: *"Padre, todo esto viene de la herejía. La gente, en general, hoy día es demasiado hereje." Hereje,* en la lengua popular criolla, significa *cruel,* o *desalmado,* no *pecador contra la fe.* Pero el peón dijo más de lo que supo... aunque tal vez no, porque se llamaba Obregón, y un Obregón correntino o chaqueño viene de una india y un conquistador, y tiene la teología en la sangre.

Martita Ofelia continúa inexpiada; el bofetón del demonio a toda inocencia y toda paternidad continúa enrojeciendo de sangre y fuego cárdeno el crepúsculo de la patria.

El domingo 20 de noviembre de 1938, los diarios de Córdoba, negligiendo la guerra civil de España y las andanzas de Daladier, vociferaban encabezamientos: *"El rapto de una niña de 9 años moviliza toda la policía. Una niña ha desaparecido misteriosamente."* Debajo, está el retrato a media página de Marta Ofelia, esa carita redonda con una sonrisa breve que durante un mes obsesionaría al país, esa sonrisa grave que muestra dos incisivos grandes; carita de conejo blanco, de durazno maduro, llena de candor, sobre un tórax y un cuello macizos y desarrollados. ¡Nueve años! Esa imagen debía fluctuar tiernamente durante un mes delante nuestros ojos, para disolverse después en la nada, dejándonos abierta una congoja sorda, que a veces parece remordimiento, a todos los que hemos elegido conscientemente la gloria y el dolor de seguir perteneciendo a este país enfermo.

El drama de Martita Ofelia se abre con un prólogo de sainete y novelón policíaco, quiere perderse en un *in-*

termezzo fatigado, estalla en un golpe de peripecias trágicas, y al fin, se disloca en una farsa histérica poco noble. Desenlace: nada.

Apenas lanzada la ruidosa nueva, se produce en la policía y el público un período de agitación febril, que daba la impresión de que la policía estaba *embalada*; como lo estaba, en efecto, y algo más serio aún, según apareció luego. Se multiplican las disparadas en todos sentidos y los palos de ciego, llueven las cartas anónimas (3.000 al fin de la pesquisa) pidiendo rescate o dando datos falsos, y entra en escena un pintoresco cuanto desdoroso equipo de *astrólogos*, *videntes* y *psicómetras*, mientras el pueblo muestra la natural reacción de compasión y de ira; y empieza a bullir, por otro lado, la industria nacional de la politiquería.

Al otro día de la alarma, fue detenido un tal Sabattino, de quien constaba que había vendido una revista a la niña al desaparecer ésta; y la policía se había precipitado en pos de una *voiturette verde*, en la que según un telefonazo anónimo de Cruz del Eje se había visto pasar cuatro hombres con una criatura arropada volando hacia La Rioja, a no ser que fuera hacia San Juan o Mendoza. Este coche —que al fin resultó filfa—, junto con la misteriosa "mujer alta y rubia" que habría interpelado ese día a la nena perdida, polariza toda la atención policial y la trae al reportero durante casi un mes. Choferes uniformados baten todos los caminos reales, vuelan por la ruta de Pajas Blancas, interrogan nerviosamente los ranchos linderos... Se requisan todos los autos de San Martín; el intendente presta los suyos. Se multiplican los datos contradictorios. La gente que ha visto mujeres rubias y autos verdes o entreverados, aumenta hasta enloquecer...

"Por San Luis huyen los raptores".
"Están en Rosario".
"Los han visto en Ascochinga".
"¡Martita Stutz está en San Fernando!".
"¡Van hacia San Juan!".

Fallan, al mismo tiempo, los allanamientos de quintas de amigos de Sabattino, el cual guarda actitud impertur-

Desaparecen chiquillos; una mucama de 23 años, borracha de publicidad, se hace *secuestrar* por su novio. Cunde la voz de que Viancarlos y el tío de Marta la han rescatado en Buenos Aires: el público se agarra a la menor noticia fausta como a un clavo ardiendo, y rehúsa ser desengañado. La policía empieza a detener a parientes afligidos de los Stutz. El comisario local Meseguez, el pesquisa porteño Finocchietto y el astrólogo Berto, declaran que es un "caso intrincado". La policía dice que tropieza en demasiadas "dificultades técnicas", y así era nomás. La Municipalidad pega carteles con un retrato de Martita... *Nada y nada...* Pesimismo.

Las tres pistas seguidas van hacia el vacío. ¿Sabattino y la mujer rubia? ¿La maffia que mató a Abel Ayerza? ¿Un sexual-maníaco? La *voiturette* verde, que estuvo en Córdoba todo el tiempo y pertenecía a un inocente aunque imprudente legista, es buscada por la Patagonia.

El juez dice: "*Si se descarta a Guzmán, a Sabattino y al ingeniero, todo está por hacer aún y la pesquisición vuelve a foja* 1".

¿Quién es el ingeniero?

El domingo 11 de diciembre, Martita desaparece del diario y aparecen las parejas vencedoras *double and single* del torneo Tennis Córdoba Athletic Club. La Conferencia "para la democracia" se congrega en Lima. Italia reclama Córcega y Túnez. En París, la exposición del "Libro" premia a LA NACIÓN junto con la CRÍTICA. "*El Cardenal Copello sería el sucesor del Papa Pío XI*", estampan descocadamente los diarios; conjetura local inventada no se sabe por quién.

Pero el 13 de diciembre, el drama estalla por fin, con el reventar de una serie de tracas.

Aparece en escena Juan B. Barrientos, como altamente sospechoso. Los vecinos de este guardatranvía, casado con una especie de partera sin diploma, han hablado entre sí; y el confronte de una serie de datitos impalpables ha suscitado en la tensa suspicacia de estos días la imagen, informe pero vehemente, de una sospecha concreta: "*en esa casa ha pasado algo raro*".

La casa es rastrillada, y se hallan pedazos de estopa de un colchón con manchas de sangre, y una bolsa sospechosa. Los vecinos atan cabos, conjeturan, recuerdan, acusan. Nuevos detenidos... Nuevos liberados. Vago rumor indeterminado de que se está sobre algo serio. Pero ¿dónde está Martita? Ya es casi imposible pensar en encontrarla viva. El perro *Mono* viene de Buenos Aires para rastrear la niña. "Tengo mi espíritu sereno", dice el ingeniero Suárez Zabala, un conocido rentista de edad madura, que está detenido hace tiempo, laxamente empero, en la Sección Moralidad Pública; que tiene un hermano rico, protector del Partido Radical... Fatigosos interrogatorios, carcos, incomunicaciones que no dan resultado. Otra vez al punto muerto... Chamberlain... Aguirre Cerda... Leopoldo Melo... Franco...

Domingo 18: nueva bomba. La prisión preventiva de Suárez Zabala y Sabattino. Enjambre de testigos: Suárez Zabala sería el hombre de la *voiturette;* se producen una cantidad de esos *falsos reconocimientos* descriptos por los psicólogos. Su auto se examina en busca de manchas cruentas, sin resultado seguro: el auto, que ni es *voiturette* ni es verde, ya ha sido lavado. ¿Por qué se ha dejado salir y entrar a este detenido? El público empieza a murmurar de la policía. La coartada de Suárez Zabala –una menor, amiga suya, lo habría saludado el día del hecho, a las 11 y 15, en calle San Martín y Deán Funes– no prueba ni desprueba nada. Suspensión de un momento... y segunda bomba.

El día 19, bruscamente, Suárez Zabala anuncia que Martita ha muerto, y acusa a Barrientos de una puñalada al corazón. Inmensa conmoción: una muchedumbre reunida ante el Juzgado aplaude al juez y quiere linchar al ingeniero –maltratado a puñetazos–, al mismo tiempo que acusa al gobernador de haberlo dejado salir de la cárcel por compadrazgo político. El mismo día surgen ominosamente todos los pormenores de la horrible muerte de Martita. La inocente mártir no será vista más en este mundo; su cuerpo profanado ha sido reducido a cenizas.

bable, mientras su mujer no aparece por ningún lado. Las comparsas estorban enormemente: los detectives aficionados, los astrólogos enigmáticos y los viejitos depravados que, asustados, ponen barba en remojo, y a veces se destapan ellos mismos de puro miedo. Los directores de EL PAÍS y LOS PRINCIPIOS saben varias historias tragicómicas al respecto. Entretanto, la policía comienza a confesar que, después de haber perdido la sangre fría, está perdiendo el ánimo. El desolado padre de Marta escribe a los diarios ofreciendo rescate y perdón al feroz raptor, probablemente el mismo día que la inocente víctima pisoteada va a morir. "*Aquí ha faltado desde el comienzo un gran pesquisante*", dicen con suficiencia los diarios, y Viancarlos se moviliza desde Buenos Aires. El *psicómetra* Lucio Berto toma actitudes meditabundas —delicia de *repórters* gráficos—, se presta a innúmeras entrevistas, suelta respuestas sibilinas y merece un comunicado especial de la Secretaría de turno, juez Wenceslao Achával, notificando al público que "*sus valiosos servicios, coronados de éxito en otras investigaciones, han sido puestos a contribución de la Justicia en este intrincado caso*"; que si fue una broma, no fue éste el lugar, y si eran veras, menos todavía. Un psico-rabdomante lituano, por no ser menos, tiene la revelación de que la niña está a dos cuadras de la plaza San Fernando. CRÍTICA anuncia con erudición:

"Como los antiguos caldeos, el juez Achával emplea la astrología."

¿Qué extraño, pues, que en esos días aparezcan en los diarios *serios* de Córdoba avisos como el siguiente, que textualmente transcribimos:

PROFESOR INDO-FAKIR Y SU SEÑORA TEYTÚ

Seguirá actuando en Córdoba el prof. I. F. y su Sra. Teytú a criterio y voluntad del público que quiera visitarnos en nuestro estudio privado:

Calle Baigorri Nº 959 — Alta Córdoba

El profesor Indo-Fakir se dedica al estudio de la astrología y predice el futuro por la conformación de las líneas de la mano y de la cabeza de los seres humanos solamente. Quedando

a disposición del público *(sic)*. El profesor Indo-Fakir es una autoridad mundialmente reconocida en esta *profesión*, siendo siempre respetado por las autoridades porque se dedica al Bien de la Humanidad. Consulta, $ 5. Horario de 8 a 12 y de 14 a 20. Nuestra profesión no afecta a ninguna religión. No somos curanderos ni charlatanes. Respetamos la ciencia médica. Omnibus Nº 13 y tranvía 3 a la esquina.

SOMOS GENTE SERIA

Que lo respetaban las autoridades no había duda: la "profesión" de golpe había ascendido los estrados de Themis. Que era *gente seria*, es otra cosa. El Indo-Fakir era, probablemente, como el famoso Raumsol, algún gallego vivo, bautizado Morriño o Gutiérrez. Este golpe de sainete termina la primera parte del doloroso caso, el cual cede el paso a un *intermezzo* triste.

La guerra española recobra la primera plana, al mismo tiempo que Daladier y la muerte de Codreanu. ¿Habrá o no habrá guerra civil en Francia? Continúan atacando mujeres en las calles de Halifax. Parece que hubo un atentado contra Trotzki. Pasó Cantilo por Mendoza. Rodríguez venció por puntos a Derado. Old Fletcher dio 14,35 a placé. Baile de caridad en el parque Crisol.

Los diarios vuelven a su molinillo necio de *noticias variadas*. ¡Y tanto! Pero el pueblo, tocado en sus fibras vivas, no se distrae, y se desplaza inquieto por las calles en sorda expectación. En Río Cuarto han visto una niña envuelta en mantas. El padre de Martita implora misericordia, dice que nunca ha hecho mal a nadie, se desespera; y entonces es víctima de una tentativa de robo y un grotesco engaño por parte de un chifloide llamado R. G., el cual lo hace ir a Rosario y entregarle $10.000, para hacerse luego pillar por la policía y afirmar que su único objeto fuera un viaje gratis a Córdoba, donde pretendía el cuitadillo haber asesinado en un parque y enterrado a la niña.

El histerismo de los diarios ha provocado en el país una ola de secuestros, de denuncias, de sospechas y de locuras, gran prez de nuestra gran prensa.

El guarda Barrientos, en rueda de presos, reconoce a Suárez Zabala (que niega *mórdicus*) como "*el señor que me entregó la niña enferma*". En los días 20-26 de diciembre, mientras la policía corría desatentada en pos de una *voiturette* verde que resultó un engañabobos, Martita Ofelia agonizaba en la casa de los Barrientos, con un golpe en la cabeza y violencias producidas en la perpetración de un ultraje nefando. Suárez Zabala habría encargado al guarda, por $ 200, para que se la cuidase, "*una sobrinita enferma*". La hija del guarda, Yolanda, de 10 años, contó con ingenuidad infantil una cantidad de pormenores horrorosos; entre ellos, la escena desgarradora de un ataque de pavor de la niña, que sale huyendo hasta el patio, a los gritos, poco antes de morir, en el delirio de una monstruosa pesadilla de recuerdos. Martita murió el 26 de diciembre, quizá de las violencias, quizá de una puñalada ultimatoria. Sus restos fueron calcinados en un horno de ladrillos vecino, propiedad de un tal Vidone.

Hasta aquí la *confesión* del guarda Barrientos, que, cuando apareció textual en LOS PRINCIPIOS, dio la impresión neta de que se trataba de la verdad de los hechos; pero que, posteriormente, fue desmentida y atribuida a "torturas"; y encontinente fue acerbadamente negada por su mujer Carmen, que resultó un verdadero pájaro de cuenta, la cual confesó el día 24 —"*Sí, la tuve en casa. ¿Qué más quiere saber, señor?*"—, negó al día siguiente, volvió a confesar y todo el tiempo hizo gala de un carácter torcido, inconsistente y terco. También Barrientos modificó después su confesión: "*yo he entregado la niña viva*" —aseveró—, y, como dijimos, al fin acabó por desmentir rotundamente. Policías y jueces pesquisadores impotentes. La politiquería se entromete a fondo, desecrando la majestuosa función de la Justicia.

Aparece un extraño grupo de complicados: tres mujeres, llamadas paradojalmente *Angélica*; entre las cuales, la M. C. es identificada como "la rubia de la cicatriz" que habría actuado como entregadora de Marta; y, de golpe, la cosa más sorprendente: un Fazio, oficial de policía, rela-

cionado con ellas, cuya conducta aparece muy oscura. ¿Dentro de la policía misma habría cómplices del atroz facínere?

Se alza un clamor público formidable. El desarreglo de la función pública, endémico en el país a causa de la politiquería dominante y en el fondo a causa de nuestra imperfecta y deficiente estructura política, sale a luz escandalosamente; pero el público, que no sabe filosofía ni es apto a distingos, incrimina a todo el conjunto policial en bloque, y los politiqueros lo aprovechan para su innoble jueguito: "*¡El verdadero culpable es el gobernador Sabattini!*". Puede ser que, ante Dios, y examinado a la luz del *peccatum in causa*, tuviesen razón; pero entonces, también ellos, los demócratas, eran verdaderos culpables; porque todo el que hoy día politiquerea en la Argentina, manosea y profana una cosa sacra, que es la autoridad pública, y puede ser sospechado, sin temeridad, de réprobo maldito de Dios.

Hagan juego, caballeros. Renuncias, sospechas y acusaciones gravísimas cuanto confusas, se lanzan y se barajan en todas direcciones. Renuncia el jefe de Policía Auchter y queda como jefe provisorio el ingeniero José de la Peña. ¡Un condenado por la Justicia de la Capital Federal por delitos de costumbres, fugado y luego prescripto, era funcionario policial de la "ínsula de la libertad" de Sabattini! Suárez Zabala ha hecho un viaje a Alta Gracia después de su detención y ha recibido a amigos disfrazados de "médicos legistas".

"¿Quién es el alto funcionario que ha favorecido la ocultación de Martita mientras creyó que podía curarse?", pregunta el vulgo. Si él existe, es un criminal monstruoso. Nuevos pormenores atroces sobre la muerte de la dulce criatura, corren de boca en boca. Ha sido muerta de una puñalada al corazón cuando los criminales vieron que no sanaba y su ocultación devenía peligrosa. Un *gran* psiquiatra de la Capital Federal, en una declaración a los *grandes* diarios, dice que no son criminales sino *irresponsables*; sin ver, en su ignorancia filosófica, que las dos palabras significan en muchos casos lo mismo: el que se vuelve a sí

mismo irresponsable, es el criminal más grande. Un cuñado del jefe Auchter aplica un tremendo puñetazo al diputado Manubens Calvet, el cual, en pleno *Comunes*, declara que si la Cámara no lo venga, renunciará a su banca. La Cámara tiene demasiadas venganzas en vista, y no lo venga nada. Razonablemente, el diputado radical entiende razones y *no* renuncia.

Entretanto, había estallado la última bomba: Vidone, el ladrillero, está gravísimo: estando atado y engrillado, ha sido molido a patadas y a golpes por un grupo de policías; ha sido sometido a una máquina *eléctrica* de hacer *cantar*, traída de Buenos Aires, de la que los pasquines publican dibujos espeluznantes. El público asevera, persistente, que ha sido muerto, no para hacerlo hablar, sino para hacerlo callar. Puesto en libertad, muere en el hospital San Roque el 27 de diciembre, protestando su inocencia. El clamor público se desplaza en todas direcciones convulsoclónicamente, sólo intacta su irritación con el gobierno y su convicción de la culpabilidad de Suárez Zabala, el cual hace juramentos espectaculares y es llevado y traído en camión blindado, mientras la Carmen Barrientos, declarada libre, no se atreve a salir de la cárcel.

Un diario de Córdoba publica con dibujos animados —¡y cuánto!— una historia para niños grandes, con esta leyenda:

"Denunciado el rapto de Marta, la policía inició una sensacional pesquisa;

"Removió cielo y tierra, alborotó, escandalizó;

"Allanó, atropelló, torturó...

"Y mientras distraía la atención del pueblo, ayudaba al raptor a borrar los rastros del crimen".

¿Cómo explicar al pueblo que lo que él llama *porquerías* (con razón) tiene una profunda raíz intelectual herética que se llama *liberalismo*, raíz desenvuelta aquí en enorme tronco de ombú, en follaje que cubre el país, en flores hediondas y frutos inútiles, algunos de los cuales el mismo pueblo tiene por grandes conquistas del progreso y la civilización? Bien está poner el cauterio a cada uno de esos cráteres de pus que explotan vuelta y vuelta; pero

la desintoxicación del virus productor no se producirá sino por la inteligencia iluminada, superadora de la herejía liberal-laicista. Luchamos contra un espíritu, contra un virus espiritual. Asegún el hombre piensa — ansina el hombre camina. La herejía, el error en la fe, es la fuente última inagotable de innúmeros desórdenes morales. Con razón Santo Tomás enseñó que se puede condenar a muerte al heresiarca con mucha más razón que al monedero falso.

Entretanto, sepultada en el olvido la niña mártir, surgía el epílogo del espectáculo, en forma de ruidosa farsa alegóricogrotesta. A la manera que toda vivencia emotiva de un mono desemboca en *conductas* sexuales, así toda vivencia emotiva de la masa argentina va a desaguar al cauce genérico y profundo de la politiquería, a quien proporciona sangre y fuerza motriz. La desgracia de la niña mártir y de su familia, que, juro al Dios Vivo, fue desgracia de toda la familia argentina, vengable del furor divino, se convierte en un asunto de comité. La minoría demócrata y la mayoría radical trabajan con entusiasmo y verdadero gusto; las cosas más graves y tiernas se convierten en misiles contra el enemigo comiteril; y las más sacras palabras del vocabulario humano adulteran su contenido con significado de *votaciones*; de cosas morales, se vuelven cosas *cívicas*. Hay interpelaciones y denuestos, puñetazos y renuncias amenazadas. Todo el personal de investigaciones es puesto en disponibilidad, y la "intervención", temida por unos y golosamente solicitada por los otros, acaba por convertirse en el vértice del triángulo de fuerzas y el lamentable término de todo; como si un cuerpo y alma de criatura, la paz de una familia, un muerto y el decoro y la religión del país, no existieran sino para birlar o afirmar por medio de don Roberto Ortiz el resultado de unas elecciones *con mula*. A tal extremo ha llegado en el país la pérdida del sentimiento de lo *sacro*, pérdida que es la condición y el clima de todos sus males morales y políticos, que son irremediables y crecerán día a día sin la restauración de Aquello Otro.

"El gobernador es el culpable." "Ningún cordobé toma en cuenta la palabra de honor de Sabattini. Se deb

procesar al jefe de Investigaciones. ¡Intervención!". El Partido Demócrata publica un comunicado demagógico acerca de la muerte del "ciudadano demócrata" Humberto Vidone, que, si no obtuvo piedad humana por ser persona, obtendrá en compensación después de muerto "funerales cívicos", por ser demócrata. Odiosa politiquería, infinitamente más corrupta que el diario que regaló una muñeca el día de Navidad a Yolanda Barrientos, con grandes ceremonias a doble columna para hacerse propaganda, o como dice gráficamente el pueblo, para "mandarse la película".

La grita de los diarios liberales cuando se descubrió lo de las torturas de Vidone —descubrimiento de la pólvora—, resulta hipócrita y ridícula. Todos saben que la tortura ilegal existe, y deben saber que ella resulta rebote inevitable del régimen penalista erróneo que produjo y alimenta el sentimentalismo liberal. La Asamblea del año XIII suprimió las torturas; pero no suprimió ni los criminales ni la policía, y mientras la lucha a muerte entre ambos sea un hecho, nada gana el liberalismo con desarmar a la policía, la cual, por instinto de conservación, se armará a escondidas y malamente. Hay que dejar entrar de nuevo en el enteco sistema jurídico policial del positivismo las grandes nociones cristianas de *culpa, responsabilidad, penitencia, reivindicación social, persona humana y conciencia humana*; pero eso no es posible mientras la Teología no vuelva a ingresar en la Universidad y nuestros estudios generales continúen siendo ese vivero de sofistas dañinos y diletantes vulgares, animales sin hueso, que se pusieron en ridículo en este caso con su ineficacia, con sus doctrinas absurdas y declaraciones figuronescas contra el buen sentido y a veces sin sentido: como esos variados psiquiatras, legistas, juristas y moralistas a la violeta, cuyas "declaraciones" en los grandes diariones serios los ponían a la altura del psicómetra Berto.

En tanto, el acusado Suárez Zabala dice lo siguiente:

"Mi inocencia no se discute. Existe una confabulación en contra mía... Dónde viene no sé, pero veo dónde va; se dirige a perjudicarme, arruinarme a mí y a mi familia, destruir un hogar como el mío, que siempre ha sido digno. ¡Mi mujer inocente y mis inocentes hijos!...".

Después, acusa salvajemente a Barrientos.

"Es un sujeto que ha querido enlodarme. Debe estar pagado por alguien. A lo mejor es él quien la raptó. Si no es él, es su mujer. O si no, está pagado para acusarme. Algún día saldrán a luz los culpables y llegará la reivindicación para mí, para mi mujer y mis inocentes hijos...".

No se ha cumplido, para desdicha nuestra, la predicción de que "algún día aparecerán los culpables". Todos los acusados han sido recientemente absueltos; incontinenti a lo cual, Suárez Zabala tomó un avión y se marchó a Chile. Pero aunque se hubiese cumplido, yo no sé si hubiese sido para dicha nuestra. El régimen jurídico liberal no es capaz de sacar de un crimen justicia y una alta lección teológica, que es lo único que se puede y debe sacar de un crimen; para eso los permite Dios. Moler a patadas al culpable hasta que muera (y eso antes de saberlo culpable) como se hizo con Vidone, es añadir otro crimen y no remediar nada: Martita sigue muerta como antes y se le añade otro que muere maldiciendo a Dios, porque las imágenes de Dios sobre la tierra se le han aparecido como demonios, y la Justicia, que es uno de los nombres de Dios, se le presenta como una cosa abominable. Visitando en 1934 el Museo de los Horrores de Nuremberg, me dijo un gran jurista europeo, el dominico Renard, una sentencia notable: *"La Edad Media ocultaba el crimen y ostensionaba el castigo; y hacía ostentación del castigo para posible corrección del culpable y, en todo caso, para gloria de Dios y enseñanza del pueblo...*

"La Edad nuestra oculta el castigo y re-super-publica el crimen; y el crimen, así vehiculizado en publicidad macabra, se convierte en una imagen obsesiva morbosamente atractiva para el pueblo y altamente ofensiva a Dios".

Tenía razón. Roberto Gache ha escrito en su librito ARGENTINOS EN PARÍS la siguiente macana: *"La Edad Media era una época que odiaba al cuerpo"*.

Yo digo: si odiaba al cuerpo, ¿cómo es que tuvo un cuerpo tan sano? En realidad, la Edad Media fue una época que odiaba al pecado, el cual destruye el cuerpo y el alma, después de sublevarlos uno contra otro. Eso es

lo que prueban con toda evidencia el Museo de los Horrores de Nuremberg y el Museo de Cluny de París para quien tenga abiertos los ojos de la inteligencia y la suficiente cultura para ver museos con inteligencia: cosa no siempre segura de todos los *Argentinos en París.*

¿Y Martita, a todo esto?

A todo esto, Martita, sus padres, sus hermanitos, su alma, su cuerpo y su figura tierna y acusadora, se habían perdido de vista entre la polvareda de la política y discusiones de incultura sublevante. De conexión en conexión, el aparato de maleducar al pueblo que funciona eficientemente en la Argentina para el provecho del desorden en todas sus formas, había convertido el natural sentimiento del pueblo, indignación y curiosidad, en un revoltillo de pasiones ciegas y en un loquero vivo; en vez de sublimarlo en sentimiento sacro y en gran lección de humanidad y justicia, como hacían aquellos bárbaros de la Edad Media.

El presidente Ortiz no intervino a Córdoba. La policía se llamó a mudez. El público se cansó. El juez cerró el sumario y empezaron las vistas. Más de 2 años después, el juez condenó a Suárez Zabala a 17 años de cárcel, que si era culpable eran pocos y si era inocente eran demasiados. Un año después, el 31 de diciembre de 1942, la Cámara de Apelaciones irritó la sentencia del juez Ábalos, y puso en libertad a todos los acusados.

Todo el ruido y el escándalo, toda la mentada "conmoción popular en la República entera" de los pasquines, desemboca en la confusión y el vacío, como un ataque de histeria, como un baile de San Vito. Cuando lee las grotescas descripciones de la vida política de *South-America* que hace en sus cuentos el yanqui O'Henry en CABBAGES AND KINGS, el sudamericano se siente ofendido y calumniado. Pero este caso de Martita Ofelia...

Y sin embargo, ¡no!... El caso no prueba nada, prueba otras cosas de lo que O'Henry se piensa. Los sudamericanos son *bandar-log*, gente explosiva, simiesca y falluta, sin controles intelectivos ni cabal estructura social, deshuesados y lúbricos como ebrios, incapaces de convivir en la ley y adaptarse a las instituciones. Eso dicen. En

realidad, crean ustedes, señores anglosajones, que hay algo más profundo que eso.

Nos han falsificado nuestras instituciones. Han roto nuestra tradición moral y política, que bien hidalgamente ha funcionado en manos de un Rosas o de un Hernandarias. Nos han impuesto desde afuera instituciones exóticas —incurriendo en el sofisma del "trasplante de constituciones" de que se burla Aristóteles al final de su ÉTICA—, instituciones inadaptadas a nuestras costumbres, nuestra idiosincrasia y nuestras creencias, y que son hijas de otros climas poco ortodoxos.

Tomemos un ejemplo cualquiera: el juez. El viejo juez romano y español fallaba en conciencia delante de Dios ante el pueblo que lo escuchaba reverente y mudo, hecho imagen de la formidable y eterna Justicia Divina, ante la cual lo acreditaba la severa y pública rectitud de su vida. El juez encargado de condenar el adulterio, no era, desde luego, un adúltero público, *divorciado en México*. No era preciso que pudiese llevar la evidencia de la prueba tangible al globo de la muchedumbre incapaz y alborotada; bastaba que se hiciese conciencia él mismo. Justicia debe ser hecha, y ese ataque a la convivencia que es el crimen, debe ser expiado. ¡Tanto peor para él, si se equivoca! Pero el juez cuando falla es como el jefe cuando manda, es infalible por presupuesto. Católicos, sabemos que hay Providencia y que Dios ha puesto al frente de la Iglesia la promesa de un hombre infalible. Por su unión con Dios, un hombre puede ser parado infalible. Ése era el juez antiguo.

El hombre moderno, hijo de la Protesta, no cree más que en el *experimento*, ignora las certezas morales y metafísicas. Loco por la *técnica* y emborrachado de falsa democracia, quiere que lo convenzan experimentalmente, con maquinitas, con impresiones digitales, con informes incomprensibles de químicos o bacteriólogos —o bien, *psicómetras*—, y eso no sólo a unos cuantos, sino a todo el pueblo. ¿Falta el *corpus delicti*? Imposible de probar el crimen. ¿Y el *anima delicti*? De manera que si un protervo es criminal hasta el fin, se libra del castigo; es castigado si es

criminal a medias. Si los malhechores no hubiesen ultimado a Martita, estarían ahora en la cárcel; pero añadieron bastantes crímenes como para escapar al castigo del primer crimen; y la Justicia argentina registra en Martita Ofelia la más flagrante y peligrosa convicción de impotencia. Martita inexpiada vibra y vibrará hórridamente en el corazón del pueblo.

Otro ejemplo. Nuestra gente se había habituado al modo de pensar latino. Se necesitan siglos para un hábito tal. Los siglos allí estaban. Vinieron unos desmadrados —como aquél de quien Carlos Obligado dice: *"gran escritor y bárbaro absoluto"*—, y por darnos el modo anglosajón, quitaron el latino. El resultado: ahora no tenemos ninguno. No hay estilo de pensar argentino, somos copistas; y a esta hora debería haber un modo de pensar argentino. No digo que no haya argentinos muy inteligentes; más aún, en general, el argentino *es* inteligente. Pero ya no tiene *pensamiento.* Nuestros padres próximos pensaban que bastaba atosigarse de Renán o de Bourget, de revistas y libros franceses, para ser cultos. ¡Qué ingenuidad fatal! La cultura es una planta: la tenemos sin raíces.

Así como Sarmiento quería vestir de húsar francés a los montoneros del Ejército Grande, el liberalismo vistió de *smoking* y le puso monóculo al criollo curtido y al gringo recién llegado, y los llevó a jugar al *golf*. Martín Fierro hace un papel ridículo y yerra tiro a tiro. Pero un día se va a enojar, y revoliando a guisa de rebenque el palo de *golf,* va a dar una sorpresa a los gentleman de la City o de Wall Street, que lo miran riendo.

Todo, entre nosotros, era de a caballo: desde el poder del Virrey hasta la noble autonomía comunal, sin contar los misioneros. La justicia, el gobierno, la milicia, la religión, eran cosas caballerescas.

Nos dejaron de a pie, con el pretexto de que ellos nos llevarían en auto; y ahora hay cada choque y andamos caminando chuecos.

Es necesario que vuelvan a montar los caballeros.

Romance de Martita Ofelia

Martita Stutz, ¿será cierto
que no hay infierno?
Martita Stutz, por lo menos
yo estoy seguro que hay cielo.

¡Hubierais visto la entrada
de Marta Stutz en el cielo!
San Dominguito del Val,
que mataron los hebreos,
Justo y Pastor que mataron
los *fachistas* de aquel tiempo.
El Santo Niño Pelayo
muerto por los sarracenos.
Santa Inés, muerta de niña
por un lascivo *frenético*,
y los Santos Inocentes
que por el Niño murieron.
(Cristo a nosotros nos salva,
y a Cristo salvaron ellos).
con los niños bautizados,
que son las flores del séquito,
con las vírgenes intactas,
con las madres que cumplieron,
brincan y gritan y chillan
y con bulla de jilgueros
en torno de un gran soldado
que porta dormido un cuerpo,
entonan el coro antiguo.
inventan un coro nuevo.

"Como una madre bañando
su niñito desnudito,
San Sebastián trae un cuerpo
muerto como un pajarito,
que viva Martita Stutz".

"San Sebastián pisa fuerte,
como haciendo el ejercicio,
y el cuerpo está recién hecho
por Santa Inés y Tarsicio,
que viva Martita Stutz".

"El cuerpo está recién hecho
nieve, nácar, rosa y luz.
La niña viene durmiendo
con los bracitos en cruz,
que viva Martita Stutz...".

La Virgen besa sus ojos
para borrar lo que vieron.
El Niño Jesús le pasa
las manitos por el pelo.
Y el Niño Jesús le dice,
del regazo descendiendo:
"—Vamos a jubal, Martita
—tironeándola de un dedo—.
No te avelgüences de nada,
que sin quelel vos te hicielon".
Pero Martita no juega
ni en la tierra ni en el cielo
"—De la tierra en que he nacido
—dice Marta—, me avergüenzo".
Y se pone de rodillas
entre el coro boquiabierto.
"—Vamos a jubal, Martita
—de noche no más yo rezo—;
Hora es tiempo de jubal,
vamos a jubal primero".
"—Hora es tiempo de rezar

por el argentino pueblo,
Y los que son para más,
besen la cruz del acero".
Y se puso de rodillas
Martita Stutz en el cielo.
"—Ruego a Dios, que me ha sacado
de un horror que no recuerdo,
Que no castiguen al monstruo
que vi en el mal sueño, sueño".
"—Martita, Martita, calla;
Martita, ¡no pidas eso!
Eso es crueldad excesiva,
peor que matarlo a tormentos".
"—¿Qué pedir al Niño, entonces,
en el primer dulce encuentro?".
"—Pide, Marta, por la tierra
donde reposan tus huesos.
La Conferencia de Lima
con los premios, y los premios,
Y los premios literarios
y el progreso y el progreso.
La Avenida, el Obelisco,
la democracia y el crédito.
El libro criollo en París
y el libro francés-porteño.
La prensa mejor del mundo
y el libro barato a un peso.
Las elecciones frecuentes
y los gordos presupuestos.
Mar del Plata, las ruletas,
el Hipódromo, el Congreso,
La plata en poder de pocos
y la Escuela del Gobierno..."
"—¿Y yo qué sé de política?"
—dice Martita sonriendo.
"—Es que con tu vida, Marta,
compramos ese progreso.
Ese progreso epatante,
todo ese progreso inmenso,
Con sangre y almas de niños

pagamos ese progreso.
Tú no sabías, Martita,
los avances del progreso.
Tú naciste en esta tierra,
bandera color de cielo.
Te enseñaron qué es la Patria,
que es amor como el paterno.
Te decían en la Escuela
que hay que amar el patrio suelo.
Que Dios mismo lo mandaba,
que es de Dios como un reflejo...
Saliste un día a la calle;
cayó sobre ti el infierno.
Hora veremos qué dice
la sangre del criollo pueblo.
¡Oh Dios, que no hagan discursos,
que alce un grande y noble gesto!
¡Oh, que limpien los que pueden
la forma de nuestro ensueño!"
"—Mi misión —dice Martita—,
ha de ser rogar por eso".
"—¡Oh Dios, escucha a Martita
y el grito de todo un pueblo!
¡Que no caiga sobre todos
lo que unos cuantos hicieron!".

1. **Sale Fofo Liberal,**
Creo nel bien y no nel mal.

La Castidad no es posible, contra la ley natural.
El hombre es de carne y hueso como cualquier animal.
Hay que cesar los prejuicios de aquella antigua moral.
Debe divertirse el joven y en eso no hay ningún mal.

2. **Sale la Universidad,**
Foco y centro de Verdad.

Son morbosidades psíquicas que la Ciencia ya estudió.
Perverso nato congénito sadismo pedicatió...
Científicamente el hecho que psicanalizo yo
el hombre tuvo que hacerlo, porque para eso nació.

3. **Un señor politiquero,**
Sale sonoro y señero.

Los *camaradas* me piden puestos en la policía;
aura van echando muchos; aprovechar, es la mía.
La chiquilla que la encuentre, si puede, la astrología.
Fijesén la Concordancia qué clase de cuervos cría.

4. Sale un señor periodista
Con un médico legista.

¡Qué sensacional, mi amigo, cosa digna de pregón;
hay que ilustrar a las masas con toda la descripción!
A ver si encuentran los cuerpos, el corpiño y el facón.
¡Qué fotos podrán sacarse para luz de LA NACIÓN!

5. Sale el pobre pueblo triste,
Que paga, vota y no existe.

¡Dios! ¡Qué pasa en esta tierra donde brotan estas cosas!
¿Hay justicia o no hay justicia? ¡Déjenmela hacer a mí!
Tiemblan las madres. Lloramos. Y arriba todo son rosas.
En nadie tengo confianza. Todo hay que romperlo aquí.

6. Blanco como una camelia,
El ángel de Marta Ofelia.

Martita, Dios te ha elegido por medio de Herodes Rey.
Ellos hacen lo que quieren, Marta, lo tolera Dios.
Ellos son la Plata, el Mando, son la Fuerza y son la Ley.
Pero el Niño Dios sonríe y ha elegido entre los dos.

7. El pobre autor del romance,
Sin poder y sin alcance.

Martita, yo por mi parte, yo estoy de parte de vos.
Si han de pasar estas cosas en la tierra en que nací,
yo vivo para vengarte, o si no, morir con vos,
y ya sabemos la suerte que nos toca a vos y a mí.

8. Fin.

Jorge Luis Borges que es un —
un filósofo porteño,

Escribe en una novela
que no puede haber infierno.
Por la sencilla razón
que Dios es un hombre bueno.
Martita Stutz, ¿será cierto?
Martita Stutz, ¿será cierto?
Responde Martita Stutz:
"–Si no hay infierno, no hay cielo.
Y entonces, tiene razón
el monstruo que holló mi cuerpo".

Martita Stutz, ¿será cierto
que no hay infierno?
Martita Stutz, por lo menos
yo estoy seguro que hay cielo.

Navidad de 1938.

Romance de la mujer que mató a sus hijos [1]

"Una mujer que no es mala, ni loca puede hacer eso."
Puso en una copa de agua tres pulgaradas de arsénico,
en tres sillitas sentaba sus tres bebitos pequeños;
el mayor tiene tres años, el menor no alcanza a medio.
Los tres esperan callados de su madre el alimento.
Alguien estaba invisible sentado en el quinto asiento.
Estos tres son hijos míos, hago dellos lo que quiero.
Famoso viaje, hijos míos, éste que estamos haciendo:
Desde mi seno a la cuna, de la cuna al cementerio.

Y a las tres pobres criaturas, que la miran sonriendo,
mezclándoselo de azúcar, les distribuyó el veneno,
y toma después su parte.— Y dicen que no hay infierno.
Crítica dedica un número para historia del suceso.
Es un plato extraordinario para un diario moderno.
¡Ay, Argentina, Argentina, qué cosa te estás volviendo!
¡Una mujer que no es mala, ni loca puede hacer eso!

Que lo lleven al Juzgado su cadáver frío y negro,
que lo juzguen por jurados como si tuviera aliento,
que si hay alguien que lo entiende, salga al frente a de-
[fenderlo,
y que el Juez juzgue justicia. Que lo arrojen en el fuego,
que ni las cenizas suyas infecten cristiano suelo,
que las lleven a esconderlas en el medio del desierto,
que el Jefe de la República dé un decreto

1 Suceso ocurrido en Buenos Aires a mediados de 1937. Medea endemoniada, más horrorosa que la de la Mitología.

de que se borre su nombre y se avente su recuerdo,
y reparaciones se hagan a Dios por un año entero;
pues una mujer no mala, ni loca puede hacer eso,
y hay que salvar a la Patria de eso que se está volviendo.

Romance del país en caricatura

EL Presidente-amigo-de-los-niños hizo su elección:
la ganó clavada.
El Presidente amigo de los niños ganó la elección,
La Patria está salvada.

Cuatro o cinco escolaritos con su delantal,
unas caritas morochitas de criatura
miran la caricatura.
Cuatro niñitos con su blanco delantal,
miran Caricatura Universal.

En la esqüina de Blandengues y la famosa Costanera
y en la famosa Diagonal,
hay cuatro niños pobres en esta primavera
que miran, y uno que vende muy formal,
la Caricatura Universal.

Juro delante de Dios, que me juzgará en mi agonía,
que yo vi el kiosco trivial,
y los ojuelos límpidos en quienes se traslucía
la Caricatura Universal.

Pasó un cura leyendo un diario caudillesco,
conservador o radical,
y no vio los niños, pero dijo: "Gana Fresco,
el cual no es anticlerical."

Pasó un Rolls Royce del Tigre o de la sierra,
entrando en la Gran Ciudad,

y adentro decían: "¡Qué rica es esta tierra!
¡Y qué año de prosperidad!".

Pasó un judío, que era un hombre de conciencia,
y mirando aquel papel,
decía: "¡Con qué clase de gentes sin decencia
debe convivir Israel!"

Pero una vieja mendiga con su muleta cojeante,
los increpó con bronca voz,
gritando: "Salgan, criaturas, de aquí delante,
Porque esto lo castiga Dios."

El Presidente amigo del niño ganó la elección,
el orden va adelante.
El Presidente que sostiene el orden ganó la elección,
por un tiempito no habrá revolución.
El Peso no tendrá disminución.

Pero queda que hacer bastante,
y queda que sufrir bastante,
y queda que temer bastante...

Romance de la patria bella

Las muchachitas que se suicidan en Puerto Nuevo,
y la de once años que hizo el negocio de los pasquines
y la que ofrece por las aceras, humano cebo,
por unos pesos, falsos carmines y jazmines...
¿Ésa es la Patria bella?
Y luego dicen que hay que morir por ella.

Grandes señoras que hacen los bailes de Caridad,
y juntan plata para los pobres bailando al son,
cuyos descotes, *mallots*, *toilettes* y humanidad
propala EL MUNDO por todo el ámbito de LA NACIÓN.
¿Ésa es la Patria bella?
Y luego dicen que hay que morir por ella.

Politiqueros y comités, puro grito y trapo,
los dos partidos tan igualitos como porotos
—quítate tú que me ponga yo porque soy más guapo—
y la gran farsa de echar los votos.
¿Ésa es la Patria bella?
Y luego dicen que hay que morir por ella.

Gente de plata la que hace plata y gasta su plata,
y el gran ejército de lacayos que enciende el horno,
prensa, revistas, radio, cinema, que ensucia y mata,
y masa amorfa, confusa y triste girando en torno.
¿Ésa es la Patria bella?
Y luego dicen que hay que morir por ella.

Juramento

Y hay que morir, hay que morir lo mismo,
si Dios lo pide por la patria yerma,
y dar la sangre por la patria yerma
en el caso que Dios pida ahora mismo
toda mi sangre para salvar del abismo
a la pálida patria enferma.

Romance de la pobre patria

La Argentina tiene más maestros que soldados;
eso sí, casi todos están desocupados.

Y de los ocupados, la mitad son judíos,
perfectamente empeñados en educar nuestros críos.

En la escuela normal les enseñan esto:
primero pedagogía y después encontrar puesto.

Y luego su oficio es en-señar a leer bien o mal
por medio de escuela activa y de enseñanza sexual.

Con más otras diez materias precisas y necesarias
pero jamás supieron ni San Martín ni Hernandarias.

Después al pobre muchacho le dicen que es ciudadano,
que es un gran hombre y es el pueblo soberano.

Y que vaya a buscarse la vida de cabeza
en un empleo del Gobierno o en una compañía inglesa.

Porque la democracia le da el derecho de votar,
de opinar, de discutir, y dejarse explotar.

Pues vivimos en ciudad que no es ni Pekín ni Tiflis
aquí que en diez años solos eliminarán la "síflis".

Un país libre, un país donde viene cada peje...
pero ni para un remedio se encuentra un solo hombre Jefe.

Aunque se encuentra un millón de jefitos de loquero
que ejercen la profesión que llaman politiquero.

Un país sin jefe, un país sin poeta,
un país que se divierte, un país que no se respeta,
un país corajudo y bravo para jugar a la ruleta.

"¡Qué Argentina al Sur, ni Argentina al Norte,
a mí lo que me agrada es bailar con corte!".

Un país que no sabe bien adonde tira,
un país que mira bizco cuando mira,
un país que ha consentido que lo nutran de mentira.

Un país de plata, su nombre significa "La Plata"
y la plata va siendo lo único que se acata.

Pobre patria en manos de hombres tenderos o charlatanes,
¡será posible hayan muerto ya todos tus capitanes!

Pobre patria en este ambiente de necios y de pelaires;
¡Que Dios te mande tormenta y buenos aires!

Mas si yo tuviese un hijo le daría un buen caballo...
para huir de las escuelas, los pedantes, los diarios.

No le enseñaría a leer, mucho menos a escribir,
lo enviaría a las estancias a soñar el porvenir
y a aprender la única forma digna nuestra de morir.

Romance de los chicos chicos

Todo chico es lindo
por definición.

Prietos como uvas,
rubios como el sol,
y hasta los negritos
de ojos de carbón,
dientes de marfil
y motitas, son
lindos. Ya sean ricos,
ya sean pobres o
medianos; ya sean
de aquí o del Japón,
limpitos o sucios,
peinados o no,
los de marinera
y los de calzón
raído, son lindos.
Dios, que los creó
dice que como ellos
han de hacerse los
bienaventurados
que Él predestinó.

"Lo que es nuevo place",
y el niño es botón
nuevecito y fresco
del hombre, la flor

que da al hombre, que es
rey de la creación.

Ergo, se deduce
sin fallo ni error,
que el niño es bonito
por definición.

Miren un momento
y digan si no
hay un no sé qué
y hay un qué sé yo
de gracia inconsciente,
de ingenua emoción,
en los movimientos
sin ton y sin son
de mi hermana Nelly
que anda allí veloz,
mariposeando
por el corredor...
"*¡En el cielo hay niños!*",
dijo Campoamor.

Dicen Víctor Hugo
y Pérez Galdós,
Pestalozzi y Selgas,
Grasset y Charcot,
Teresa Cepeda,
Vicente de Pol...
que el que aflige un niño
no habiendo razón,
tiene un adoquín
en el corazón.

Y es así verdad.
Creo que el Señor,
como escudo y guarda,
como protección,
a esa gracia inerme

y al débil candor,
tan delicadito
como un arrebol,
tan vivaz y ágil
como un picaflor,
les dio esa belleza
y les infundió
ese no sé qué
y ese qué sé yo
que ataja las manos,
que va al corazón,
que da reverencia,
que infunde una unción
respetuosa, como
las cosas del culto de Dios!

Y ¡ay del que, atrevido,
ay del que, felón,
nos los pervirtiere...!
¡Le fuera mejor
que, atado a una piedra,
lo echaran a un fiord
de doscientas brazas
de altor!

Yo tengo un retrato
de pequeño; yo...
yo, yo mismo, era
como un bibelot:
cachetes rosados,
boquita de flor,
rizosos los bucles,
y un encantador
mirar de inocencia.
¡Yo, yo mismo, yo!
¡Oh, vida!, ¿qué has hecho
de lo mío, vos?

¡Oh, treintidós años!
¿Qué se han hecho los

cachetes, los ojos,
la boca y la voz...?

Este mundo amargo
y esta lucha atroz,
la vida con su
dolor y furor,
y las penas negras
en el corazón,
ajaron todo ese
brillo de candor

Y es que ya soy hombre,
y no hay duda, no,
desde Abel el justo..
hasta los de hoy,
sólo el niño es lindo
por definición.

PARTE TERCERA: *CUENTOS DE FANTASMAS*

El caso Potita Chávez

ADVIERTO. — Este relato imaginario, que teje consideraciones teológicas y morales en torno al tipo que los médicos denominan *anormal, amente amoral* o *perverso constitucional*, no tiene carácter histórico, y ninguna de las figuras intervinientes se refiere, alude ni retrata a ninguna persona real, presente o pasada.

1. Perverso constitucional

—Entonces, ¿cuál es su explicación del *perverso constitucional*, doctor Doin, si niega usted la intervención de todo elemento propiamente humano? —interrumpió el doctor Bernardo, inclinándose sobre la mesa.

El comisario Nardin, interrumpido por segunda vez en su relato por estos dos fastidiosos sabios, puso la cara de concentrada impaciencia a que debía su apodo de *mastín*. El sabio profesor de fisiología del Instituto Experimental, el discutidor doctor Doin, irradió de gusto su rostro rojo macizo. El cura que estaba a su lado se limpió los labios barbudos y dejó la servilleta sobre el mantel. El poeta Contreras y el arquitecto Arién esbozaron un gesto de impaciencia. Los otros convidados pusieron, resignados, las manos sobre la mesa. Fue éste uno de los últimos *viernes* del doctor Bernardo. Ambrosio, el secretario del famoso psiquiatra, y Natanael Brotberg, uno de sus mejores alumnos, que completaban los siete comensales de rigor, no dijeron nada de consideración durante toda la cena, si no es hacer exclamaciones y barra a las fogosas tiradas del doctor Doin y a las irónicas réplicas del maestro Bernardo.

—La explicación positiva que damos nosotros del llamado *perverso constitucional* —y no sé por qué absurdidad, Dejerine bautizó esta psicosis con el nombre burro de *locura moral*— es muy sencilla. Perdón, comisario, lo interrumpo tres minutos; perdón, señores. El perverso nato existe, no tiene cura, es casi imposible de pronosticar,

y su único remedio social es la pena de muerte a la primera bestialidad que perpetre, responsable o no responsable. Es un hombre que ha nacido amputado del *sentido moral* —como lo llamó Dugald-Steward—, que no tiene la percepción del bien y del mal, tal y como un ciego nato carece de la percepcionalidad del rojo y el verde, simplemente. Por otra parte, no es un idiota, puede llegar a un gran desenvolvimiento intelectual, adquirir la baquía de cualquier ciencia o arte medianejos...

—¿Puede llegar a ser médico?

—Tanto no —respondió Doin volviéndose vivamente—. Ni tampoco sacerdote, padre Metri. No me venga aquí con malicias. Pero puede llegar a ser arquitecto, o a lo menos, maestro de obras...

—¡No es lo mismo —protestó el arquitecto Arién— arquitecto *que* maestro de obras! ¡Ojo! No se meta conmigo ahora.

—Pensándolo bien, *puede* llegar a médico; al menos en la Argentina —continuó el incorregible picapleitos.

—Y también en cualquier parte, ¡vive el cielo! Recuerden al famoso Jack-the-Ripper —intervino Bernardo—. ¡Pero no discutamos por favor!, que perdemos las fascinantes memorias de nuestro gran sabueso, la narración auténtica del caso Potita Chávez...

—¿Me permite un momento, Nardín? —dijo Doin, inresignado a tronchar su pedancia—. Decía, pues, que *nuestra* explicación positiva y no teológica del perverso constitucional, es ésta: primer elemento, atrofia funcional de la circunvolución cerebral en que el sentido moral sede —probablemente corteza cerebral *sobre* surco de Rolando, región 53 y 57, clasificación de Rechnikoff—, atrofia que, imperceptible por hoy, un día el escalpelo detectará seguramente, doctor Bernardo...

—De lo cual me alegraré yo infinito, doctor Doin.

—Segundo elemento, instinto involucrado. Este hombre (Jack-the-Ripper, por ejemplo), carente de percepción moral, no carece de instintos, lejos de eso; de los cuales el principal es el instinto sexual. No me discuta, Bernardo, yo sé que el hambre y el miedo son mucho más

violentos, pero *no* en el estado de civilización (del cual hablo por hipótesis) en que la *conservación* no se plantea generalmente como problema agudo. No proteste usted tampoco, padre Metri, la religión no es propiamente un instinto, aunque evidentemente (como probó von Monakoff) tenga raíces instintivas. Y bien, ¿cómo se hará el desarrollo normal del instinto en este Jack, si por hipótesis carece del protosoma moral, y este desarrollo se hace en el hombre esencialmente a base de esos elementos representativos biomorales que llamamos nosotros *sinéidesis superior* o autorregulación consciente de la función biológica?

La voz de Doin, que estaba perfectamente embalado en cátedra, fue interrumpida por un formidable bostezo. La *sinéidesis* del sabueso Nardín se había hecho oír a su manera.

—Tercer elemento, y acabo. El instinto, pues, que en nosotros es un sano propulsor de actividad, en Jack-the-Ripper constituirá una verdadera enfermedad, un explosivo. Esta enfermedad se halla cohibida por una superestructura de coacciones sociales, que le forman valla y la sepultan. Pero el psiquismo humano es dinámico, este equilibrio inestable está sujeto a oscilaciones (hay dos casos posibles), *la valla cede*. Y entonces el instinto se expresa y autoafirma atrozmente, en forma irresistible y a veces hasta inconsciente, cuasisonambúlica. El monstruo que mató a Potita Chávez, créame, comisario, puede ser muy bien que ahora esté sentado cenando como nosotros...

—¡No entre nosotros! —saltó el arquitecto—. Está ofensivo usted hoy día, señor doctor.

—...perfectamente inconsciente de lo que hizo aquel día —concluyó Doin.

—Dije *como nosotros*, perdón, señor arquitecto... Sí, también *entre nosotros*, qué embromar —agregó Doin agresivamente, como un toro que baja la testa—. ¡Tengamos el coraje de nuestras conclusiones!

—Perdón, Doin —intervino otra vez el anfitrión—. Sin discutir. *Esa* mutilación del *órgano moral* a la cual usté

adjudica una causa física, yo le adjudico *además* una causa moral. Nada más. Lo demás, todo de acuerdo.

—¿Qué clase de causa moral? —preguntó el eminente fisiólogo

—¡Ah... oooooh! —bostezó de nuevo Bull-Dog Nardín.

—O bien humana o bien suprahumana... a la vez humana y suprahumana —dispararon casi simultáneos Bernardo y el padre Metri.

—Pero, ¿no ve que es ridículo...? —comenzó Doin.

—¡Tiene la palabra nuestro sabueso Nardín! ¡La discusión se traslada al viernes próximo! —cortó alegremente Bernardo—. No olviden que yo también tengo *cuento* esta noche.

2. La historia del comisario

El policía retomó serenamente su relato, justo en el puesto en que lo había dejado. Se ve que lo tenía no sólo preparado —como todos, en los famosos *viernes* del doctor Bernardo—, sino hasta ensayado. Hombre inhabitual a la oratoria, debitábalo por cláusulas cortas de punto y aparte; y la precisión concreta del contenido denunciaba la minuciosidad metódica y la inteligencia incisiva del famoso ex comisario General de la Secreta.

—Como les decía —recitó pausadamente—, me hice cargo del caso Potita Chávez a raíz de los fracasos absolutos de la seccional nueve, primero; y después del inspector Juancarlos. El mismo presidente de la Nación me mandó que dejase cuanto tenía entre manos —falsificación de billetes Arossi—, movido por el clamor de la opinión pública.

Aunque ustedes lo conocen, sustanciaré brevemente el caso, y después les referiré mis investigaciones, que será lo nuevo para ustedes.

La tarde del 14 de octubre de 19.., una muchacha llamada María Roca, espantando de su huerta (situada en el Bajo Belgrano, calle Aráoz) unas gallinas ajenas,

topó con el cadáver de Potita Chávez, niña de 11 años que había desaparecido de su casa tres días antes.

El cadáver estaba sentadito en el suelo, apoyado en un poste del cerco, la cabeza inclinada a la izquierda los pies en una zanja. Era una niña de 11 años, ya lo dije. Estaba como dormida. De hecho, eso creyó a lo primero la María Roca, antes de salir corriendo, a los gritos.

La última vez que fue vista viva, resultó el mediodía del 11 de octubre, volviendo de la escuela con sus notas en la mano y un sombrero de paja negro, de esos que llaman *capuchos*. La vio pasar una vecina de la calle Aráoz. Por una desdichada casualidad, desdichada para nosotros, en su casa no notaron la ausencia, pues le habían permitido ir a dormir a lo de una tía y la *hacían* con ella.

Recién a los tres días, supieron sus padres que Potita no estaba dó la tía. La denuncia de la pérdida llegó a la seccional nueve exactamente dos horas antes del hallazgo del cadáver. Entre uno y otro tope, transcurrieron justas 81 horas, en las cuales nadie vio más a la niña en este mundo, ni viva ni muerta; pero ni sombra, ni indicio de ella. Como evaporada. Cosa de brujería.

Por otra desdicha y otra suerte del malhechor, la muchacha que la halló, en vez de ir a la Policía, corrió a la madre. Cuando llegó la autoridad, los padres de la criatura habían levantado el cuerpo, lo habían desvestido, lo habían untado y amasado, que sé yo las cosas que no hicieron, desesperados por hallarle vida. Se necesita estar desesperada una madre para hacerle respiración artificial a un cadáver de 24 horas. *Preguntelén* al sargento Muchutti cómo estaba aquella pobre mujer. El cuerpo estaba ya rígido, y empezaba a tumefacer.

El pisoteo de padres y vecinos borró las pistas, si es que alguna hubo. Lo dudo, pues se trata de un criminal diabólicamente astuto. Hasta los pliegues del vestido tuvo la sangre fría de arreglar, las manecitas juntas en la falda, la cabecita rubia contra el poste. Había unas manchitas de sangre en la ropa blanca, de la cual faltaba una pieza.

Parecía una víctima de una muerte repentina, de una *embolia* o una congestión.

El policía calló un momento, conmovido.

—¿Y por qué no? —preguntó uno de los comensales—. ¡Quién sabe!

—La causa de la muerte fue diagnosticada estrangulamiento —prosiguió Nardín imperturbable—. Se sintió a unas 24 horas antes; aunque ustedes saben cuán inseguro es el cálculo por *rigor mortis*. Así, pues: 1, la niña había estado viva dos días enteros no muy lejos de allí, y nadie la había visto; 2, el raptor hizo tranquilamente en pleno día dos actos de inmenso peligro y audacia: llevar a la niña a su escondrijo, primero, y traer el cadáver tres días después, también a eso del *mediodía*. Que nadie lo haya visto ni una ni otra vuelta, se llama tener una suerte diabólica. La calle Aráoz, donde la vecina la vio volviendo de la escuela, y donde luego se halló el cadáver, no es una calle frecuentada, pero tampoco es del todo solitaria. Pasan algunos transeúntes, carritos proveedores, pilluelos, vecinos que vuelven del trabajo...

Ni el mismo demonio puede asegurar a nadie que durante una hora —pongamos— ninguno pasará por Aráoz. Fíjense que un solo ojo que hubiese visto la niñita con su raptor, éste estaba perdido. Es un caso que, simplemente, no comprendo. De hecho, mi fracaso en él fue lo que más he sentido —siento todavía— de toda mi vida profesional.

El honesto *mastín* movió poderosamente la mandíbula, como si estuviese *chicando*.

—Es lo que yo decía, comisario —interrumpió Doín—. Son hombres inconscientes, que, por ende, no miden el peligro, se arriesgan terriblemente y... la suerte los secunda. *Audaces fortuna juvat*. Los borrachos y los locos tienen un dios aparte.

—Algo hay de eso, quizá, doctor. El criminal inteligente planea demasiado su hecho, recarga la cautela, y se vende. El idiota no planea nada y se vende peor.

Los criminales que escapan son los que obran en el espolín del momento, juegan el todo por el todo, y si no son atrapados *in fraganti,* se salvan para siempre...

—¡Pamplinas! —dijo una voz del extremo—. Diga lo que usted hizo, comisario.

—No había sino una cosa que hacer: rastrear las inmediaciones en busca del capacho y el papel de las notas, con que había sido vista la pobrecita estando viva. No los hallamos, pero encontramos otra cosa: el lugar del crimen. A tres cuadras, más o menos, del poste fatídico. Un gran galpón, recién construido para garaje de una vieja quinta entonces desocupada. El galpón tenía puerta trasera a la calle, con candado común; y hallamos el suelo hollado, restos de pan, y unos minúsculos trocitos de un papel trizado muy menudito, que se comprobó ser la misma clase de los cuadernos de notas, aunque ningún signo en ellos permitió la identificación cierta. Nada más. Ninguna pisada medible o discernible. Ni una mancha de sangre. Nada. Pero, por exclusión, ese lugar tuvo que ser por fuerza la prisión y tumba horrenda de la pobre Potita. *Niente* otro posible en todos los contornos.

Reconstruyamos, pues, el crimen de este modo. El día 11 al mediodía, el ignoto criminal logró hacerse acompañar de Potita Chávez, a pesar de ser ésta muy tímida y tener orden de su madre de no hablar con desconocidos. Probablemente, le dijo: *Tu mami dice que vengas conmigo*, o algo símil. La llevó de la mano hasta la puerta del galpón; la atontó de un golpe; la escondió adentro, probablemente amordazada; y en el atardecer o la noche del 13, perpetró su asesinato. La mañana siguiente, suavemente, la depositó como quien encama un niño dormido, contra la cerca de los Roca; la carita emaciada y pálida, no con mueca de horror, como dijeron los diarios, sino como impregnada de un inmenso cansancio, cerrados los ojos. Me parece estarla viendo. ¡Qué hiena!

—No me parece mayormente... —dijo alguno.

—¡La investigación, Nardín! —pidió el doctor Bernardo.

3. Las dos pistas

El policía Teófilo Nardín tenía los dos gruesos puños cerrados y juntos, el busto inclinado, los pies atrás, la mandíbula inferior avanzada adelante, los ojos reviviendo con impotente furia los lances de su vieja aventura.

—La investigación fue un desastre de la madona —gruñó sordamente—. Había dos únicos puntos de partida, que nos repartimos Juancarlos y yo: él tomó el *galpón* y yo tomé *el carrito de los helados*. Comenzamos con grandísimo entusiasmo —había entonces sañuda emulación entre nosotros—, y parecía cierto que alguno tenía que resultar; pero agotamos todos nuestros medios para caer en un punto muerto, en un pantano atolladero. El *galpón* tenía este presupuesto: el criminal cuando lo eligió tuvo que haber sabido todo acerca de él: llave, desocupación, situación cómoda, etc. Por tanto, el criminal tenía que estar entre las relaciones de los dueños de esa quinta: le era familiar la casa. Bien, Juancarlos levantó listas completas; y se deshizo escrutando a todos los sospechosos, con ese encarnizamiento de dogo que despliega cuando quiere. ¡Nada! Coartadas evidentísimas por todos lados.

Yo tomé la pista del *carrito*, que me parecía segura. La mañana del día que se halló el cadáver, una vecina de la calle Aráoz vio abandonado, no lejos del poste fatal, un carrito "como esos de los heladeros". Extrañada del insólito mueble, entró a llamar a su marido, el cual parece que "la mandó a paseo"— y había que verla cómo triunfó después ella de esta chinga—. Cuando volvió a pispar, vio un hombre montando el triciclo del carrito, que se alejaba pedaleando furiosamente. Preguntada si no era un carrito mayor (un triciclo heladero no abarca un cuerpo de niña), dijo que sí. Preguntada, si no era un carrito de esos que usaba la Eléctric para llevar materiales eléctricos, dijo que tal vez. Preguntada por las letras o siglas del arca, no supo dar ninguna... *"Eran unas letras así, de esas que ponen no más..."*. Del hombre dijo que *"le pareció"* mediano, que *"le pareció"* moreno, y que *"le pareció"* flaco. ¡Bestia de una topa miope!

Yo empecé a buscar con ardor el carrito en que, sin duda, había venido el cadáver. Y bien. Ningún carrito de esa pinta hallóse abandonado en la ciudad, ninguna casa de las que usan ese vehículo (había 7 en Buenos Aires entonces), pudo dar razón de ninguna distracción, cuantimenos *substracción*, de un carricoche a pedal. Después de tres meses de trabajo furioso, de angustiosa búsqueda, hallé, por todo, el vacío total, el cero absoluto, lo incognoscible, lo desesperante. Me puse neurasténico, tenía ganas de matar a alguien, o de matarme yo. Yo había jurado vengar aquella chiquilina, no era nada mi fama, era la venganza, la venganza de Dios sobre aquel frío insensible monstruo![2].

—La venganza se la reservó Dios —reflexionó el cura Metri lentamente—. Ese criminal tuvo demasiada suerte. Hay pecados que no son jurisdicción de la policía. Como usté dijo bien, existe "una suerte diabólica". No son suertes envidiables...

4. Discusión de nuevo

Los ocho comensales guardaban ominoso silencio. Los ocho o nueve bultos alrededor de la mesa suavemente iluminada, parecían bucear algo en sí mismos. El vozarrón del doctor Doin surgió de la sombra.

—El padre Metri cree en los endemoniados casi como un hombre de la Edad Media —dijo con guasa.

—Creo mucho más en ellos que un hombre de la Edad Media —retrucó Metri—. ¿Y qué es la Edad Media, vamos a vez? ¿Quién sabe si no estamos todavía en la Edad Media?

[2] Los lectores podrán reconocer analógicamente en este relato el caso rigurosamente histórico de *Little Vera Page*, de Londres, que conmovió a Inglaterra hace una veintena de años; perfectamente análogo, por lo demás, a los de Marta Ofelia y Celia Diéguez en la Argentina, como a otros muchos que tristemente registran los anales criminológicos.

—Yo también creo en los endemoniados —dijo Bernardo—, aunque no tanto como el padre Metri.

—Creerás como católico —objetó Doin—, pero no como sabio.

—También como sabio —dijo sonriendo Bernardo—, si algún día lo fui... o lo he de ser.

—¡Bernardo! —lamentóse Doin—. ¡Después del libro de René Vinchon!

—¿Y qué es lo que prueba Vinchon, vamos a ver? ¡Que los mecanismos fisiológicos de la histeria y algunas psicosis son parecidos, son análogos, son *idénticos*, pongamos, a los mecanismos psicológicos con que describen a los posesos los antiguos demonólogos...

—¡Incluso el Evangelio! —exclamó Doin.

—¡Incluso el Evangelio! —concedió Bernardo—. ¿Y eso qué prueba?

—¡Todo! —saltó Doin.

—¡Nada! —dijo Bernardo—. Pero —sonrió—, ¿no habíamos dicho que la discusión se traslada al viernes?

—Sí —intervino el arquitecto Arién—. Basta ya. Venga la segunda historia.

—¿Me dan cinco minutos para explicar cómo concibo yo la posesión diabólica, dentro de la doctrina hilemórfica de Aristóteles y Santo Tomás, cosa que no entiende aún, extraño dicho, mi caro amigo y verdadero sabio el catedrático de Fisiología? —imploró Bernardo.

—¡No, no, no! —dijeron los comensales—. Venga la segunda historia.

—Ustedes se lo pierden —dijo Bernardo muy templado—. Voy a tener que escribirlo y publicarlo en alguna revista.

—Y yo te contesto y te reviento —exclamó Doin—. Yo creo en Dios pero no en el diablo.

—Me extraña mucho, Doin: es más fácil creer en el diablo que en Dios, Doin querido.

—Yo creo en el dios Naturaleza —dijo Doin.

—¡Ah, vamos! —dijo Bernardo.

—¡El otro cuento! —reclamó el arquitecto, nerviosísimo.

5. La doctrina del doctor Bernardo

Los comensales de aquel día no quisieron saber de más discusiones, está bien; pero mis facultades de cronista me autorizan a intercalar aquí la discusión de Doin con Bernardo, tal como la oí quién sabe cuántas veces. Como hace el Conde Lucanor, conviene interpolar dos cuentos con una teoría. Lo que le dijo Bernardo a su viejo íntimo irreconciliable compañero de estudios es esto en cifra:

—Doin: si usté me dice que no hay posesión diabólica porque el diablo no existe, yo me callo. El silogismo no tiene vuelta de hoja.

Si usté cree que los católicos pretenden probar la existencia del espíritu maligno con los casos históricos de posesión que traen los demonólogos, se equivoca grande. Los teólogos conocen *aliunde* la existencia del diablo; y ella supuesta, interpretan de acuerdo a ello los hechos místicos, como usté conoce de antemano la existencia y naturaleza del cáncer, y según eso interpreta los delicados signos de célula neoplásica que le da la biopsia.

Pero si usté pretende podar los hechos prodigiosos debidamente autenticados (como hacen los racionalistas con los milagros del Evangelio), truncarlos, limarlos, arreglarlos, de tal modo que "dentren", quieras que no, dentro de una explicación puramente científica, es decir, fisiológica; y esto por la sola razón de que los mecanismos biológicos de lo que llamaré "la física del milagro", aislados y tomados uno a uno, *no difieren esencialmente de los mecanismos de la física vital normal...* entonces, permítame que le diga que usté no sólo tiene una mala teología, pero ni siquiera sabe *bio-logía.* ¡No me salte! Me explico súbito.

Si Dios existe y ha criado la natura humana, ¿le parece a usted que el día que quiera obrar sobre ella directamente tendrá necesidad de destruirla primero, o bien violentarla? El que creó la oreja, ¿no sabrá hacerse oír? El que hizo la lengua, ¿no podrá hablar?

Es de esperar, al contrario, que Dios se servirá de la misma máquina que él inventó, aunque imprimiéndole un *whirl* especial que muestre qu'es Él quien tiene el mango ahora. Esto es lo que significa el axioma teológico de

que lo sobrenatural supone lo natural, y que la gracia no destruye la naturaleza. Su amigo el poeta Péguy lo expresó, hablando del Niño Jesús, en aquel atrevido verso:

car le surnaturel est lui même charnel

y mi amigo el poeta Chésterton, comparando la Encarnación del Verbo con un campo constelado de campánulas azules, dijo que la Iglesia cree simplemente que el cielo puede llover sobre la tierra. Que el cielo puede mezclarse íntimamente a la tierra y continuarse con ella, sin que uno deje por eso de ser cielo, y la otra, tierra.

En la creación no hay zanjones: no hay tapiales. No hay abismos.

Perfectamente. Usted alega imposible que un *yo* extraño pueda invadir su propio *yo*. De acuerdo en cuanto al *yo* esencial, en lo que tiene de más actual, o sea, de más activo. Pero si un hombre puede influir sobre la *conducta* de otro hombre, *a fortiori* un espíritu puro, si existe, podrá influir más sutil y poderosamente sobre el portarse de un espíritu en-carne.

Déjeme desenvolver este parangón. ¿Cómo se apodera un hombre de la conducta de otro hombre? Primero, por coacción externa: si yo agarro la mano de un niño y lo obligo a escribir un término. Segundo, desde adentro por persuación íntima: si yo le hago un discurso a usté convenciéndolo de que se confiese... y, por un imposible, lo consigo. Yo sería *causa* de su confesión en este caso, aunque *causa* en sentido lato, causa *moral* solamente, más bien en la línea de la causalidad final que la eficiente, como dicen.

¿No hay un medio entre uno y otro? Evidentemente, y es el caso más importante. Se puede *terrorizar* a una persona, se puede seducirla, se puede sugestionarla, y, por último, hipnotizarla. ¡El misterioso imperio hipnótico! Henos aquí en la misteriosa zona media de la fantasía, en el penumbroso *"pasillo que va del sentido a la mente, donde se agazapa el demonio"*, dice San Juan de la Cruz.

Por la suscitación de la Imagen, conectada con la afectividad e instrumento de la intelección, podemos muchísimo nosotros entre nosotros; ¿qué no podrá un espíritu superior al nuestro? Para tentarnos, el diablo no necesita aparecérsenos en forma de Scheherezada o Friné (eso quisieran muchos, para ahorrarse tarjetas postales), como a San Antonio Abad (pobre San Antonio, se la han agarrado con él ahora los pintores modernos); le basta una especie de ligerísima puntura de Paulof, remover finamente nuestro sedimento cerebral, ¿eh, Doin? ¿No es capaz usté de inspirar a un pobre perro las conductas más artificiales y aun antinaturales con un hilito de platino conectado al galvanógeno y plantado en un lóbulo, y mucho mejor por el teclado sutil de sus "reflejos condicionales"? Chiflando un pito, usté puede hacer recordar la comida al pobre mastín apestesiado que tiene allá; y hacerlo aullar de terror encendiendo una luz azul. ¡Oh, doctor Doin! Es usté el demonio de los perros, para bien de la humanidad, o por lo menos, para bien de la Ciencia con mayúscula!

Figúrese ahora una voluntad humana orientada de por sí en la dirección de la voluntad (vasta y violenta como el mar) del Espíritu Malo. Añada, si quiere, una quiebra psicológica que hace al ánima vital donde tal voluntad se aposenta más propensa que otras a los estados pasivos. Dígame, entonces, si esto no constituiría un receptor hermosísimo para insertarse allí inteligencias y voluntades superiores a las humanas, si existen, como de hecho existen? ¿No es un caso enteramente análogo a su animal apestesiado, doctor Doin, condicionado, modelado, preparado para la intrusión parcial de un querer superior en un momento dado? Pues bien, he aquí cómo concebían la posesión, la obsesión y la infestación diabólica los grandes teólogos medievales, que no eran tan simples como algunos creen... y conocían perfectamente su Aristóteles, que usté, querido Doin, y no se lo digo por afrentarlo, que usté ignora casi del todo...

—Todo eso es muy ingenioso, quizá —observó Doin—, pero son castillos en el aire. El diablo no existe.

—Eso es lo que usted no sabe tan seguro como hace aspamento de afirmarlo, doctor Doin de mi alma —dijo Bernardo sonriendo.

6. La historia del doctor Bernardo

El otro cuento será breve —suspiró Bernardo—. Yo creo que he conocido al verdadero Jack-the-Ripper. Creo que murió en mi casa, en mis manos mismas. Pero ¿no sería mejor levantar la sesión señores? Son las 24 pasadas.

Nadie respondió. Todos parecían agobiados, lo mismo que Bernardo. La sala estaba semioscura, las luces envueltas en gasas malva; siempre se comía en la penumbra, a causa de ser Bernardo ojitierno; y sobre la penumbra pesaba entonces como una atmósfera de agobio o miedo. Se oía resollar al poeta Contreras como atacado de asma. Era una especie de curiosidad sobresaltada.

Todos querían y temían a la vez el segundo cuento. La invitación para la cena de esa noche acababa así: "*El sabueso Teófilo Nardín contará el caso Potita Chávez, y el doctor Bernardo la verdadera historia de Jack-the Ripper*".

El padre Metri habló en nombre de todos.

—Cuente, doctor Bernardo. Acabemos.

—Yo creo que tuve en el Santa Ana, durante ocho años, a un verdadero Jack-the-Ripper, el Destripador de Mujeres —empezó Bernardo cortadamente—, aunque no lo sospeché sino después de muerto —y es curioso, esta sospecha se va haciendo convicción en mí—, aunque sólo se basa en unas tenues coincidencias; de las cuales, el reverendo Metri, aquí presente, es testigo de la última.

—Testigo de afuera, no más, doctor —previno el cura—. Usté y la *nurse* responden de lo que pasó adentro. Yo sólo sentí los aullidos.

—Perfectamente —dijo el doctor—. Yo respondo del testimonio de la *nurse*. Las palabras que ella me dictó se las oí decir al paralítico antes de morir, las mismas. El

ataque de furor, tres veces lo presencié yo, igual. No hay engaño posible.

Se detuvo cansadamente y sacó unos papeles de una repisa; diarios amarillentos parecían.

—El año 1901 —dijo— hubo en Buenos Aires una súbita epidemia de crímenes misteriosos, muy parecidos a los que hicieron mundialmente famoso en 1893 al *Destripador* de Londres. Ustedes conocen la historia. Si no, aquí tienen EL NACIONAL, THE STANDARD, LA GACETA DEL PLATA, LA NACIÓN, EL DIARIO... Perdónenme los detalles. Fueron 11 casos ciertos y uno dudoso...

—¡Avante! —dijo Doin—. Yo hice un trabajo médicolegista sobre esa historia. Está en LA SEMANA MÉDICA. Caso típico de perverso constitucional. Tampoco descubierto nunca, como el londinense. Diverso *modus operandi*.

—Las únicas diferencias con Jack-the-Ripper —prosiguió Bernardo— fueron las víctimas, en este caso todas niñas y, por excepción, un varoncito de 12 años, y el modo de operar, como habla Doin, que era desnucarlas de un golpe en la cabeza. Igual temeridad sin límites, igual astucia, igual rapidez fulmínea, igual impiedad, igual saña, igual éxito. En menos de tres semanas doce víctimas en casi idénticos términos; por doble vez, dos en un mismo día. Tanto que la gente, sobre la que cayó un huracán de miedo, dio en creer que era una banda entera de vampiros, los *yacareses*...

—...los *aguarases* —corrigió Doin.

—...los *aguarases*, gracias. Una muertita en Flores y otra en la Recova en el mismo día y en pocas horas; pero el *estilo* inconfundible del crimen denunciaba una sola mano... una sola garra. Docenas de malevos y sospechosos pasaron por las de la policía; y en el momento que ésta creía tener al *aguará*, otro crimen venía a desengañarla. Y así, tras, tras, tras y tras, hasta que todo acabó de un solo golpe; cesaron los crímenes, y del criminal nadie jamás ha sabido nada.

—Bien —dijo Doin—. Todo eso recordamos. ¿Y?

—¿Cómo acabó, doctor Doin, la infernal pesadilla? ¿Usté recuerda?

—*All right*. A mediados de junio se registró el último crimen. Después... nada, silencio, misterio, tiniebla hasta hoy. Se hicieron centenares de hipótesis inútiles. El criminal fue tragado por la tierra, como diría Metri, ¿eh, Metri?

—¿O bien por las rejas de un manicomio? —exclamó Bernardo tendiéndole dos papeles— Aquí está el relato del último crimen, 13 de junio. Aquí está la entrada en el Santa Ana —mire usted, 15 de junio— de un demente misterioso, que, ¡voto al cielo!, tiene que haber sido el Desnucador Bonaerense.

Me lo trajeron sus familiares en estado de ataque de rabia blanca. Era un hombre distinguido, de altivo continente, que no parecía maníaco ni de lejos. "Profesión: artista", está anotado allí en la ficha; y de hecho dibujaba maravillosamente, con las dos manos, me acuerdo que distraía a los chicos de un guardián haciéndoles fantásticas guirnaldas y caricaturas por horas enteras, hasta que lo prohibí por el peligro de un ataque. Después descubrimos que había sido también *médium*, un famoso operador espiritista de aquellos días, y que de hecho vivía de eso. Sus palabras no tenían nada de loco; eran pocas y altaneras, oscuras, sumamente despectivas para nosotros. Nos contemplaba desde una distancia estelar, como a chiquilines. Pero durante sus *fits*...

—¿Qué locura? —interrumpió Doin.

—Locura clasificada ninguna. Solamente insomnio: no sé cuándo dormía. Y esos *fits* terroríficos...

—¿*Fits* epilépticos?

—No. Ataques peculiarísimos que nunca he visto más, ni siquiera descritos en los libros. Especie de arrebatos de furia fría al rojo blanco. Cuando estallaba en furor, tenía el animal la fuerza de diez hombres juntos. La primera vez que lo vi, tiró un manotazo a un guardián que lo sujetaba; le erró, le rozó agatita la cabeza con las uñas... y se llevó en ellas media oreja, limpia. Horrible. Menos mal que se veían venir los ataques...

—¿Cómo venían, Bernardo?, perdón.

—Primeramente, descompostura total del rostro, palidez extrema, suave tembleque o clónico de pies y manos; y... —Bernardo paró de golpe y todos quedaron suspensos. En el frígido silencio se oyó claramente un ruidito suave como el cloqueo de una cascabel, como un repiqueteo metálico muy menudito.

—¿Qué hay? —dijo Bernardo.

El ruido cesó.

—¡Vamos! —dijo Doin nervioso—. ¿Qué más?

—Segundo —prosiguió Bernardo con voz también tembleque—, venía el rechinar de dientes... ¿Eh? ¿Quién es? ¡Enciendan las luces, por Cristo!

Claramente se había percibido en la sala un chirriar de dientes. Alguien manoteó las gasas de las bombitas, y la sala se alumbró a *giorno*. Todos vieron entonces al arquitecto Arién parado en su sitio, con un tenedor en la mano que se agitaba rítmicamente como un batidor mecánico, como la mano de un parkinsónico.

—¡Señor! —dijo el hombre, palidísimo—, me voy. Es muy tarde. Estos relatos estúpidos me enervan. *Propio* me enervan, me exasperan, señor. Y este señor ha estado muy ofensivo (por Doin), muy ofensivo, señor, enormemente ofensivo. Me voy señores. ¡Muy ofensivo!

Y antes que saliesen de su estupor, la figura cenceña franqueó de un salto la puerta, con el tenedor todavía en la mano, y salió con un portazo tremendo.

—¡Sapristí! ¿Quién es ése? —gritó el doctor Doin.

Todos habían quedado clavados en sus sitios, como heridos del rayo. El primero que se incorporó fue Bernardo.

—Extranjero —balbuceó—, Arquitecto rumano, creo... Muchos años en el país... Riquísimo.

—¿Lo conoce usted? —vociferó Doin.

—Presentado en lo de Auncué Tonkins. Me pidió un viernes... que lo invitase... "famosos viernes"... dijo. Me suplicó... ¡A este viernes! ¡Sí, al viernes en honor del comisario Nardín! A este viernes. Me acuerdo... ¡Santo Cristo Crucifijo! Me pidió que lo invitase a este viernes.

7. El fin del desnucador

La alborotada discusión que siguió, no dio más lumbre que esto, y terminó con poner todos en las manos del comisario Nardín la aclaración del asunto. Pero éste, que escuchó el tiroteo de comentarios plantada la mandíbula en silencio, y después se dirigió resueltamente a la salida, volvióse de pronto, tiró el sombrero, aporreó la mesa, y dijo:

—¡Quiero escuchar el fin de la historia! Esta noche ya está perdida, y no hay nada que hacer... Doctor Bernardo: la historia. Cómo murió su loco de los ataques y cuál fue la última coincidencia.

Ni Bernardo ni los demás volvieron a sentarse hasta el fin del relato.

—Murió paralítico. Y murió de resultas del último ataque, aunque parezca contradictorio. Ustedes conocen la enfermería del Santa Ana. Son dos series de aposentos sobre un pasillo central, abierto solamente hacia la Dirección, al este. Aquí, en el medio mismo del pasillo hay dos alcobas grandes, frente a frente (para enfermos graves), con camarilla anexa para *nurse* o sereno. En uno de ellos pasó los últimos seis meses el *médium* de los ataques, cuyo nombre he borrado en la ficha, no lo busque, doctor Doin. Una noche se levantó el desdichado y se desnucó contra la puerta. El padre Metri estaba del otro lado della. ¿Verdad, padre Metri?

El fraile asintió con la cabeza, muy demudado. El doctor Bernardo, no menos serio, dejó caer estas sorprendentes palabras:

—Digamos que se suicidó delante del Santísimo Sacramento, como la mula de San Antonio.

Se oyó una general exclamación de asombro. De pronto, el doctor Doin se lanzó a la puerta de salida, la abrió de par en par y aguaitó despacio el vestíbulo. Después la llavió a doble vuelta, con ira.

—Me pareció oír pasos —dijo confuso—. ¡Que no esté por ahí todavía ese maldito arquitecto! Siga, Bernardo.

—Aquí en el extremo del pasillo —había continuado Bernardo— tenía yo otro enfermo grave, que le dio por

pedir un sacerdote. Casi todos los locos recobran la lucidez antes de morir, como don Quijote, en parte al menos... no hablo de los frenosomáticos. Yo no permitía entonces entrar una sotana en mi sanatorio: entre otras causas, por aprensión a los paronoicos *regicidas*, que Seglas llama *tueprêtres;* usté sabe, Doin. Pedí, pues, al padre Metri que viniese de noche y vestido de civil. Y él se trajo en el bolsillo una hostia consagrada.

—En el pecho... el Viático... por las dudas está mandado... —dijo Metri.

—Metri fue y volvió de la Dirección al extremo de la enfermería, pasando dese modo dos veces delante del cuarto grande. En él se hallaba la *nurse* dándole la cena al *médium*. Ni uno ni otro podían saber quién pasaba, ni qué llevaba consigo. Eso, mucho menos; ni yo lo sabía, si vamos al caso. Uno y otro sólo podían oír los pasos que se acercaban y alejaban. Y bien, he aquí que al enfrentar Metri la puerta, el *médium* recobra sus movimientos, se incorpora loco de furor, y se desata en una erupción de blasfemias, insultos y obscenidades, contra los *pasos* de allá enfrente, como me dijo luego la *nurse* despavorida. aullando como un perro contra los *pasos* que lo aterraban.

—Yo sólo oí gritos; y la segunda vuelta, el golpazo en la puerta... —dijo Metri—. ¡Si hubiera sabido! La palabra que di al doctor de no meterme con ningún enfermo... Cuando llegó el doctor y abrimos, el tipo ya agonizaba. Jamás vi un cuerpo tan gastado; y sin embargo, el ímpetu con que se lanzó contra la puerta fue formidable.

—La *nurse* detalla así el suceso —prosiguió Bernardo—. Se oyen pasos acercándose, el enfermo se inquieta, se enfurece, se incorpora, cae en paroxismo de insultos. Ella retrocede espantada, y toca el timbre que llama al médico de guardia. El energúmeno se vuelve hacia ella y la paraliza, de una amenaza fulminante. La amenaza con desnucarla, con aquellos ojos que no mienten. Los pasos se alejan. El enfermo continúa vomitando injurias durante media hora, sentado en el lecho, inmóvil. Vuelven los pasos. Entonces el *fit* alcanza su clímax, el desdichado

para en el lecho en un esfuerzo supremo, desnudo y trágico como un espectro, vomita una maldición, y se arroja como un tigre hacia la puerta en ademán de echarse a los pies de alguien, en lo cual la cabeza choca malamente y quiebra. Yo oí el timbre y acudí corriendo. La *nurse* estaba en un rincón, desmayada de miedo...

Aquí tienen ustedes algunas de las últimas palabras del hombre, por si arrojan luz en su psicología, tal como me las dictó pocas horas luego la *nurse*, presente el padre Metri. La *nurse* es una mujer de edad, formal, poco imaginativa. Estas son las palabras.

El doctor Doin tomó una hoja temblorosa, y leyó en voz alta:

—Pan inmundo, — pan de porquería, — pan falsificado, — superstición inmunda, — fanatismo, — engañabobos, — explotadores del pueblo, — cuándo dejarás de atormentarme, — te conozco los pasos, — comida de perros, — yetta, — embaucador asqueroso, — cabeza de burro, — murciélago clavado, — perro muerto, — dios muerto, — padre de la mentira, — engañador del mundo.[3]

8. El cabo

El grupo que rodeaba el cuerpo del arquitecto rumano Arién, aplastado por un auto en mitad de la Avenida Alvear, se vio aumentado de repente por los seis soñolientos comensales, que salieron del chalé de enfrente y tenían los ojos tan espantados como los del muerto, casi. El doctor Bernardo, llamado a gritos, bajó precipitadamente. El vigilante los anotó a todos y los mandó a su casa, sospechándolos borrachos, empezando por el cura, que quería echar los exorcismos al moribundo. Una vendedora de diarios que vio el siniestro afirmaba a gritos que el hombre se había hecho atropellar adrede.

[3] Este suceso lo tengo por histórico, cualquiera sea su explicación: quiero decir, uno enteramente análogo, de reconocimiento furioso del Santísimo por un loco a través de paredes, que me fue narrado por personas fidedignas, como ocurrido al padre Considine, s. j., maestro de novicios de Manresa House, Roehampton, Londres.

La verdadera historia de Santa Taís de Alejandría[1]

"Oh Saints, ayez pitié de ces bêtes divines
aimez ce corps qui meurt, ce corps qui va mourir
ces fronts contemplatifs que la beauté chagrine
que rien, hormis l'amour, ne pourrait secourir!...

Es sabido que Taís fue una mala mujer de Alejandría que llegó a dominar a medio mundo, incluso al gobernador romano, y que, convertida luego a Dios, hizo una muerte santa. Las viejitas, al lado del fuego, tejieron poco a poco en torno una historia maravillosa (o mejor tres historias diferentes), que en la Edad Media Per Abbat —o quien fuese—, en castellano naciente, puso en verso rudamente métrico. Lo malo fue que varios herejes tomaron la historia y la recontaron en forma lasciva o burlona, interesados no en la penitente, sino en la cortesana, que ellos adoran y temen con el nombre de Vampiresa, y ganosos de mofarse de Simón el Bobo, que fue el instrumento de Dios para la conversión de esta alma. El último déstos fue un renegado llamado Francia o Anatolia, de linaje judío, aunque bautizado y apóstata, devoto de María Magdalena antes de su conversión, que compuso una historia fatigosa a la cual otro artífice no cristiano puso música blanda, tampoco no gran cosa, y ahora la *Meditación de Taís* la tocan hasta en los conventos de hermanas, no conscientes del error de que Taís jamás meditó, pues su oración nunca pasó del *Mazur eintelajem arhobo* que Simón le impusiera y que bastó para sal-

[1] Ésta es la verdadera historia de la Bienaventurada Taís de Alejandría, que anda por ahí de dos o tres modos falsificados, tal como la recogió en lengua siríaca Palladio, arzobispo de Helenópolis, y la tradujo al griego Casiano, al latín San Jerónimo y al inglés Wallis Budge. La Iglesia Romana celebra su fiesta el 8 de octubre.

var a su endemoniada alma, que es justamente el punto sustancial y ejemplar de toda esta historia.

A Taís, cuando niña, la mandaron a vender fruta al mercado de Alejandría su madre y su padrastro, con la intención solapada de que al fin vendiese el fruto vivo y divino de su cuerpo y les trajese dinero, mucho dinero, para poder pagar al publicano el arriendo del campo en que nacieron; y lo horrible del caso es que el padrastro se oponía y la madre se empeñó en que siguiese el camino de todas sus hermanas, que era lo mejor y el único remedio. Los hombres ricos de Bizancio habían ido comprando por intermediarios todos los campos fértiles del Nilo; y la fuerte raza de tostados labriegos que allí estaba afincada de siglos, había sido batida por la usura y después degenerada por la miseria, en una forma que llamarlos brutos animales o fieras no sería exacto, porque las fieras tienen instinto y éstos tenían algo más bestial todavía: una poderosa armazón de viejas virtudes muertas, vaciadas por dentro y habitadas por impulsos ciegos. Era algo terrible de ver, triquitraques en figura humana movidos por espíritus de muerte. Toda esa raza acabó al poco tiempo, se sublevó y fue pasada a cuchillo por el ejército. Como la flor de loto inesperada, inexplicable en el pantano, último retoño de una raíz recia, Taís era más hermosa que el ibis, que la serpiente y la cierva blanca; su voluntad era tan dura como el hierro y su corazón estaba lleno de sed y de un furor oscuro.

Muy pronto, el instinto le reveló su arma y se empezó a sentir poderosa, olvidada de la inmensa flaqueza que es el fondo de todo humano. Desde el viejo que le brilla la testa hasta el mozalbete que camina floreándose, todo varón que la viese moverse o inclinada sobre su cesta de cocos, quedaba tan herido y atado como el pájaro que los ojos del pitón fascinan. Su cuerpo, que para sí se volviera más frío que mármol, como si en su vientre estuviese extirpada toda fuente de vida, sabía imitar adrede todos los multiformes gestos del placer y danzar todas las sutiles seducciones que invisiblemente enlazan los ojos; y su risa y sus altos grititos, eran como el crótalo de la danzarina o el llamado de las sirenas. Alejan-

dría era una gran ciudad desparramada, opulenta y divertida. Tuvo, pues, Taís todo lo que quiso: coches, caballos, esclavos, perfumes, casas y joyas; todo el oro que quiso, del cual ni una pieza sola llegó a casa de su madre. Pero todo eso resbalaba por sus manos imperiosas; no era nada de eso, ni placeres ni oro, la sed que la devoraba, sino un inmenso gusto y voluntad de quebrantar a los hombres, de sujetárselos, y mucho más, al que más fuerte se creía o era.

Estaban en el desierto de Tebaida los Monjes Ayunadores; y había uno joven, Simón, que le llamaban el Loco, que supo la historia de Taís y la vio a ella un día. Por muy solitarios y abstraídos que fuesen, llegó hasta ellos el rumor de los hechos de Taís la Cortesana, puesto que llegó también a Bizancio, a Roma y a Anglia. El Gran Padre Antonio impartió una orden a los cinco mil solitarios de su obediencia: que nadie tomara en labios, ni en maldición ni en chanza, el nombre de la mala hembra, porque en ella moraba el espíritu de fornicación; y a todas las vírgenes de los cenobios, que orasen al Esposo para que aniquilase tamaña peste. Simón el Loco estaba fuera de la disciplina, a causa de los muy fieros ataques de morbo sacro que sufría cada vez que amenazaba tormenta; y excepto los votos de castidad, oración y ayuno, ninguna otra obligación pesaba sobre él, porque caía en convulsiones terribles cuando era molestado, en forma que caía en el fuego o en el agua, y vomitaba espuma, talmente como un poseído; siendo, fuera deso, hombre tan manso, callado y dócil y de tanta oración. Era extremadamente fuerte, que inspiraba temor; tejía muy bien; y era el encargado entonces de llevar a venta los cestos y esteras y traer en cambio de la ciudad el pan, la sal y el mimbre. Allí fue donde vio pasar un día en una biga de oro, vestida de pieles de tigre, púrpura y lino, dos eunucos libios a sus pies y dos negros caballos furiosos a los cuales fustigaba con grandes gritos de placer, a Taís la Cortesana, surcando como un trirreme la mar rumorosa de la plebe alborotada.

Inmediatamente sintió un espíritu sobre él, y desde aquel punto, no la pudo apartar del pensamiento; y su

alma no sabía si era el Espíritu Malo o el Bueno. Consultó con el Padre Viejo, el cual le mandó hacer más oración y más penitencia; pero la obsesión no se iba, y a cada Padre Viejo que consultaba, le aumentaban la oración y la penitencia, hasta que vino a enfermar, y le mandaron que esperase la venida del santo Pacomio, que era sacerdote, para que le echase los exorcismos. Lo único que sentía, era que no podía borrar de su memoria la imagen de la fiera mujer, en su carro dorado, con los dos caballos, tal cual; y sentía una lástima irrefrenable, como quien viese una flor de loto o una muy preciosa gema ensuciada de estiércol; y todas las noches que pasaba en oración, veía en sueños una maniobra, se veía a sí mismo haciendo una extraña maniobra, siempre la misma, con una voz de niño que le mandaba hacerla, como si fuese un mandato de Dios; y tenía todas las apariencias de un lazo del Enemigo. Fuera deso, su alma estaba en paz, podía trabajar y obedecer, los ataques de epilepsia parecían haber cesado. Por las llagas del Señor, rogaba a su Padre lo remediase en su peligro y enfermedad.

Después de orar y ayunar tres días y tres noches todos los monjes, el santo Pacomio fue elevado en Dios y soñó lo mismo que Simón soñaba. Mandó que lo dejasen de nuevo en su tráfico habitual, sin cambiar nada; y todo lo que aconteciese, lo juzgaran de acuerdo a San Pablo, que dice: *"Probad todo espíritu y quedaos con el que es de Dios"*, porque el espíritu de Dios es de amor y no de terror, de paz y no de febrilidad, de sencillez y no de humana prudencia; y quienquiera que siempre descubra, sin celar nada, todo lo que le pasa y sus más íntimos sentidos a su Superior o buen Padre Espiritual, no permitirá jamás el Señor que el Maligno lo engañe. Con lo cual, se despidió hasta el año próximo, y Simón volvió a su vida habitual.

Desto pasó un año. Volvió de nuevo Pacomio para Pascua y habló de nuevo con Simón. Había al lado de la fuente donde Simón tomaba la cántara para los monjes, escondido en un buraco, un vestido de caballero y un entero dinar de oro, y Simón lo sabía: un gran buraco tapado con una piedra, donde una vez Simón vio, o le pa-

reció ver, una pantera bebiendo. Fue este caballero romano, justamente, quien habló a Simón y a los monjes de Taís de Alejandría; y hallándose en su vocación vacilante, escondió sus posesiones, en vez de darlas a los pobres, para en caso de arrepentirse, y quizá mismo, por haber puesto la mano al arado y mirado atrás, permitió Dios que fuese devorado por una fiera, pensaba Simón al vestirse aquel día con las ajadas galas y tomar en sus manos tremantes aquella talega de oro. *Pecunia tua tecum sit in perditione.* Y vestido arrogantemente, y con el dinar apretado bajo el embozo, se fue a la ciudad al atardecer. con gran temor en su corazón, aunque todas las señales que Pacomio le diera del espíritu de Dios se habían cumplido. "El Señor me dará loqué decir; pero el decirlo me da tanta vergüenza y terror como una leona" —murmuraba concitado. Tan arrebatado andaba siguiendo su sueño, que, al llegar al atrio de Taís, atropelló a uno de esos niños pajareros que salía, y le hizo escapar los pajarillos; y no reconocía su propio rostro, inflamado como un arcángel, al verlo reflejado en el ébano de la puerta. Llamó, y salió una esclava vieja, que dijo que su señora no estaba.

—¿Es bastante para ti un talento de oro? ¿Un dinar entero? —dijo Simón; y la bruja le abrió precipitadamente, porque nadie había pagado todavía un talento de oro por una noche de Taís ni de nadie. Entró en una gran sala multicolor, llena de vanidades que llaman "arte", y reconoció en seguida la sala, el diván y el pebetero de oro que había visto en sueños; y vio venir, exactamente como había previsto, a la mujer, con su gracia lánguida y su fingido rubor y sonrisa.

—¿Soy yo bastante bueno para ti?

—Tú sabes que yo debo tomar a quien me pague.

—¿Sólo mi oro te interesa?

—Sólo tu oro

—¿No tienes vergüenza de hablar así?

—Los hombres me han quitado toda vergüenza.

—¿A cuántos has hundido ya en el abismo?

—A uno solo deseo hundir; y cuando él conozca el abismo, no querrá salir.

—Perra abominable —dijo Simón—, ¿no tienes otra alcoba más retirada?

—Nadie nos ve aquí.

—¿Estás segura que nadie?

—Si hablas de Dios, Éste nos ve en todas partes lo mismo que aquí.

¿Crees tú, entonces, que hay Dios y vida futura?

—Creo en la ira de Dios sobre mí y todo ¡lo mío.

—Llévame a tu alcoba que está sobre la terraza.

—¿Cómo lo sabes?

—Al llegar te vi.

—También yo te vi, y al verte, te elegí —dijo ella.

Siguió Simón a la joven a la alcoba, que tenía dos ventanas; una de ellas daba a un abismo; y apenas hubo trancado la puerta, demudóse su rostro como cuando la enfermedad estaba sobre él, se inyectaron sus ojos y sus movimientos se hicieron convulsos.

—Bien dijiste —gritó a la mujer, que perversamente descubría las sedas de su garganta— que la ira de Dios estaba sobre ti. ¿Has oídos hablar de Simón el Loco? Soy yo el monje que todos temen. El Gran Padre Antonio ha hecho rogar a Dios que extirpase del mundo esta peste; y yo he sido elegido instrumento de Dios para extirpar este cáncer del infierno. Cuando venías hacia mí lánguidamente, en vez de deseo mi corazón estaba lleno de furia; y en vez de ver tus miembros redondos, yo veía debajo de tu figura como un animal feroz y pérfido que se movía con embuste, el demonio que habita en ti; y ésta es la última seña que me dio el Santo Pacomio, que el espíritu de fornicación que de mozo me afligía, ya no tiene la menor presa en mí.

Y agarrando en una sola de su garras los dos brazos que buscaban su cuello, despidió a la mujer, rodando, al suelo; y dirigiéndose a la ventana, abrió y oteó el abismo, tmblando como un perlático en un ataque de inconmensurable furia.

Taís dio un grito de terror: "Si alguien me quiere, que me salve". El loco derribaba mesas y rompía vasos y figulinas. La mujer estaba aterrada. "Toma tu dinar

—le dijo—, nunca pensé en dinero; desde aquí te vi llegar, y de golpe mi corazón se prendó de ti, como hasta hoy jamás se prendó de varón ninguno". Simón tomó las monedas y las arrojó al abismo, irguiéndose sobre la mujer que sollozaba, le dijo que pensase en la muerte, y le empezó a hablar de Dios y de la vida futura como quizá ningún hombre ha hablado. La cuestión es que la cortesana jamás había oído a un hombre hablarle así. Jamás insultos tan dolorosos y amenazas tan temibles con tan inflamados requiebros, requiebros a su alma y no a su cuerpo, no a sus senos o sus piernas, como los otros, sino a su corazón, a su inteligencia, a su voluntad, a sus ojos y a su riquísima y descompuesta alma, las ternezas de un hombre grande a una criatura chiquita que no entiende; esa tempestad arrolladora que rompía su cielo de plomo, la más terrible de todas las indignaciones, por ser la más parecida a la ira de Dios, el furor paterno, porque castigar y herir puede el amor todavía peor que el odio; como una terrible tormenta de truenos y fulmen que rasga de golpe un abra en el cielo por donde puede verse a Dios inaccesible, que uno ve claramente que tiene que existir Dios y que uno ni lo conoce ni puede llegar a Él. El caso fue que Taís, arrodillada y sollozante, empezó a ver en su mente lo mismo que veían los ojos del gigante alucinado: una región de muerte más desolada que los exhaustos cenicientos agros de su niñez, una casa más odiosa que la suya, una agitación más estéril y más sedienta que su horrible vida de ahora y todo esto para siempre, irremediablemente./El mundo invisible de la religión, por primera vez en su vida la mujer vio.

—Tus momentos están contados —dijo el ermitaño—. Sé cierto, de parte de Dios, que no puedes vivir mucho.

—¿Y puede Dios salvarme a mí?

—Hace más de un año que Dios está día y noche pensando en ti.

—Si eso fuese verdad, no hay ninguna cosa que yo no sea capaz de hacer por Él y por ti.

—Entonces, levántate y sígueme —dijo Simón el Loco—, detestable y pobre animal; y conocerás la voluntad de Dios.

Era ya la cerrazón del alba, Simón había hablado y delirado casi una noche entera.

En el oasis de Ankkara estaba el cenobio de la Gran Virgen Emma (que significa *madre*), donde más de cien vírgenes vivían en oración, silencio y penitencia. Era apenas amanecido, y una lujosa biga se detuvo en la puerta cerrojada, donde llamaron un caballero y una mujer velada. Hubieron de esperar una hora que terminaran las vírgenes su oración; y sólo al ver un sello del Abad Pacomio, consintió en venir la Gran Madre.

—¿Qué te dijo el Abad Pacomio hace un año, oh Gran Madre? —le preguntó Simón—. ¿Recuerdas las palabras que quien te las repitiese, debías prestarle obediencia en todo?

—Sí —dijo la alta y majestuosa vieja—, ¿cuáles son esas palabras?

—*Tú que me creaste, ten piedad de mí* —que en siríaco suena brevemente *Mazur eintelajem arhobo*.

Inclinó la cabeza la monja y esperó la otra señal. Simón se volvió al occidente y le mostró la columna de humo de un rojizo incendio allá en la ciudad dormida.

—¿Ves aquello que arde? Es la casa de Taís la pecadora.

Y entonces mandó Simón a la Gran Madre Emma que aquella enlutada, cuyo hablar eran puros sollozos, fuese puesta y enmurada en un tabuco del ancho de un cuerpo extendido, que la puerta fuese tapiada a cal y piedra, y sólo una rejilla abierta a la altura de los ojos, para mirar la misa los domingos y recibir cada día un cántaro y el pan y la sal. Espantóse la virgen del rigor de aquella orden, pero Pacomio habíale ordenado ciegamente obedecer. Mas cuando tomó en sus brazos a la penitente, conforme a la regla de las vírgenes, ésta se humilló en el suelo y preguntó a Simón:

—Hermano, ¿cómo tengo de orar?

—Tu boca es demasiado inmunda —contestó éste— para tomar en ella el nombre de Dios. He aquí por qué, cada día te postrarás diez veces en tierra hacia el oriente y dirás las palabras que el Espíritu te puso en los labios cuando te aterrabas de morir.

Y Taís dijo: *Mazur*, que significa un grito infantil de inmensa llamada hacia algo inmensamente desconocido y grande, que Casiano tradujo: *"Pantoprotoplástor, eeléi emou"*, o sea, *"Quiplasmasti me, miserere mei" — "Tú quienquiera que me hiciste, apiádate desta triste"—;* pero ninguna lengua del mundo puede dar como el siríaco la fuerza transverberante y concreta del verbo que dice la suprema adoración y el verbo que dice la suprema congoja. *"Mazur eintelajem arhobo"*.

Cuando Simón regresó al cenobio, hervía el desierto como una colmena al sol; de todas partes acudían los solitarios con sus esteras y sus calabacines para un Gran Capítulo, porque la noticia de su escapada había llegado a los monjes no se sabe cómo, ya que estos santos varones son todo lo anacoretas que quieras, pero hay que ver cómo se enteran de todo, y más que nada, de los defectos ajenos, los cuales, cierto, hay que saberlos a veces y saberlos bien, al menos aquellos que deben gobernar. Sin darle la paz ni dejarle mudar traje, fue llevado al centro del tribunal ecuménico, donde se arrodilló sin decir palabra. Allí presidía el Padre Viejo Camilo, el primero de los anacoretas después del Gran Antonio, que en cincuenta años de eremo no había tocado el peine sus cabellos, ni tijeras sus uñas, ni el agua su cuerpo, amarillo y duro como cuerno; que ayunaba a sola agua tres días seguidos por semana y sólo comía de noche pan y raíces, por voto, durante toda su vida. Allí estaban los padres viejos, encorvados y aridecidos como troncos, y los jóvenes atletas de Cristo, pálidos y demacrados en su lucha contra los espíritus de la gula y la fornicación. La ciudad de Alejandría ardía en furor contra los cenobitas, y entre ellos corrían pensamientos de temor y confusión.

Alzóse agitado Camilo antes de acabar el *Veni Creator*, y dijo a Simón el Loco:

—¿Has ido a la ciudad y has entrado en la casa de una mala mujer?

—Sí.

—¿Has pasado toda una noche allí?

—Sí.

—¿Te han visto al amanecer salir con ella y perderte en el desierto?

—Sí, Padre Mayor.

—¿No tienes vergüenza de decir "sí, Padre Mayor"? ¿Sabes lo que has hecho?

—Responder la verdad a todas tus preguntas, oh Padre, como me mandó el santo Pacomio; porque el que es verdadero y claro de conciencia, no puede perecer. Pregúntame, Padre, lo que hice y a todo contestaré delante de Dios que me ha de juzgar.

Enfadóse mucho al oír esto Camilo, y dijo:

—¿Oísteis esto? ¿No bastaba que los labriegos hambrientos y solevados contra los ricos que nos dan limosna, quieran venir a darnos muerte; no bastaba que el procónsul romano, que ha sido o es mal amigo de aquella diablesa, ¡y que puede arrojarnos a todos de nuestros cenobios!, esté ofendido y furioso; tenía que venir este impudente fornicario a perder la honra de todos los monjes, ahora que la Gran Condesa Emerencia iba a edificar un cenobio para 500 vírgenes, que haría esplender por todo el mundo la mayor gloria de Nuestro Rey Cristo, para que este iluso engañado de Satán fuese a hacer a la ciudad, donde es conocido de todos, lo que se resiste el oído a oír y la mente a imaginar? ¿Qué os parece?

Y volviéndose a Simón, que temblaba todo y sanguinaban sus ojos como cuando empezaba su morbo sacro, le dijo:

—¿Qué harás tú si el Consejo te arroja de tu celda al mundo?

—No me iré sino a la fuerza.

—¿Qué harás si te impongo un año entero de ayuno?

—Lo haré.

—¿Qué harás si te impongo cuarenta días de ayuno total sin tomar tu boca más que agua?

—Lo haré, oh Padre Santísimo, con la gracia de Dios.

Entonces mandóle el Gran Padre Camilo, con anuencia de la mayoría del Consejo, que, dejando al pun-

to la celda, parase en una gruta cerca de la fuente de la Pantera, y al llegar la Cuaresma, no tocase durante toda ella hasta Pascua ni hierba ni pan; y a los monjes mandó que vigilasen la gruta, y en viéndole que le viesen hablar con cualquiera o salir para la ciudad, tapiasen la gruta con piedras y fulminasen contra él la excomunión. Alzóse entonces un monje joven, que todavía no tenía voto, y dijo que era demasiado rigor de castigo, en forma tal que podía morir el hermano por fuerte que pareciera. Pero el Consejo respondió que Cristo había ayunado cuarenta días y también Moisés y Elías, y que el bien de la Comunidad y el buen nombre de todos prevalecía encima del bien de uno solo, y aun encima de su vida: sobre todo siendo éste culpable y fornicario. Alzóse un rumor potente entre los muchos que no se mostraban conformes, cuando he aquí que el acusado, que estaba de pie turbado y tembloroso, bajó la cabeza como herido de súbita idea, y postrándose y besando el suelo, dio gracias al Gran Padre Camilo de la penitencia impuesta y pidió a todos le ayudasen con sus oraciones a cumplirla antes que arrojarlo de la compañía de los santos, puesto que (ella era justísima y muy inferior a los pecados que él en su alma sentía y confesaba.)

Pasó un año, desde este caso, que fuera en Cuaresma, y nadie vio a Simón salir en todo él, a no ser para el agua, aunque muchos lo vieron ahinojado en prolongada oración; y después llegaron los oficios de Semana Santa y se congregaron los anacoretas para recibir de nuevo al santo padre Pacomio, y entonces muchos monjes se quejaron con él del castigo impuesto a Simón, en tanto que otros defendían acaloradamente al Gran Abba Camilo, mientras el santo Pacomio no hacía sino oír a todos en silencio, con dos hilos de lágrimas por las blancas barbas. Mandó a todos ayunar y hacer oración en vigilia durante toda la semana de Pasión, pidiendo a Dios omnipotente el revelo de su voluntad; y aconteció que el Viernes *O clavis*, un monje que tenía el don de profetizar en sueños, vino al santo Pacomio y le relató una visión de Dios. Estaba aquella noche orando, y durmióse, y fue arrebatado al séptimo cielo, y vio allí un

tálamo precioso aparejado, guarnecido de flores por un sendero de estrellas, que defendían al norte, al sur, al este y al oeste cuatro guerreros. Arrebatóse de júbilo el monje al ver tanta riqueza, y pensó en su corazón que era aquél el sitio del cielo destinado al Gran Antonio, Padre de todos los monjes, y preguntó:

—¿Es éste el trono celeste de mi Padre Antonio?

—No es —respondióle uno de los querubes.

—¿Es, por ventura, para nuestro Padre Camilo?

—No —respondió el Ángel.

—¿Para quién, pues, dispuso el Señor esta corona?

—Para la mujer del tabuco —contéstole el Ángel—. Taís, la pecadora de Alejandría, que está en el monasterio de la Virgen Emma.

Despertóse asombrado el monje, que ninguna noticia tenía de aquello, y volvió a su oración y volvió a dormir, y tres veces se repitió el extraño sueño.

Irguióse con exultación el santo viejo Pacomio al oírlo, y tomando el báculo, se encaminó por el rayo del sol vesperal a la gruta donde Simón, en su terrible ayuno, desfallecía; y al verlo, le dijo:

—Alégrate, hermano, que sé de cierto que el Señor ha acogido tu sacrificio y ha bendecido tu oración. He aquí lo que quiere el Señor: irás al monasterio de mi hermana Emma y pondrás en libertad a Taís mi hermana, porque de cierto sé que todos sus pecados han desaparecido. Y el modo será éste: todas las vírgenes en procesión, con cirios en las manos, llegarán al tabuco; y destapiada la puerta, la Superiora, mi hermana Emma, con sus manos lavará la cabeza y los pies de la penitente y la vestirá con la túnica de las vírgenes cuando profesan; llevaránla en procesión al templo, donde el sacerdote le dará absolución y el Santísimo Sacramento si es que está bautizada; después de lo cual, podrá ella salir y partir adonde quiera. Esto se ha de hacer por orden de santa obediencia, y mi sello está aquí.

Levantóse al oírlo Simón, y su esquelética figura se destacó sobre el crepúsculo como un ángel; y sintiendo recobradas de golpe todas sus fuerzas juveniles, en una noche sola hizo el camino hasta el oasis de Ankkara.

La mujer del tabuco estaba orando; y esperando que acabase para darle su pan y sus hierbas, estaba la santa vieja Emma, encorvada ya un poco, porque tocaba casi los cien años, pero firme en la obediencia de Pacomio, que había defendido firmemente durante un año contra la curiosidad o inconstancia de algunas de sus hijas. Mas la mujer del tabuco jamás se había quejado, y sólo sabían de ella aquel gran grito con que, cada día diez veces, volviéndose al oriente, invocaba a Dios sin nombrarlo. Por la estrecha rejilla, Simón no vio della sino una gran mancha amarilla que con los brazos tendidos permanecía inmóvil; mas apenas la nombró por su nombre, se recordó ella, y aproximándose al tragaluz, escuchó el mensaje de Pacomio de cómo quedaba libre. Pero entonces Taís se negó y empezó a rogar con roncas voces inarticuladas que la dejasen allí. Alegó Simón en vano. Preguntó Emma si el salir del tabuco era mandato o solamente permisión. Acordó el mensajero que era únicamente permisión. Pidió Taís que el sacerdote le diese el cuerpo de Cristo, solamente si después de oírla en confesión la juzgaba digna. Compadecióla Emma y dijo:

—¿No quieres hija que, al menos, te lave y te sirva y te enseñe el Pater y el Ave y las demás oraciones, puesto que pareces una fiera que no sabe hablar, y no humana criatura de Dios?

Contestó Taís que le bastaba a una pobre como ella aquella oración "Tú, quienquiera que me hiciste, ten piedad de mí": y desde que Dios empezara a hablarle, ella no sabía hablar. Enfadóse Simón el Loco. Pero la Virgen Emma le dijo que ella conocía las mujeres, y que era inútil alegar cuando una mujer decía que no de cierto modo —y una mujer como aquélla—, y que lo dejarían por entonces hasta consultar de nuevo a su hermano Pacomio. Y así Simón volvía a su gruta meditabundo, y toda su gran debilidad de antes había caído sobre él de nuevo. Mas Taís, al día siguiente, recibió el Cuerpo de Cristo, y el día de Pascua, murió.

Cuando llegó al fin del ayuno, Simón parecía la hoja que cuelga solita en otoño. Era domingo y tenía que ir al monasterio a oír misa, y lo pusieron a ayudarla. En-

tonces le ocurrió un suceso extraño. Cuando el preste estaba orando, antes de la Comunión. Simón vio que una mariposa desas blancuzcas, que llaman *polilla* los abejeros, venía volando a lo loco y caía en el cáliz consagrado sin que el sacerdote reparara. Simón se levantó muy agitado, pero en esas vio que el bicho salió volando del Saguis y se posó en el velario, rojo como un alhelí a causa del vino consagrado, brillante y escarlata como un pecho de churrinche. Manoteó despacito para pillarlo, porque sin duda había que quemarlo, pero el insecto entre sus dedos se volvió dorado como el oro, y convertido en una gran abeja reina, desas de raza romana, se le fue volando. Simón sintió que la tiraban de atrás y se estremeció de horror sacro; y era uno de los monjes, gesticulando muy agitado; la misa había acabado, el sacerdote se iba, él estaba tieso de pie con un brazo al aire, los chicos se paraban en grupos mirándolo con curiosidad y los grandes salían de la ermita meneando la cabeza. Sus pies no tocaban el suelo, o bien, lo tocaban solamente con los dos pulgares.

Entonces conoció que había soñado.

El *abba* lo bendijo y lo absolvió, le levantó el castigo y le dijo que aquel día, que era Pascua, había de recomenzar a comer: un cuarto de pan con agua, y un medio los dos días siguientes, y un pan entero el miércoles *Laetare*, y de ahí un pan por día, menos los viernes, y durante toda la Pascua, también hierbas amargas, frutas y la planta llamada verdolaga. Simón tomó un cestillo con cinco panes, pero estaban duros como piedra, y bamboleando como un bote en el mar, se volvió a la gruta.

En el camino, vio otra cosa extraña. Vio en el borde un pollito muerto, hirviendo en gusanos; pero no estaba muerto, porque se movía y hasta caminaba, a no ser que fuese por los mismos gusanos. Lleno de lástima, estiró la mano a atraparlo, y el monstruo despedía un olor insoportable, que tiraba de espaldas. Pero apenas Simón lo tocó, se volvió un pajarito amarillo, un jilguero que se alzó aleteando sobre su cabeza, cerniose un momento, y luego se paró en una cerca, cantando un trino desenvuelto y triunfal.

Cuando llegó a la caverna, le pareció que había andado un año entero, y tenía que salir todavía para la fuente, por agua. El cielo estaba negruzco; la gruta estaba oscura, y rodaba sobre su cabeza, ¿o era adentro?, incesantemente, una especie de estompado rumor de trueno. Cuando volvía con la escudilla llena, la lluvia empezó a golpear en silencio, y él sintió de golpe un gran frescor, sintiéndose como trasladado a un punto preciso de su infancia: a aquel día de lluvia, cuando era niño, que murió su padre. "¡Alberto! ¡Mirá un pajarito que no vuela, agarrálo!". Oyó clarísimo una voz de niño allá fuera. Sobre su cama de paja había una gran mancha amarilla, un gran animal del mismo color que la abeja y el pajarillo, que al entrar él se movió un poco soberbiamente y le mostró las enormes fauces. Simón se heló de terror. Era una enorme pantera real, y Simón vio que estaba herida. Sobre el vientre, blanco como seda, resaltaban cuajarones de sangre oscura, acribillados de moscas verdes. El animal abría la boca y rodaba por los belfos la lengua reseca. Simón se arrodilló en el suelo y posó su cuenco. La fiera se levantó agitada y se le vino; su chispeante manto de brasa parecía llenar la cueva. Simón tuvo miedo, pero no de ser devorado, sino de algún engaño del maligno. El animal bebióse a grandes lengüetazos toda el agua, y después levantó la cabeza y lamió la mano. Simón le tomó suavemente el robusto cuello sedoso, y luego, alzando un pan, se lo dio, y después otro y otro, los cinco, que parecían desaparecer sin mascada en las enormes fauces. La tormenta rugía afuera; Simón sintió que el animal se recostaba contra él, y entonces comprendió que estaba perdido, porque no tenía ni un aliento más para caminar, su comida estaba regalada a un bruto herido y los monjes no se acordarían de él hasta el fin de la semana, como es uso de los monjes.

Sintió que iba a morir; y así no más, de rodillas como estaba, volteó la cabeza sobre una piedra. Lo último que sintió fue una cosa tibia, como una cara o una boca que se posaba con fuerza sobre la suya.

El anillito de oro

Es mucho lo que te quiero,
demasiado para un hombre,
tengo miedo de morirme
llamando a Dios con tu nombre.

Había en un país un rey que no se curaba mucho de su reino y todo su gusto era tocar la flauta. Llegado a la mayor edad, lo casaron con la hija de un rey vecino y poderoso aliado. Era una princesa jovencita, apenas más que una niña, delgada y alta y de gracioso porte, con un rostro que parecía de cera o pétalo de magnolia y una mata de pelo color de bronce que otras veces parecía oro. Nunca se reía, y aun su sonrisa era un poco triste. Así, pues, llegó al reino y al día siguiente se celebraron con grandes fiestas las regias bodas.

Había en palacio un joven soldado llamado Fidel, huérfano y fijodalgo, muchacho de grandes dotes, apuesto y valeroso, y de un gran espíritu; el cual, ver a la reina recién llegada y enamorarse locamente de ella sin poderlo evitar, fue todo uno. Empezó a penar; y todos los rezos y penitencias que hacía, era todo inútil: no hacía más que pensar en ella y pedir a Dios de perder la vida en servicio de ella. Estalló una guerra en aquel entonces y Fidel combatió desesperadamente, haciendo tales proezas que se distinguió entre todos, y cuando volvió victorioso a la capital, fue nombrado capitán de la guardia de palacio. Entonces pudo ver con frecuencia a la reina, y cada vez que la veía, era feliz por varios días, o por mejor decir, era feliz y desdichado al mismo tiempo; y una vez que ella le dirigió la palabra, temblaba todo, temiendo desfallecer y traicionarse.

Aconteció entonces que, como el rey no se cuidaba mucho de la cosa pública, los ministros del reino generalmente en nada pensaban tanto como en embolsar di-

nero, y uno de ellos fue tan lejos, que no vaciló en hacer traición a su país, de acuerdo con una nación limítrofe; cosa que llegó a descubrir Fidel por un feliz azar y también por la continua vigilancia y celo con que miraba todas las cosas atañentes a su soberano, al cual puso en noticia de todo.

El rey descabezó unos cuantos magnates, desterró a otros, a otros cargó de hierros y mandó a galeras perpetuas, después de lo cual nombró ministro canciller a Fidel, como quien sabía que de él podía fiarse.

Fidel se puso al trabajo con gran energía, porque había muchísimas cosas que no estaban bien y en general todo estaba desajustado, y es increíble lo que construyó y enderezó en poco tiempo. En ese entonces, tenía que tratar con frecuencia a la reina por diversos asuntos, y ella a veces se aconsejaba con él sobre la educación del hijito que tenía, que era un varoncito, no muy fuerte él, porque había nacido debilucho.

Una vez estalló un incendio en el ala del alcázar llamada las alcobas regias —y puede ser muy bien que fuese eso que llaman sabotaje, o sea, socialismo—, en que peligró seriamente el regio infante, porque la reina creyó que el rey, y el rey creyó que la reina lo había recogido consigo, cuando en realidad el chiquillo estaba medio sofocado en la *nursery*. Entonces, denodadamente trepó Fidel por los muros del alcázar, como otrora subiera las barbacanas de los fortines enemigos, y corriendo por los pisos que se vencían y bajo el artesón que se desprendía en bloques de fuego, rescató al infante y lo llevó a sus padres; y luego se arrojó de nuevo al mar de llamas, sacudiéndose de los que pretendían detenerlo, para salvar a la aya que el niño desaparecido llamaba a gritos, lo que consiguió también a duras penas, aunque esta vez le costó caro.

Sufrió quemaduras profundas, hasta la segunda capa de carne, donde están los tendones, y estuvo largo tiempo entre la vida y la muerte, hasta que al fin se recobró de nuevo. El rey lo premió y la reina le dio las gracias, y en el pueblo creció de un modo increíble su fama. El que no se recobró del severo choque sufrido fue el prin-

cipito heredero, el cual empezó a sufrir de pesadillas y cayó en una profunda invencible melancolía, de la cual, finalmente, hubo de fenecer. La reina, entonces, estuvo a punto de morir de pena; no quería comer, y su desesperación era extrema, sobre todo sabiéndose por los médicos que no volvería a tener familia. Entretanto, el pueblo crecía y crecía en entusiasmo por Fidel; los copleros no sabían sino relatar sus preces, las cuales, naturalmente, se iban aumentando a medida que las narraban, hasta que el rey se cansó y se ahitó de tanto oír Fidel por aquí y Fidel por allí, el nombre de Fidel por todas partes, y decidió mandarlo de gobernador a una provincia lejana. Y aunque sus amigos lo sintieron grandemente y algunos se indignaron, Fidel se sometió sin una palabra, porque al fin su salud estaba tocada y en la capital su trabajo era demasiado.

El día antes de partir, llegó a él una azafata a decirle que la reina lo esperaba en el jardín para despedirlo. Y en efecto, allí estaba, inmóvil de pie contra un alto fuste, pálida por efecto de su debilidad, y su sonrisa era más triste que nunca. Era la primavera y un perfume de rosas venía, y de los pájaros la alborotada orquesta. La primera estrella de la tarde se encendía en el tranquilo cielo verdoso, y el aire era tibio y fragante. La reina le dijo: "*Se va Usía muy lejos, y nadie sabe por cuánto. Nadie sabe lo que puede suceder en esta vida, y entonces he pensado que era mi deber despedirme; y pensando qué recuerdo podría mejor donarle en prenda de mi gratitud, ninguna cosa he hallado fuera de este anillito de oro*". Alzó los ojos Fidel y vio la sortijuela que solía llevar el difunto infante en el dedito y con la cual solía jugar. Pero a él no le entraba ni en el meñique.

—No le va ni en el dedo chico —dijo la reina, después de probarla.

—Me la colgaré al cuello —dijo Fidel.

En ese momento, oyó la reina que el rey la llamaba y acudió presurosa al ventanal del alcázar, donde estaba el rey con su flauta y donde se oían los complicados sones que estaba ensayando, una melodía entre sardónica, melancólica y tierna, como agudos gritites penetran-

tes en la caliente noche. Porque para entonces el rey había llegado a tocar la flauta de una manera simplemente maravillosa. Pocos habrá habido en el mundo, si es que alguno hubo, que tocasen la flauta como aquel rey llegó a tocarla.

De modo que Fidel se fue a la Marka del Norte, que estaba en la peor frontera, y allí bregó duro, por ser región de sabotaje, socialismo, sediciones y toda clase de infames deslealtades y traición, sin contar el enemigo de afuera. Apenas pasó un año, cuando llegó un mensajero con lanza y flámula negra, anunciando que la reina había muerto. Hizo luto Fidel, y desde aquel día, no lo vieron más en cacerías ni torneos, sino solamente, fuera de la curia, en hospitales, misas y facultades, o cabalgando solo, de negro vestido, en un palafrén negro, camino de la frontera. Pasó otro año, y llegó otro mensajero con flámula negra y blanca, anunciando la muerte del rey y que Fidel había sido proclamado soberano, tanto por la Dieta como por el Real Consejo, por haberlo dejando así expreso y escrito el mismo rey y haberlo dicho antes de morir la reina, pero principalmente por pedirlo el pueblo por plazas y lonjas a grandes aclamaciones. Volvió Fidel a la capital y comenzó un feliz reinado, en que Dios lo ayudó, no solamente en las armas, sino en las grandes luchas y empresas de la paz. Desterró a los ambiciosos que en la vida del otro rey le escribían a la Marka, tentándolo de sedición. Puso orden y justicia en todo, y, según parece, nunca corrió peligros tan sutiles y grandes, ni en la guerra ni en la Marka, como entonces. Limpió totalmente los caminos de ladrones, y también las oficinas públicas, aunque allí todos no pudo. Fue buen amigo y mal enemigo, como debe un rey serlo; y sólo una guerra tuvo que sufrir en diez años, porque lo sabían los otros reyes tan íntegro y furioso que para hacer respetar el honor patrio le bastaba mostrar no más los dientes de sus fieles soldados erizando las altas barbacanas. Se rodeó de sabios y letrados, fundó estudios generales, un hospital de dolientes y otro de incurables, y una gran catedral de granito rojo y caliza blanca, cuyos planos dibujó él mismo.

En fin, ¡qué no hizo en diez años! Sin oprimir a nadie, juntó mucho dinero, y lo tenía siempre marchando, para industria y ayuda. Honró el nombre de Dios. Consoló a los pobres y quebrantó a los prepotentes. A los pequeños atendió y a los opulentos les puso pretina. Cómo sería su fama, que el mismo emperador le propuso su hija única en matrimonio, que era el más precioso partido de todo el imperio y quizá del mundo entero; y Fidel dijo que no; lo único de este rey que al pueblo no le supo bien nada y lo dejó malcontento y murmurando. Un día Fidel llamó a uno de sus ministros, en quien más confiaba, y le dijo: "*Dejo el reino en tus manos hasta mi vuelta; debo hacer un viaje, y cuándo volveré no lo sé*". Y esa noche partió solo, a oscuras y sin caudales.

Había una ciudad famosa por haber conservado en sí el amor de la sabiduría. Allí llegó Fidel y se puso con uno de los doctores más sabios a aprender la sabiduría, el cual lo puso entre sus discípulos predilectos, y sin saber que era rey, lo empezó a doctrinar, y formar como hijo. Al cabo de tres años de estudio, el sabio lo llamó y le dijo: "*No tengo nada más que enseñarte, porque ya el alumno sabe más que el maestro; vete a los otros sabios*". Fue a los otros sabios, pero éstos, oyendo lo que el primero opinaba, ninguno quiso hacerle de maestro; y entonces Fidel abrió escuela, y empezó a enseñar a otros con gran loa. Su fama corrió por el mundo y su escuela se contó entre las primeras; y nadie sabía que aquel joven de cabellos blancos había sido monarca, porque parece que el ministro regente no lo hizo tampoco buscar mucho. Y un día que la ciudad aquélla decidió solemnemente nombrarlo sumiller y cabeza de todos los otros doctores, para reunirlos a todos en un cuerpo que enseñase bajo la dirección del Estado, Fidel juntó sus libros y los donó a sus alumnos, quemó sus manuscritos, y se fue a un monasterio de gran santidad, donde vivían monjes en mucho ayuno, oración y servicio de los pobres, donde, siendo recibido por el abad, le dijo: "*Padre, yo he sido doctor de la ciencia humana y me he convencido que todo es vanidad y quiero aprender ahora la ciencia divina; la ruego que me acoja entre sus hijos*". El abad le dijo:

"Maestro, para entrar aquí es menester que renuncies del todo a todo bien terrenal". Sonrió Fidel, y llevando la mano al pecho, le dijo: *"Padre, diez años yo he comandado tropas, diez años he gobernado un reino y diez años he sido doctor entre doctores; lo único que nunca tuve es dinero, y ahora ¿qué dinero puedo tener, no le dije que soy maestro? Y si he renunciado al poder, al saber, a la gloria y a la aventura, ¿qué bien terreno puede quedarme por renunciar?"*. Pero, al decir esto, sonó en el suelo un sutil tintineo y el abad levantó de sus pies el anillito de oro, que había rodado por habérsele roto la cadeneta. Y le dijo:

—¿Qué es esto, hijo?

—Padre, es un anillito de oro que llevo al cuello, con el cual otrora un niño hoy muerto sabía jugar.

—Tómalo, hijo —dijo el abad— y échalo por la ventana al foso, pues el que aquí profesa debe renunciar a todo bien terrenal.

Entonces se puso Fidel de hinojos y dijo:

—Padre, te suplico me des tu bendición; no soy digno de vivir en tu santo monasterio; porque no puedo obedecerte y echarlo por la ventana al foso, a causa de que no puedo renunciar a este anillito de oro.

Lo bendijo el abad y lo acompañó cariñosamente hasta los canceles, asegurándole que en el momento que quisiera volver al monasterio, estaría para él siempre abierto. Y Fidel inició una larga peregrinación, y se mantenía por el camino de limosnas que iba mendigando. Su meta era Santiago de Compostela. Pero murió antes de llegar a mitad camino.

La ley del rebote

Hilito que en vilo hilo,
hilito que estoy hilando,
yo te he visto y sí me acuerdo
pero no me acuerdo cuándo.

Mi hospedador me internó en una inmensa estancia fresca con piso de ladrillo.

—No se olvide de echar llave —me dijo.

La maciza puerta de algarrobo se cerraba con una primorosa cerradura antigua y una recia llave.

—Dé dos vueltas de llave —continuó—. Una vuelta cierra y dos vueltas trancan; pero fíjese, la tercera vuelta abre.

Observé el inesperado efecto.

—Vieja cerradura francesa, de arco. La lengüeta o machillo de media rueda, gira circularmente. Pruébela usté mismo.

Al primer y segundo chasquido, la puerta quedaba como un bastión; al tercer chasquido, se desataba y quedaba a picaporte. También se podía abrir retrogirando, pero era mejor todo derecho.

—Rece un padrenuestro y no olvide que son dos vueltas —dijo don Antenor antes de darme las buenas noches—. Una vez, a un hombre le costó la vida.

Yo demoro en dormirme, pero no me despierto de noche, y menos, en la paz del campo. Pero aquella vez, me desperté asustado pasada medianoche, pareciéndome seguro que el picaporte se movía cautelosamente. Me levanté a examinar la puerta: estaba a dos vueltas, cerrada como una tumba; di otra vuelta a la llave y sentí el gran peso del tablón relajarse. Fuera no había nadie.

Al día siguiente, en el fogón, el capataz me contó una historia que, con algún adarme de superstición correntina, creo que un fundamento tiene. Se refiere a la desgracia de don Rubén Duchanel.

"Lah cosa desta vida están toah entretejida'como manta'vicuña —comenzó Sandalio— *y nohotro somo' loh 'ilo. Cad 'ilo no conoce' l 'ibujo' loh otro, pero el que hizo la manta lo' conoce a t 'do'. Uno tira di un hilo suelto sta punta, y va y se frunce la manta l'otra punta. Por donde sambuile cad'ilo, únicamente lo sabe el tejedor de toa la manta, con la permisión de Dio' y de usté, Padre".*

Pudo pasar de diez maneras diferentes, pero parece que pasó así. Don Rubén tiró el saco de seda cruda y se desprendió el poderoso cinto, que colocó sobre el velador. Cuando estaba cerrando la puerta, sintió como que de atrás lo miraban, con un quite del rabo del ojo. Volvióse rápidamente y vio en el rincón frontero dos ojos azules, desparejos. Eran sus propios ojos, velay, pero fieramente deformados allá en un espejo sobre una rinconera. El marco estaba oculto en el color de la caoba calada, y era de esos espejos ordinarios, de cambiar las caras que es un gusto. Don Rubén hizo visajes a la suya, todo convexa y apabullada, y al reponer el espejo en su sitio, ¿no va el espejo y se resbala y hace añicos en el suelo? Mala suerte.

No la merecía mejor el falso espejo.

Don Rubén tomó tres sellos de bromural y se tumbó en el jergón de chala de su fresca cama de tientos. En cinco días de aromoso campo había recobrado el sueño, y le quedaban diez más de holganza agreste. Pero, aunque se le antojase quedarse en Curuzú Cuatiá dos meses en vez de dos semanas, su fábrica porteña *La Morocha*, con sus siete filiales provincianas, continuaría rindiendo a plétora bajo el cuidado infalible de sus siete gerentes, por él mismo formados; y aquí tenía también sus negocitos de comprar tabaco. En menos de nueve meses, los setecientos cincuenta mil pesos perdidos en la gran batalla contra la *Tobacco U. S. Manufacturing Trust* se habrían recuperado. Batalla que lo hacía benemérito de la patria, dijeron los diarios. Pensar que *el viejo* se arrancaba los pelos viendo sus gastos firmes; incapaz de ver que, sin una combinación de propaganda intensa, premios cuantiosos, gratificaciones a la prensa, mejora del cigarrillo, comisiones a los

agentes y, por último, el gran golpe final de la fusión con *Aristocrate*, era venirse abajo seguro, delante de un enemigo tan capaz. Y sobre todo su trabajo, ese mes de trabajo feroz —¡guerra!— día y noche, en que hasta tuvo que leerse un tratado de química y colecciones de revistas extranjeras. Actualmente, era un triunfador para siempre, con todo lo que eso importaba: salud, plata, poder y todo... "mi gigante de ojos claros".

Suspiró y se estiró voluptuosamente: el sol correntino le había lastrado el cuerpo de remolona primavera. El recorrido de los plantíos, bajo el sol cenital, blanco de furor lumínico: las hojas anchas del tabaco reluciente como esmalte; los surcos polvorosos; los peones ralando, cuadrándose en venia contra el azadón, al pasar el dueño, eso sí, sin mirarlo. Correntino desconfiado, no mira de frente más que cuando odia o cuando ama muy mucho. Uno solo lo miró de frente, y de qué manera: se paró contra el azadón un rato largo, y se estuvo ahí embobado mirando los dos hombres a caballo, hipnotizado, hasta que don Antenor tuvo que gritarle:

—¡Ché Bizco, serás idiota! No te apura el trabajo a vos...

Antes de dormirse, el poderoso dueño de *La Morocha* reprodujo en su magín, que se le iba, la cabezota odiosa de aquel peón zarco que lo miraba. *"Nació con agua en el mate"*, según la frase de Antenor; era un pobre idiota que lo dejaban trabajar por lástima... que cada dos por tres amanecía enfermo, o desaparecía: así también le pagaban. Lo haría echar, esas lástimas no convienen. A él nunca nadie le había tenido lástima. Los dos ojos bisojos eran grandes y azules. El rostro asimétrico y alunado... La camiseta blanca...

Se durmió.

Despertó sobresaltado, en medio de un negrísimo silencio. Habría dormido dos horas. Ningún ruido. Sin embargo, se incorporó inquieto. Tenía la impresión de que algo pasaba o iba a pasar. En efecto, parecía que alguien giraba lenta, imperceptiblemente, el picaporte. Un momento después, comprobó con un choque que la puerta estaba entreabierta, y la mitad de una persona, un busto

blanquecino, ingresaba lenta y desconfiadamente, un busto delgado y gracioso. Un momento después, ya no había nada. Absurdo. Nervios. Pesadilla.

El hombre dirigió el haz de su linterna a la puerta; la vio cerrada, y maldijo sus nervios. Sintió que estaba cayendo un fuerte chubasco veraniego. El aire de la pieza estaba sofocante. Se aletargó sin poder dormirse, le parecía que su cuerpo resbalaba y flotaba livianísimo en un espacio interminable, lleno de figuras blancas. Una puerta que se abre recelosamente, y la mitad de una figura blanca que asoma... ¿cuándo fue? El corazón le empezó a golpear con fuerza enorme, como si esperara ansiosamente que una puerta se abriera. De repente —como un sapo que surge de una zanja, levantando sobre él una gran ampolla de barro, basura y camalote—, un viejísimo perdido recuerdo se levantó entero, total y compacto, de los abismos de su memoria con una fuerza lancinante. La puerta que se abre despacito...

El día que su padre lo puso en posesión de la fábrica, a los veinticuatro años...

Contémoslo con las palabras secas y honestas del capataz Sandalio.

El nuevo patrón hizo avisar franco por la tarde a todas las cigarreras, menos a una. Las cigarreras eran todas viejas chuyas o chinitas despreciables; pero la hija del borracho Fuentes era una especie de beldad en su línea. Como no le avisaron nada, cayó al trabajo como siempre; abrió despacio la puerta, muy extrañada del silencio; entró, y encontró adentro solamente al nuevo patrón, sentado en un bancal del fondo. El pardito Aliceyra cerró la puerta con llave y se marchó riendo, como le ordenaron; y fue con el cuento a Sandalio a la cocina. La muchacha se presentó al anochecer a su rancho, cerca del cementerio, llorando desesperadamente, después de haber andado durante horas rodeando alrededor sin atreverse a entrar. El viejo Fuentes le pegó una tunda que casi la mata, fue a ver al patrón y volvió con una punta de pesos. La muchacha huyó de la casa y no se la volvió a ver en el pueblo por muchísimo tiempo. A los años, regresó con una criatura. Para entonces, el dueño de la cigarrería *La Morocha* era diputado y estaba

en Corrientes. Después, toda la historia trivial cayó del todo en el olvido; la vida siguió rodando sus turbias aguas, que no vuelven atrás nunca, y donde toda estela se borra y no dura. El casamiento, la política, los negocios. Buenos Aires... Veinte años después..., como dicen las novelas. ¿Qué es eso?

El hombre semidormido se incorporó de nuevo. Otra vez la puerta se movía lentamente, con un ruidito inconfundible. Otra vez en el boquete de tiniebla apareció la fantasma blanca. Pero esta vez, Duchanel claramente la filió: era el idiota, el peón de los ojos zarcos; con la misma camiseta y bombacha blanca y el azadón con que lo viera al mediodía; con la enorme cabezota abobada; mirándolo hipnotizado, con una luz terca en los ojos de acero y gato. ¿Se puede abrir la puerta desde afuera? Don Rubén era un hombre de acción: manotió el revólver del velador y saltó limpio de la cama al mismo tiempo. Pero el santiamén de volver la cabeza al revólver, le bastó a la fantasma: ya no había nada, la puerta estaba trancada como un muro. Don Rubén dio una vuelta más a la llave y probó el picaporte: quedaba cerrada más todavía. Dio la tercera vuelta y abrió, requirió linterna y revólver y salió a inspeccionar absurdamente el corredor y los pasillos. Evidentemente, no *podía* haber nadie. Recorrió el corredor hasta la punta izquierda; volvió atrás; enfrentó la puerta del cuarto; probó si se podía mover la llave desde fuera; pasó de largo a la derecha, y llegó al cuarto de Antenor. Se paró delante de la puerta, comprendiendo claramente la estupidez que iba a hacer llamando... y llamó. Indudablemente, tenía miedo. ¿Miedo de quién? De sí mismo. Se sentía mal. Pretexto de hablar con alguien. "Abra, soy yo, don Antenor. Una palabra".

¿No había oído pasos? No. ¿Se puede abrir desde afuera la puerta de mi cuarto, con alicates, por ejemplo, puesta la llave? No. ¿Dónde estaba el idiota Bizco a esas horas? Dormía allá, en la otra casa, en la solera del galpón. ¿A qué vienen esas preguntas? Don Rubén acabó por contar a Antenor lo que había pasado, y tuvo la satisfacción de ver que Antenor, campesino supersticioso, lo tomaba en serio. Temía arrebatarse de furor si el otro se llegara a

reír. Evidentemente, las drogas para dormir le estaban haciendo daño. Si, pero la puerta se movió claramente. El viento... "¡Sapristi! –gritó de repente Duchanel–. Yo borracho no estoy, loco tampoco. Yo he visto algo. Quiero ver ahora mismo al idiota, quiero ver si está en su puesto. Vamos al galpón de la solera. Acompáñeme, Antenor. Por puro gusto".

Había unos cincuenta pasos hasta un galpón de madera, depósito de maíz y tabaco: allí dormía el idiota, sobre un montón de chala. Cuando dormía, tenía el sueño pesadísimo; en ocasiones dormía un día entero, otras veces no podía dormir, según como lo agarrase la luna. Trabajaba cuando se le antojaba. Antenor, que iba dando estas explicaciones, se paró de golpe y miró al suelo; se le ocurrió una razón meridiana para tranquilizar al patrón. "¿Ve el suelo, patrón? Ha llovido. Si el Bizco hubiese ido del galpón al aposento suyo, ¿qué habría aquí en el polvo, frente a la puerta? Por fuerza, la huella grandota de sus patas planas, torcidas hacia dentro a lo loro. Mire el suelo, patrón. Está como un espejo. ¿No ve que ha soñao? Pero, ya que estamos aquí y hemos venido, vamos a ver esta fantasma."

La puerta del galpón, montado al aire, se abría sobre cuatro escaloncitos con pasamano. Antenor tenía el llavín, el otro la linterna. En el rincón del fondo, tumbado de espaldas, la cabeza torcida, una pierna plegada, vestido de un mameluco azul, enorme, fornido y bestial, roncaba el idiota rubio. "¿Usté lo vio de blanco, patrón, me dijo? Mireló de azul. Se cambió despué' el trabajo. ¿No ve que soñó, patrón?" –musitó Antenor despacito. Pero el otro hombre se había aproximado cautelosamente al jayán dormido y espiaba sus facciones; procurando que la luz eléctrica no le diese en los ojos, escrutaba largamente sus facciones. El monstruo gruñía sonoramente. Duchanel estaba doblado sobre él, en ángulo recto. Antenor, desde la puerta, miraba sorprendido el grupo inmóvil, sin comprender jota de lo que sucedía y presa de un temor vago. Aquello no acababa nunca.

Entonces le sucedió una cosa infinitamente sorprendente, por el momento al menos: de golpe le pareció que

las dos caras eran iguales. La linterna se movió en un esguince y un rayo agarró a la vez las dos caras tan cercanas, del idiota dormido y del aristócrata francés contemplándolo. Por supuesto que eran diversísimas: una, inteligente, fina, madura, de sedoso bigote y barbilla; la otra, infantil, abobada, asimétrica, cabezuda, ruda y bestial; y sin embargo, en un momento fugaz como un relámpago, Antenor las vio bailar y superponerse en una irreal identidad, como un solo rostro vivo con su reflejo en el roto espejo de una charca.

Duchanel se había erguido con un suspiro y venía en puntillas hacia la puerta. "Vamos —dijo—. Estoy perfectamente loco esta noche. Estoy soñando despierto cada vez peor. Vamos, y que acabe esta noche interminable y aparezca de nuevo para mí la luz del día. Dormir un poco y mañana veremos...".

Antenor lo acompañó a su aposento, que revisaron cuidadosamente, le sirvió más bromural, le auguró dos horas de sueño en la fresca del alba, y lo dejó, oyendo girar detrás de sí nerviosamente la gruesa llave. Hasta aquí llega la relación de Antenor, puesto que ni siquiera oyó después el menor ruido, dormido pesadamente el resto de aquella siniestra noche.

Todo lo que sigue ahora, es conjetural. Pero dado lo que se halló al siguiente día, a saber: el cadáver del potentado, el gran reloj sobre su cabeza, la puerta abierta, el rastro de sangre y el idiota desaparecido, no cabe dudar de cómo pasaron las cosas, que Sandalio narra como si las estuviera viendo; porque nosotros, lo mismo que Sandalio, no creemos en fantasmas.

Apenas los dos visitantes nocturnos dejaron el galpón de la solera, abrió el idiota los ojos que había mantenido cerrados, se levantó torpemente, abrió su puerta y siguió con la vista las dos figuras que se alejaban en la noche, ya compuesta. Una era Antenor, la otra el patrón de Buenos Aires, el hombre del ambo de seda cruda y casco blanco, que él enfocara esa tarde con la fotográfica precisión de su cerebro de idiota, donde los engramas se graban como cuños. Cuatro imágenes surgieron en él de golpe, torpes pero tenacísimas, como suelen ser las memorias del

hidrocefálico: su madre llorando y mostrándole un hombre a caballo; su madre muerta en el hospital de Curuzú-Cuatiá; el hombre otra vez, después de tantos años, paseando tranquilamente el plantío; la orden de su expulsión del trabajo, que le atisbó susurrar en voz baja a Antenor. Una oleada violentísima de rencor y temor le conmovió los miembros, haciéndolos temblar convulsamente. Se vol~~vió a su rincón y agarró la azada.~~

Entretanto, Duchanel cerraba lo más bien la puerta, y se acostaba. Cerraba la puerta demasiado bien. En su nerviosidad, giraba sin duda la llave un poco de más, giraba la llave tres veces en vez de dos, *dejaba la puerta de nuevo abierta*... y se acostaba. Es evidente que así hubieron de pasar las cosas. Diez minutos después, cuando apenas el sopor vencía sus agitados pensamientos...

El picaporte gira de nuevo lentamente. La puerta se entreabre. La figura fantasmática se asoma. Esta vez es una figura azul, pero trae la azada; es él, es el idiota, en la tenue claridad fosforescente. Duchanel ve la cara de luna blanca, los dos ojos redondos y malignos, la azada. ¿Gritar? ¿Para qué, si es una alucinación, una pesadilla estúpida? Pero esta vez la fantasma no permanece en la puerta mirándolo malignamente con sus bizcos ojos de lechuza, sino que ingresa. Y la puerta está haciendo un ruido real, y los pasos resuenan realmente, y éste es un hombre de carne y hueso que se me viene encima. ¡Antenor!

Antes que la voz pudiese romper el nudo de la garganta helada, con trancos de tigre el idiota llegó a la cama, voleó el azadón (el cual cogió al vuelo el reloj de pared en su fulmíneo círculo) y lo asestó sobre el cráneo del hombre hipnotizado, que ni siquiera tuvo tiempo de gritarle que era su padre.

Materialización

—¡Sapristí! Todo me sale mal esta noche. ¡Paulina, Paulina! ¿Pero no hay nadie en casa? ¡Y, sin embargo, es para hoy!

El hombre que barbotaba estas palabras golpeó por tercera vez con rabia el grifón de una modesta morada de la rúa La Michonnière. Todavía existen en las callejas del Barrio Latino esas viejas casitas de dos o tres pisos, sórdidas y tranquilas, donde se puede dormir, estudiar y vivir como en un eremo, a diez minutos de la Sorbona y en pleno riñón del ruidoso París. Sólo una luz velaba en lo alto de la estrecha fachada. Al fin sonaron pasos tardos y una voz perezosa:

—¿Es mesié Alán?

—¿Quién va a ser si no? —respondió con impaciencia el visitante—. ¿Qué pasa, Paulina?

—La señora no está nada bien —dijo la voz.

—¡No me diga! ¡Eso faltaba!

—Sí, mesié. Ahora se está levantando. Durmió toda la tarde. Si eso puede llamarse dormir. Anoche media hora seguida no pegó los ojos, pobre hija. ¡Y qué pesadillas! Tuve que velarla toda la noche. Esto tiene que acabar, mesié.

—Esto acabó ya, Paulina. Sabes que hoy es la última *séance*.

—¡La última, la última! ¡El día de Noel también era la última!

—Pero, Paulina, ¿me vas a dejar en la puerta?

—Perdón. Pase usté. Pero tengo que hablarle a solas, mesié. Y esta maldita luz... Se me apagó el candil.

Hicieron en silencio un estrecho patinillo, y después, medio a tientas, una escalera húmeda. Era un largo y retorcido camino en tinieblas, parecía un callejón sin término. El hombre estaba nervioso; la vieja refunfuñaba sin cesar, buscando cerillas. Al fin, se hizo luz y aparecieron los dos en una amplia sala. Un joven de unos treinta años, guapo, robusto, buscaba a tientas la butaca con ceño sombrío. Una vieja bretona de cofias blancas bregaba con el quinqué de aceitunada luz. "Maldito gas (decía la doméstica). ¿Cuándo acabará esto? Nos han cortado el gas, mesié. Todo el dinero se va en medicamentos. La salud antes que todo, mesié. La están chupando viva a la señora, todos esos señores sabios de porquería. ¿Y qué es lo que dan por eso? Miseria y más que miseria. Yo digo que todo esto debe acabar. No se puede tentar así al buen Dios."

El petróleo chirrió y la luz subió de golpe, impregnando la extraña sala. No contenía más que sillas y mesas, y en el fondo, unos altos cortinados de pesado terciopelo oscuro. Una gran Virgen de los Dolores en un óleo de pésines señores franceses con barbas. Un diván granate muy mo gusto, chillón y sentimental, y cuadros grises de solemgastado. Un montón de dalias, hortensias y nardos de olor penetrante en un ancho búcaro sobre la mesa central. Eso es todo. Ni una cosa más. (El que me contó este caso se levantaba febrilmente y dibujaba cada cosa con sus manos tembleques).

El joven resopló y dijo:

—¿Viene Matilde?

—Se viste ahora. Que la espere usté aquí. No quiere que suba a la alcoba, no sé por qué. Sí sé por qué. Le digo yo a usté, señor Alán, que esa sargentona de madam Daubreuil la saco hoy yo de aquí a puntapiés. Esto va a acabar mal. No se puede jugar con esas cosas. Esto no puede ser natural. El buen Dios no permite eso.

—Por eso justamente acabamos hoy, Paulina —repitió el otro mohíno.

—Es que hoy Matilde no puede trabajar. Usté no sabe, señor. Me toca a mí curarla después de las *séances*. Es una verdadera enfermedad. Eso no puede ser bueno.

Los muertos hay que dejarlos en paz. Los muertos están en el Cielo o en el Infierno. Si están en el Cielo, no hay que sacarlos del Cielo; y si están en el Infierno. . .

—¿Y si están en el Purgatorio? —rió el otro

—¡Rezar por ellos y nada más! —prorrumpió Paulina—. Al fin y al cabo están en otro mundo. Nosotros no sabemos las leyes del otro mundo. . .

—Usté Paulina no las sabe. Nosotros estamos buscándolas. *Es nuestra obligación saberlas.* Así y solamente así, arrojándose a lo desconocido, ha progresado la ciencia. Todos los grandes inventos han sido hechos contra las leyes de la Iglesia Católica. Pero, si usté no cree en el espiritismo, ¿por qué se alarma, Paulina? ¿No decía usté que todo esto no era más que *filfas*?

—Es que ahora he visto. Yo no creía, señor. Como decía mi difunto, yo no creo más que lo que veo, sacando Dios y la Virgen Santísima. Yo creía que eran trampas que hacían usté y ese señor de negro de porquería, y que eran cosas científicas de esos aparatos que trajeron. Matilde me dijo que eran cosas así científicas, *sin-cológicas* como si dijéramos. Pero aquí pasan cosas, yo he visto que pasan cosas. Aquí suceden cosas raras, *altro* que *sin-cológicas* y de eletricidá y de autosugestión, que uno cree que ve y no hay nada. . . *prestigitación*, ¡bah, cosas de teatro! . . . ¡Altro! Aquí pasan cosas. Yo soy católica. Tengo miedo por la señora.

—Y bien, Paulina, ¿no quieres que nos casemos yo y Matilde, que vayamos a Saint-Maló contigo, y después, la vida asegurada, mi doctorado, el triunfo de mi tesis, la felicidad para siempre?. . . ¿Y todos los espíritus, empezando por la niña Gladys, les damos también vacaciones. . .?

—Eso deseo, señor —dijo Paulina con vehemencia—. Y una pateadura a la sargentona de madam Daubreuil. Y quemar todas esas cortinas negras, la mesita redonda, los cuadernos, el cuerno, el gran relicario con huesitos y pelos de cristiano, el lápiz colgado de la cadenita. . .

El joven doctor se echó a reír sin ganas.

—¡Bretona y basta! ¡Y a la sargentona de madam

Daubreuil, y al señor negro de porquería, quemarlos vivos, como la Inquisición Española!

—Una buena pateadura, señor. Nada más. Déjemela por mi cuenta a mí.

—¡No faltaba más! ¡La gallina de los huevos de oro! ¿Sabes cuánto promete por la *séance* de hoy?

—No me importa. Oí el día de Noel que gritaba miles de francos, cuando Matilde no quiso seguir más. Es que no podía más, pobre hija. Viera cómo la levanté de agotada. Ni por millones de francos, señor, no se debe de vender la salud de una persona, como decía mi difunto.

—Paulina, la salud de Matilde me es cara a mí mucho más que a ti.

—No sé, señor. Usté es médico y sabe lo que hace. Pero yo...

—Yo amo a Matilde, Paulina. Es mi único tesoro y mi dulce ilusión.

—No discuto, señor. Por eso mismo, señor. Justamente le quería preguntar: ¿usté me promete que hoy se acabó, y que se casará con ella, pobre hija?

—Te lo juro.

—Otra cosa, señor —la vieja reflexionó un momento moviendo los labios, y después bajó la voz con cautela—. Quería preguntarle... ¿Cuando y como ustedes quieran dejar los espíritus, los espíritus los dejarán a ustedes?

—Evidente que sí —aseguró el médico—. ¿Por qué? ¿No ves que para evocar un espíritu precisa un consentimiento libre?

La vieja clavó en él con desconfianza sus grandes ojos azules, bovinos. Su cara se había escrito toda de profundas arrugas, como un pergamino. De repente quiso hablar y no pudo, tremó toda, sus manos batieron. Su afectuosa voz sonó cambiada.

—Dotor —dijo—, por el alma de su madre, ¿está seguro que cuando usté se le antoje puede despedir al espíritu?

—Lo juro —dijo el otro con vehemencia—. Siempre ha pasado así.

La vieja temblequeó de nuevo.

—¿Y cómo anoche entonces...? —comenzó.

—Anoche no estaba yo —interrumpió el otro secamente.

Su rostro se había ensombrecido. Reinó un pequeño silencio ominoso. Arriba se oyó un ruido sordo.

—¿Qué pasó anoche, Paulina? —dijo el médico, bajito.

Las manos de la vieja batieron de nuevo como un parkinsónico. Evidentemente, el terror la ganaba como una marea. El médico se levantó hacia ella. Mas en ese instante crujieron las escaleras y una puerta abriéndose, y entró rápidamente una alta muchacha rubia.

—¡Matilde!

—¡Alán!

Tenía un vestido azul de vendedora, como esos del Bon Marché, sencillo, pero elegantísimo. O sería la real belleza de la joven, óvalo soñador con grandes ojos, cuerpo de junco. Rehusó el abrazo y tendió lánguidamente la mano y la mejilla pálida. Pero él la besó apasionadamente y la reclinó junto a sí en el sofá granate.

—¡Matilde, es tarde ya! ¡Es la hora de madam Daubreuil! ¡Es pasada la hora! ¿No dijo a las diez y media?

—¡Amalaya no venga! —dijo la sirvienta.

—¡Dios quisiera, Paulina! ¡Dios quisiera! —dijo la joven.

—¡Matilde! ¡Amor! ¿Te vas a encaprichar otra vez?

—Alán querido, ¿es necesario?

—Es necesario, Matilde. Por mí, Matilde.

—¿Pero hoy mismo?

—¡No podemos postergar más, compréndelo, amor! Desde Navidad está esa mujer pendiente. ¡Su hijita, su hijita y su hijita! Me tiene loco. Me ha amenazado. Un día creí que me iba a pegar.

—Es que es loca, no más, señor —intervino Paulina—. Es loca. Del primer día yo se lo dije. ¿No se lo dije yo? Ésa es loca y reloca, que no me digan a mí. ¿Quiere que le diga una cosa, señora?

—¡Paulina! ¡Que me estás haciendo estallar la cabeza! ¡Que no quiero que te metas en lo que no entiendes! ¡Que me están quitando el poco ánimo que me queda!

—¿Quiere que le diga una cosa, señor? ¿Una sola cosa, la última? ¿Una cosa de pobre bretona bruta, pero que

tiene la cabeza en su lugar? ¿Una cosa que le oí, pero como mil veces, a mi difunto?

—¡Ni una sola palabra, Paulina! ¿Oyó? Usté se va inmediatamente abajo a abrir a madam, que indudablemente tiene que estar en puerta —comandó el médico.

—Está bien. Iré. Pero yo le aseguro que si esa sargentona me provoca como el otro día...

—¡Se guardará usté muy bien, Paulina! —dijo el médico furioso.

La joven se desasió de su brazo y se irguió lentamente.

—Vete, Paulina. Déjanos. Y si llegas a armar un escándalo o faltar en cualquier forma... (¡oh Dios mío!), yo te echo.

—¿Me echas? —dijo la doméstica con inmenso asombro.

—Sí, Paulina.

—¿Vos a mí, Matilde?

—Sí, Paulina. A la calle. Te echo a la calle. Hoy mismo. ¡Basta! ¡Oh Alán, Alán, qué noche!

La vieja emitió un voluminoso suspiro y empezó a hacer pucheros con lagrimones, un pañolón azul en la gorda faz bondadosa. La muchacha estaba rígida, los puños crispados, violenta. El mozo liquidó la situación de un solo gesto imperioso. Era un muchacho bien plantado, aplomado, sano... ¡sólo esa desagradable mandíbula superior demasiado prominente, esa fila de dientes que al reír avanza demasiado! Tomó la cabeza de la niña y empezó a calmarla con caricias.

—Matilde —dijo—, calla, hijita, ten confianza en mí. Todo lo que necesitas es reposo, ¿no es verdad? Reposo... y dicha. Los tendrás. Hoy es el día de nuestro compromiso y nuestra verdadera boda. Todo nuestro amor hasta hoy, ¡qué cosa triste! ¿no es cierto? Penurias y temores y alarmas. Un último esfuerzo ahora. No podemos ya decir no. Hay que hacerlo por compasión hacia una madre. No por el dinero. Esa mujer ha visto una vez su hijita muerta, oyó su voz: "Mamá"; tú no puedes darte cuenta cómo está ahora. Su hija única. Exige la materialización completa. Promete que no se moverá de su silla. ¡Verla, verla y oírla una sola vez más! La maternidad es una fuerza cósmica,

una cosa insondable a la razón, es una fuerza tremenda. La seudocivilización de hoy día ha destruido tantas cosas primitivas; pero la maternidad está intacta. Eso es, justamente, la esperanza de mis experiencias. El amor, la camaradería, la lealtad al jefe, el contacto directo con lo Infinito, la mística: todo destruido por esta inmunda época de maquinismo...

—Cansada... Cansada... Estoy tan cansada, Alán... Un cansancio tan raro.

El médico escuchaba atentamente el pulso diciendo: "¡Toma, toma!". Después la auscultó largamente. Ella sonreía, abrazándole la cabeza. El joven médico se alzó preocupado.

—¿No has sentido nada especial estos días?

—Insomnio. Pesadillas.

—¿Nada más?

—Miedo, Alán. Mucho miedo.

—¿Miedo de qué?

—De nada, Alán. Solamente miedo.

—¡Esa estúpida Paulina que te contagió! ¿Vómitos, no?

—¡Vómitos, no, Alán!

—¿Y caprichitos? ¿Ningún caprichito?

La joven se levantó como por galvanismo, toda encarnada, la faz aureolada como una madona, tendiendo los dos brazos inmensamente suplicantes. Después cayó de rodillas contra su amigo, abrazándole las rodillas con sollozos.

—Yo quiero ser madre, Alán. Madre carnalmente y no espiritualmente. Ser madre carnalmente es sano, ser madre espiritualmente es peligrosísimo.

El muchacho la levantaba y sentaba a su lado riendo jovialmente.

—¡Chiquilina! Tendrás todos los chiquillos que quieras, de hoy en adelante, hasta que te canses, te lo juro. Pero por ahora no te aflijas. No hay caso.

—¡Es que tiene que haber caso! —dijo ella muy encendida.

—Sí —asintió él—. Desde hoy. Te lo juro. Pero, ¿qué quieres decir con eso de ser madre *espiritualmente*?

—La *materialización,* Alán. Dar el ser por un momento a esos fantasmas terribles.

—Pero, ¿qué tiene que ver con la maternidad?

—Sí, Alán, tiene que ver.

—¿No te he explicado que se trata simplemente del *cuerpo astral?* ¿De una *forma subordinada,* como la llamó el gran maestro de Tomás de Aquino, Alberto el Magno? Es, como si dijéramos, una sub-alma, de la cual dependen las percepciones subconscientes, la forma cadavérica, los fantasmas, los fenómenos telepáticos, las bilocaciones y todos los demás fenómenos metapsíquicos.

—Yo no sé, Alán. Y lo que yo sé es que no es nada extraño a mí. Viene primero como un toque extrínseco, pero el *ectoplasma* no es algo extraño a mí. Yo lo siento. Es mi sangre, son mis nervios, mi cerebro, mi cuerpo y alma, Alán. Lo mismo que en la otra maternidad. Peor todavía, mucho más profundo. Ése es el peligro, Alán. Por eso quedo tan cansada. Y por eso tengo tanto miedo. No por la fanática de Paulina, con su prohibición de Santa Madre Iglesia y con su Padre Tonguedec, que le dijo podía ser el demonio. No, no, eso sí que estoy segura, soy yo, soy yo; es una cosa en la misma raíz de mi Yo.

—Pero ¿cómo? ¿No me decías que nunca sientes nada? ¿Que no viste para nada la sonriente carita angelical —¡de carne y hueso y no de humo, te lo aseguro yo!— de la niña Gladys? ¿Que no la oíste decir *Mamán*? ¿No aseguras que estás como... como dormida, como muerta a todo lo que pasa fuera?

—¡Sí! —dijo ella vivamente—. ¡Pero no a lo que pasa dentro, a lo que pasa en mí! ¡No a esa terrible plasmación de algo que se hace de mi propia sustancia! Es algo inaguantable. No es una cosa natural. Es un gozo tan inmenso y un dolor tan cruel, los dos mezclados...

—Ya estamos —rezongó él—. ¿Ves lo que te digo yo? La locura por tener un hijo te hace padecer alucinaciones. Ninguna otra *médium* siente nada. Las otras están en plena catalepsia. Serías vos la única.

—¿Y acaso no dice Richetti que soy yo la única *médium* de Francia, y aun la única del mundo?

—Así es. Y yo estoy orgulloso de ti, mi amor.

El brazo que ceñía la cintura la apretó. Pero ella se enrigeció, se puso dura. El sacó unas cartas del bolsillo.

—Para que veas —dijo—. Para que veas que no es ni el dinero ni nada, que te fuerza a esta última *séance*. Son motivos superiores. Aquí tienes una carta del gran Richetti, pidiéndome por favor, en nombre de la Ciencia, que "también tiene sus mártires", como dice él, quieras repetir la materialización del Gabinete de la Facultad de Nancy en condiciones de control mejoradas. ¿Sabes lo que representa para mí Richetti, el gran Richetti, para mi cátedra futura? Y bien, yo le contesté que *nones.*

Ella le sonrió con los ojazos buenos, mientras temblaban un poco los labios.

—Y ahora el trueno gordo. El Rector de la Universidad de Massachusetts me ofrece aquí (¡ateneión!) *dos mil dólares* y pasaje pago... ¿sabes lo que son dos mil dólares?... por un brevísimo *stage* en su Facultad para experimentar con los doctores, ¡atención!, Crookes, Bernheim, Cohen, Abraham-Leuba y Robinson-James...

Ella inclinó la cabeza lasa.

—¿Y qué dijiste?

—Hasta ahora, nada.

—Yo no quiero, Alán. Estas cosas no son para experimentar. ¿Acaso experimentan con las mujeres que dan a luz?

El mozo sonrió un poco cínicamente.

—A veces, sí —dijo—. Algunos lo han hecho. La ciencia, querida, está por encima de todo. Roffenstein, por ejemplo...

—¡Ésos son bestias feroees! —dijo ella con furor.

—Pero, ¿no vas a sacarte de la mollera que lo tuyo no tiene nada que ver? ¿Que no hay tal maternidad espiritual?

—¿Y por qué no puede ser, veamos? —arguyó ella—. ¿No dicen ustedes los católicos que una mujer llamada la Inmaculada Concepción tuvo un hijo puramente por una manera espiritual?

El joven la miró asombrado. Después hizo una mueca indeseifrable. Por fin fijó largamente el cuadro al óleo.

—¡Ésa! —dijo, señalando con el mentón.

—¡Cómo! —dijo ella—. ¿Es ésa? Paulina dice que ésa es la Virgen de los Dolores.

—Es lo mismo —dijo él.

—Explícame —suplicó—. Nunca me has querido enseñar lo que te enseñaron los jesuitas de la rúa Franklin. Dicen que ésos saben todo. Yo soy una pobre huérfana, Alán. Ya sabes que mi tía me hizo entrar en esto del espiritismo desde los doce años. Nunca he podido aguantar en una iglesia media hora; siento como una cosa que me ahoga, no sé. Un cura, un día que le hablé en el Metro, me trató muy mal, creyó que era una griseta; y lo fui antes, Alán —tú lo sabes y me has perdonado—, pero, ¿por qué me tuvo que tratar tan mal? Tú me has perdonado, Alán, y él, que era cura, y eso que no sabía nada, por el aspecto no más, ¿por qué tenía que tratarme tan mal? Y Paulina no sabe nada de nada. Me dijo que la Virgen María, Notre-Dame, como dicen ustedes, tuvo un hijo de un espíritu que se comunicó con ella, y tomó un cuerpo como el nuestro y un alma como la nuestra, que surgió de ella no por un momento, como en la *materialización,* sino para siempre. Y la madre no murió, y el hijo, a causa de eso, fue nada menos que un Dios. Alán, dentro de poco seremos marido y mujer, uno del otro para siempre. Yo no sé nada de nada, Alán, soy una bruta ignorante, pero nunca he sido mala, tú lo sabes; caí en la calle porque no pude más. Tú me has perdonado, me has hecho una reina, me vas a hacer una reina, yo soy toda tuya, tú eres mi vida y mi salud, yo quiero morir por ti, pero me tienes que decir la verdad, si es verdad o no eso que dice Paulina de Dios que se hizo hombre, eso que te enseñaron a vos los jesuitas...

La voz suplicante se quebró en un sollozo entrañable.

—A mí nadie me enseñó nunca, Alán —dijo llorando—. Pero, ¿qué tienes?

El mozo la había rechazado de un empellón y había saltado iracundo. Se fue al gran cuadro de la Adolorata y hundió de un puñetazo la tela.

—¡Lo dije yo que este cuadro nos iba a traer desgracia! —vociferó.

—¡No, Alán! —gritó ella—. ¡No hagas eso! ¡Está mal eso, Alán! ¡No me rompas la pobre madre de las Siete Espadas!

El mozo estaba lívido de ira.

—¡Son macanas ésas! —dijo—. Has de saberlo de una vez. Eso es lo que te quita el coraje en las *séances*. Está todo probado falso por la ciencia moderna. Los milagros de Cristo está probado que son todos explicables naturalmente. ¿No te di a leer Renán! ¿No viste lo que fue Jesucristo, el poeta más sublime del Universo, y basta? ¡Como si eso fuese poco! ¡La más grande esperanza que ha cruzado los siglos! ¿No te dije que la fanática de Paulina te iba a estropear la cabeza? ¡Eso es el cansancio que tienes hoy, *altro* que enfermedad; ya me parecía a mí desde el principio!...

Mientras la muchacha, intimidada por la súbita violencia del varón, decía del fondo del diván, como una cordera aterrada:

—¡Pero Alán! *¿Si esto de los espíritus es verdad, por qué no puede ser verdad también lo otro?*

Los doce sacerdotes sentados a la gran mesa ovalada se miraron entre sí y después miraron al hercúleo narrador que había callado. Únicamente las cabezas se movieron, las manos fijas cerca las jícaras de café.

—Aquí tienen el cuento —dijo el padre Metri—, con moraleja y todo.

Y repitió sus últimas palabras, volviéndolas al revés:

—Si lo de Jesucristo es verdad, ¿por qué no pueden serlo también los espíritus?

—No, padre Metri —protestaron varios—. Así no termina.

—¿Cómo "así no termina"?

—No, padre Metri —dijo uno—. Todos sus cuentos de usted terminan con un desastre y un crimen en que mueren lo menos cuatro personas...

—¡Ah!, ¿ustedes quieren también la segunda parte?

—¡Claro! Ése es el trato. Cada uno debe contar fielmente la experiencia espiritual más asombrosa de su vida.

—Es que esta experiencia no la tuve yo...

—No importa.

—Es que el rector —se hacía rogar Metri— no la va a creer si la cuento...

—¡Eso es asunto mío! —gritó de la cabecera el vasco Berringorri.

—¡Cómo! ¿Usted es capaz de creer lo que yo cuente?

—Asegún —aseveró el vasco sonriendo.

—Usté, rector de los jesuitas, profesor de Lógica, director de los ejercicios del clero de Santa Fe, ¿usté va a creer lo que me contó a mí un viejo trapense francés que toda su Comunidad lo tenía por un chiflado?

—A veces son los chiflados los que dicen la verdad —sentenció Berringorri—. Una vez me tuvieron a mí por chiflado, ¡a mí!, y ¡voto al euskalduna arbolea que nunca estuve más cuerdo que aquel día!

—Entonces atención —ordenó Metri—. Guarda con las mentiras del padre Metri y nadie se queje si le meto filfa con permiso del rector...

El gigantesco misionero que estaba en el otro extremo, sobrándole a la mesa todo el torso ensayalado, se atusó la barba y estuvo un rato los ojos perdidos. Fernández Pradel apuró el café restante y le habló en voz baja a Grenón: los dos rieron. De repente, empieza de nuevo la narración como un río, esa voz escandida, pareja, incisiva, poderosa, la voz multirregistral de los triunfos de Metri, esa voz de tenor envidiada hasta por las mujeres. Describió brevemente la pelotera a la puerta de la rúa La Michonnière entre la bretona Paulina y la *sargentona* madam Daubreuil, que había bajado de un regio *Mercedes* imponente. Describió la ricachona salvaje en cuatro rasgos; hasta los bigotes se le vieron en su cara bruna, las manos hombrunas, las pieles, el lujoso batón de seda, la valijita que trajo con la cuerda adentro, el rasgado firmar del cheque, la última intentona de la pobre Paulina, las últimas resistencias de la fatigada *médium*. ("Tengo miedo. Tengo miedo, Alán. Hoy no, Alán").

Al fin la llevaron al gabinete de velludo negro; se sentó sobre el trípode; le dieron la bola de cristal. Ella suspiró.

—Dame un beso, Alán.

—Ánimo, tonta. Es la última vez.

—Cuando empiece a gemir, no hablen más. Me molesta mucho.

Los dos salieron en puntillas y se sentaron al extremo de la sala, cara al cortinón. Entonces ocurrió algo gracioso. La fornida madam Daubreuil, que mostraba un estado de agitación increíble, sacó una soguilla del maletín y se dirigió al médico.

—Señor mío, yo me excuso infinitamente, pero yo debo tomar mis precauciones. Usté me perdonará que yo lo ate a su silla durante la *séance*.

—Jamás —dijo el mozo—. Usté me insulta, señora.

—Perdón, señor —dijo la otra—, absolutamente. Comprenda usté que yo soy una madre, y con una madre no se juega. Comprenda que le acabo de firmar un cheque por cinco mil luises. Aquí, a un paso de mí, hace dos meses, yo he visto viva de nuevo mi Gladys, vi en medio de una nube vaga su rostro fresco, oí su verdadera voz. Usté me impidió tocarla, con pretexto de peligro para la *médium*. Yo creo que era realmente mi hija; pero mi médico, el doctor Courcoux, se me ha reído bárbaramente. Dijo que era trampa todo, me mostró un libro con trucos espiritistas de un tal Heredia, me mostró las gasas con que fingen el *ectoplasma*... escondidos en un dedo de guante... como esos guantes de usté, señor. Yo, señor, quiero hacerme de todo esto el corazón limpio. No me importa la plata. Doblaré la suma si es necesario. (La desdichada temblaba como una perlática). ¡Pero yo lo ato a usté contra la silla, quiera o no quiera!

El médico miró aquella virago con terrible aprensión.

—Señora —dijo dignamente—, usté lo que desea es tocar a su hija. Ahora bien, eso involucra peligro mortal para Matilde. Usté sabe que la *materialización* se hace de la misma sustancia astral del *médium*, la cual exupera de la boca en forma ectoplástica. ¿No recuerda usted el horrible grito de Matilde cuando usted se precipitó sobre su hijita, *a medio materializar*, el día de Navidad? Si yo no la sujeto entonces, Matilde estaba perdida. Así, pues, no

puedo en esas condiciones aceptar el experimento; rehúso ser atado, y aquí tiene su cheque.

La mujerona se puso de rodillas.

—¡No! ¡Por piedad! ¡Quiero ver a mi hija! Le juro que no! ¡No me moveré! ¡No la quiero tocar!

Entonces salió del negro tabernáculo un gemido y la voz de Matilde:

—¿Qué hacen? ¿Por qué no apagan?

El médico se había aproximado al corrido terciopelo, diciendo:

—Basta, Matilde. Se posterga la *séance*. Madam no está hoy en condiciones. Otro día.

La ricacha estaba detrás de él, agarrándole un brazo, amenazadora. Vino de adentro de nuevo la trémula voz de Matilde.

—No puedo —dijo—. No puedo romper ya. Ya di el íntimo consentimiento. Ya *me dejé*. El espíritu de Gladys está aquí, incubando sobre mí. ¡Silencio! ¡Silencio por favor que me destrozan ustedes! ¡No se muevan! ¡Ay!

El médico se sentó como quien cae, y consintió en dejarse atar por la otra frenética. Lo ató antes de lo que se tarda en decirlo, pies y manos y torso, resoplando, suspirando y hablando todo el tiempo, mientras de allá adentro venían débiles ayes multiplicados. ("La vi aquí, a dos metros de mí; imposible que sea trampa, nadie puede imitar así su voz. ¡Gladys, Gladys! ¿Será posible que estés ahora aquí...?"). El quinqué estaba apagado, y sin embargo, los dos temblorosos sentados creían ver igual, a pesar de las esponjosas tinieblas. Los muebles, los cortinones y las siluetas de sillas y caras parecían dibujadas por una viviente luz interna, como hechas de cristal negro. Una tenue luz de luna o de fósforo parecía como brotar de las cosas. Y entonces empezaron las cosas raras.

Un alto grito inhumano partió de adentro.

La mujerona se puso rígida, soltando la cuerda que retenía.

Era el grito animal, profundo, inconfundible de una parturienta. Parecía decir esta palabra sola: "Viva, viva."

La mujerona empezó a decir con una voz imposible de describir:

—¡Gladys y yo solamente sabemos esto! ¡Gladys está aquí! ¡Ésa es mi voz, mi misma voz! ¡Ése es el grito que di cuando nació Gladys, y después cuando se me murió en los brazos! ¡Nunca nadie lo oyó!

Y entonces, rápida y suavemente, como un bulto que resbala por estopa negra o por un montón de nieve negra, vino el clímax… (dijo Metri, y se quedó mudo, mirando el techo. Se hizo sensible el silencio. Una bocanada de aire sofocante recorrió la sala. Afuera parecía que lloviznaba; Los eucaliptos del Piquete se esperezaban invisibles en la noche pesada con un tupido ruido de hojas).

—¿Qué pasó? —inquirió la voz blanca de un oyente.

—Simplemente, apareció Gladys, en la mitad del cuarto —concluyó Metri con voz sorda.

—¡Cuente! —dijo la voz irritada del vasco Berringorri.

—Ustedes ya saben una *materialización* cómo es —se excusó el misionero.

—¡Cuente lo mismo! —imperó el rector.

—Y bueno —dijo Metri—, en el momento mismo del grito aparece en medio del cuarto una nubecita blanca, luminosa, casi invisible, que había estado antes difusa por el ambiente, como hilos deshilachados de celaje inconsútil, como telaraña fosforescente. Empieza a girar sobre sí misma la nube como un copo, se espesa poco a poco. Se hace como un nimbus macizo, que gira roteando lentamente sobre un eje vertical. Empieza a modelarse por sí sola, como la forma que da el escultor a un yeso, como un alfarero tornea un ánfora con la mano. De adentro arreciaban los gemidos profundos, largos, lamentables de Matilde espiritada. Y de repente, Gladys, una nena de unos cinco años, aparece vivita, fresca, de carne y hueso, desnudita, enterita, encima de la mesa central delante el florero, y levantando los bracitos, dice inteligiblemente: *Mamán*.

Metri paró de nuevo, resoplando fuerte. Los doce sacerdotes estaban colgados de sus labios, mucho más que cuando el rector les daba ejercicios. Lo más gracioso era que el que estaba más *julepiado* era el escéptico Fernández Pradel.

—¿Qué más? —gruñó la voz del rector.

Metri callaba, ensimismado.

—¿Qué pasó? —dijeron varios.

—¿Y qué quieren que pase? —dijo Metri—. La madre se levantó como una leona, y se abalanzó sobre su hijita con un bramido de triunfo, la alzó en sus brazos, y se precipitó escalera abajo. "Que se hunda el mundo —gritaba—. ¡Mía, mía de nuevo! ¡Que muera quien muera, yo recobro mi hija." El doctor quiso intervenir y rodó con silla y todo por el suelo. ¡Bien amarrado estaba, Santo Cristo de Fiésole! Allá dentro retumbó un grito de dolor indescriptible, un largo y lento grito de sangre y muerte. En la escalera se oyó a Paulina, y luego un choque bárbaro, las voces violentas de la ricacha y la bretona peleando, y un alboroto ensordecedor. El médico empezó a llamar a la sirvienta con gritos de energúmeno. Entró ésta hecha una loca, diciendo que "la sargentona huía con una niña en brazos, y al chocar con ella, desapareció la niña y la sargentona se volvió loca". Se oyó a la sargentona que subía de nuevo la escalera a trancos. Pero en este instante emitió el terciopelo un ruido distinto y siniestro que los inmovilizó a todos.

Era el claro estertor de una moribunda, el vagido de una mujer que expira.

—¡Matilde! —gritaron Alán y la sirvienta.

La bretona desapareció tras la cortina y se la oyó bullir jadeante. Un instante después vino su voz llorosa, timbrada de un horror infinito.

—Muerta —lloraba—. Nada que hacer. Lo dije yo. Muerta, pobre hija.

—¡Muerta! ¡Muerta! —gritó el hombre—. —¡No, Paulina, desátame! ¡Quizás no!

Pero en ese momento se oyó un chillido, como las mujeres cuando ven un ratón, y Paulina pareció morir también, porque se la oyó desplomarse y durante veinte minutos no contestó más a los desesperados llamados de Alán, el cual estaba atado como Dios manda. Cuando se oyó de nuevo su voz, parecía venir de una tumba. Dijo tres palabras no más, lenta y hórridamente tres palabras; pero esas últimas palabras de su vida pusieron blancos

de un golpe los cabellos del único que las oyó. (Paulina expiró esa misma mañana de síncope cardíaco). El único que las oyó fue el viejo trapense que dije, el cual en aquel momento no era viejo, sino un joven médico de 35 años, el mediquillo Alán, el cual...

—¿Qué palabras fueron éstas? —interrogó el rector del fondo del cuarto.

El padre Metri lo miró a los ojos.

—Las últimas palabras de la vieja Paulina fueron éstas: "*¡Dios! ¿Qué es toda esta sangre? ¿Y por qué mi ama se ha vuelto enana? ¿Por qué Matilde tiene el tamaño la mitad de lo que era?*".

Los curas quedaron todos inmóviles. De repente interrumpió Fernández Pradel, y su voz no era firme.

—Repítame las palabras, Metri —dijo.

El fraile las repitió lentamente.

Sonó el puñetazo de Berringorri sobre la mesa.

—¡Basta! —dijo—. Esto es una patraña como las que inventa usté para asustar los niños. ¡Sí, los niños! Todo lo del espiritismo es pura trampa; yo lo he agarrado al mismo Morselli con las manos en la masa, uno a uno le he develado todos los trucos... —dijo irritado.

—¿Es puro cuento, padre Metri? —insistió uno.

—Mire: dos mujeres murieron, y un hombre encaneció de golpe y se hizo trapense. Eso no es cuento, *sfido io*.

—¿Y la sangre?

—Y la sangre estaba allí. Había un lago de sangre en torno de la *médium*.

—¿Hemoptisis?

—Hemorragia... La desdichada estaba encinta y dio a luz ante término. Se fue en sangre.

—¿Y eso de volverse enana?

—Estaba toda arrugada, piel y huesos, como una momia; no le restaba una gota de sangre en las venas, cosa que pasmó a los doctores.

—¿Y la otra? ¿La sargentona?

—La otra era una vulgar y silvestre esquizoide constitucional, que a raíz de una alucinación en que creyó ver y abrazar su hija única muerta, perdió del todo el balancín y quedó más loca que una chiva —delirio esquizofrénico—,

como diagnosticaron los sabios médicos. Está en el Sainte-Anne ahora. Yo la fui a ver. Tiene una locura de lo más rara. Cree que tiene sangre todo por las manos y por el regazo, y que ella mató a la *médium*. Pide que le den su hija verdadera. Repite esta súplica, a veces con furor, a veces con voz mansa, que parte el alma: "¡Demen mi hija!".

Berringori se levantó, muy contrariado.

—Basta —dijo—. Esto se acabó hoy, y también las noches siguientes. Ya no me andaban gustando estas historias de aparecidos. Ni un punto hemos de creer más que el Credo, y la verdad de nuestra santa Fe. Ésta es una de esas patrañas que usté inventa, padre Metri, para asustar a la indiada. No vaya a creer que eso es religión, ni cosa que se le parezca. El señor obispo mismo anda medio escamado de sus historias de crímenes y duendes. Señores, es tarde. Se nos pasó el tiempo de Puntos, hagan ustedes una repetición de *Las Dos Banderas*. Traten de olvidar todas estas estupideces. ¡San Ignacio de Loyola, amigos, *Institutum Instituti*, razón, fe, teología, discurso, lógica! . . . ¡y no macanas!

El padre Metri lo miraba con los ojos entornados, con una cosa en medio su barba gris que cabalmente no se sabía si era sonrisa o mueca.

Canción de la cautela

Niño perdido dentro verdor salvaje
que correteas no sospechando dolos...
¿Ves el temblor insólito dese ramaje?
¡Oh, nunca estamos solos!

Si deste mundo nuestro sabemos poco,
¿y de los otros que pueden ser o han sido?
Metes la mano, no sospechando, loco,
la víbora en el nido.

De los sentidos que sólo alcanzan señas
vives fiado sin inducir lo hondo.
En todo hueco metes las manos dueñas,
desconociendo el fondo.

Cuando la noche cierra color de muerte
las hojas mudas tórnanse sensitivas
y un infinito no sospechado, vierte
mundo de sombras vivas.

Toma la antorcha —cirio, compás o lira—
y tiende lejos y alto los ojos serios,
y de las cosas, inagotables, mira
los mil y mil misterios.

Porque en la tierra, el cielo, la turbulenta
mar, y en el aire negro y la noche fría
hay muchas cosas más de las que nos cuenta
nuestra filosofía...

El misántropo

A Fermín G. Arnáu, s. j.
médico y teólogo.

No me mires dese modo,
no me mires con tu calma;
no me mires a los ojos,
que son espejos del alma.

Es feo pasar por tonto dos veces, y la segunda vez ante mujeres, quiero decir, ante la opinión pública, que es tornadiza y burlona. Pero hay algo en mí que me fuerza a hacer pública mi extraña experiencia de hace un año en la isleta Cedrón. Las homéricas carcajadas de mis compañeros al día siguiente, cuando cometí la imprudencia —inevitable, dada mi emoción— de relatarles los hechos, no me pueden mortificar mucho. Yo veo claramente que, a la luz del sol y en la ciudad, el suceso es perfectamente risible, y yo mismo, ahora, en este momento, no lo creo; pero con otro fondo, en aquel islote pantanoso en medio el inmenso río desolado, es otra historia. "*En este mundo, todo es cuestión de fondos* —decía D. Pedrito Cormick—, *la misma cosa es blanca o es negra según el fondo*". En cuanto a creer que mi camarada misterioso de aquella noche fuese un fantasma, un criminal o un loco, primero creería, palabra de honor, que soy loco yo mismo. Lo cual se me hace difícil.

El hecho de que Lázaro no se halle más en el Cedrón, ni en parte alguna, no prueba absolutamente nada contra mía; ni mucho menos prueba "que se lo haya llevado el diablo", como dicen los supersticiosos boteros de San Fernando. Creo que han transformado en una capillita o ermita su sólido rancho de pinotea en medio del islote. Tampoco creo yo que lo haya barrido una riada o se haya suicidado; no me pareció hombre de eso. ¿Qué fue de él? Me abstengo de conjeturarlo, y me limito a aferrarme a los hechos. No impongo interpretación alguna, pero respondo de los *hechos*. Yo pasé una noche cerca de

aquel hombre y oí, quizás el único en el mundo, su extraña confesión. No tengo documentos, sus partidas de nacimiento y defunción no las hallará la historia nunca; pero Lázaro es para mí un hecho por lo menos *teológico*, vale decir, más real que esta realidad material que me circunda.

Estaba pasando por prescripción médica dos semanas de descanso absoluto en el Tigre, cuando oí los rumores acerca del huraño solitario del gran río, y luego pude ver desde mi casa la luz persistente hasta altas horas de la noche, como una estrella caída, de su alto nido emperchado sobre las aguas; y me tentó la curiosidad. Achaque de ocioso, ¡vive el cielo! ¡Cansancio mental! ¿Me pueden decir ustedes qué cansancio mental puede tener un hombre que no ha hecho en su vida absolutamente nada capaz de cansar la mente, si es que puede cansarse la mente? Pero los médicos tienen de esas cosas, y hay que obedecerlos, aunque uno se aburra mortalmente y el remedio sea absurdo. El caso es que, sin soplar verbo al doctor Cormick ni a mis compañeros de hotel, el aburrimiento me movió a sobornar al botero que cada quince días hacía dos viajes hasta la choza del solitario desconocido para llevarle los víveres y el correo, el cual consintió en llevarme consigo con el mayor sigilo, a precio de salada propina; y en el día señalado, al alba, me hallé surcando hacia el islote Cedrón las aguas grises y rosas del inmenso Paraná melancólico. Una neblina perla borraba las estrellas. El río estaba alto.

Cuando apareció a mis ojos el chato montón de tierra en forma de yacaré, increíble refugio de un ser humano, que llamaban islote Cedrón, y es en realidad una especie de banco de lodo, yo estaba del todo consciente de la temeridad de mi acto. ¡Qué curiosidad científica ni ocho cuartos! Me devanaba la cabeza pensando cómo podía decentemente presentarme; o como amigo del botero, o como repórter de un diario de la Capital, o como miembro de la policía; y las tres cosas eran igualmente peligrosas. Descartada la hipótesis de la locura, que el botero isleño pronunciaba absolutamente imposible, no quedaba para explicar aquella elegante casilla color verdoso

que se agrandaba ante nosotros, con su inconcebible propietario sentado en la escalerita frontera, sino las hipótesis del crimen o de un desengaño de amor, anoser que aquella figura desarrapada, cuya vista empecé a sentir clavada en mí a medida que llegábamos, fuese algún místico o anacoreta de esos que existieron en otro tiempo Basta. En el momento que la canoa rumbeó a la pequeña caleta espadañosa al pie del rancho siniestro, tomé mi decisión de golpe; volver por donde había venido. Eso era lo razonable. No bajaría, ni le hablaría, ni lo miraría siquiera. Así lo hice, permaneciendo de espaldas al hombre sospechoso, mientras el botero bajaba los bultos y sonaba allá arriba una voz espaciada en frases secas, extrañamente bien timbrada, una voz de tenor que parecía en las orejas tan maciza como agua. Yo no quería ni mirarlo.

Pero, de repente, oigo la voz *que deja* al otro y *se vuelve* a mí tranquilamente, después de un breve silencio conminatorio, imperiosa y tranquila.

—¿Qué tiempo más espantoso, no? —dijo.

—Peor estuvo la semana pasada. Ahora todavía se está componiendo algo —contesté yo, volviéndome; y antes casi de darme cuenta del derrumbe de mi propósito, me encuentro enfrascado en una conversación a gritos acerca del tiempo y sus viarazas con aquel desconocido alto y cenceño, de rostro pálido, de corta barba negra, de grandes ojos grises inconfundibles. No se movió un punto de donde estaba indolentemente estirado. Sus ojos me cubrían tranquilamente desde arriba, y su voz me manejaba como un adulto manipula un niño. Tenía una mirada de una movilidad suma, un poco azorada, y al mismo tiempo de un gran señorío. Desde mi primera palabra, la pauta la llevó él. Como un juez me interrogaba:

—¿Paseante o vecino, si no soy indiscreto?
—Estoy de paso en San Fernando. Descansando.
—¿De la Capital?
—Sí. De Avellaneda, más bien.
—¿Por mucho tiempo?
—Dos semanas.

—¿Le gusta la pesca?

—Soy loco por la pesca.

El botero bajaba del chalecito minúsculo, concluida su tarea. Entonces, el hombre mal afeitado me dijo lacónicamente.

—Al otro lado del'isla hay un pozo con surubí hasta decir basta. Yo tengo aparejo para dos. Tengo una cama de sobra y todo lo necesario.

Era una invitación en toda regla. Yo trastabillé como a un garrotazo.

—Mañana... —empecé a decir tartamudeando.

—¡Cualquier día! —*interrumpió* el botero bruscamente—. ¿Y quién lo vuelve después?

—¿Usted no podría buscarme pasado mañana?

—¡Tomá! —dijo el isleño haciendo un gesto grosero—. ¡Demasiado vengo dos veces! ¡Pasao mañana, con el río creciendo, y cómo se está poniendo el sur! ¡Gracias que venga mañana! ¡Si quiere quedarse, se queda hoy! Digo, si quiere quedarse... —añadió con retintín de desafío.

Y me quedé, temerariamente.

Y luego dicen que las mujeres son curiosas.

Yo no me arrepentí aquel día, por cierto. Pasé de asombro en asombro. La vista del Paraná, desde aquel islote céntrico es fantástica; más asombrosa quizá que en alta mar, a causa de los lejanos puntos de referencia y del fino matizado de la llanura líquida en cambiante iris.

Pescamos muchísimo, y conversé con aquel nuevo y súbito amigo, que me dijo llamarse Lázaro, como pocas veces con nadie en el mundo. Era interesantísimo. Era un hombre de mundo. Sabía de todo. Estaba evidentemente regocijado de hallar un ser humano, después de quién sabe cuánto tiempo. Era argentino, seguramente. Hablaba con perfecta discreción; era del todo absurdo pensar en un demente, conforme opinara el canoero. Solamento dos cosas raras en su porte pudo pescar mi receloso escrutinio. Una, era aquella mirada fija, hipnótica, vasta, que lo cubría a uno del todo, como la luna llena cubría entonces las aguas del río, empapándolas. Otra —la que me dio peor espina—, fue aquella inflexible y vigilante resolución, que noté bien pronto, de no dejarme jamás a su espalda,

de hacerme marchar siempre delante de él por los sinuosos senderitos de la desolada isla. Al principio, creí que era exagerada cortesía, puesto caso que su finísima educación era patente; pero muy pronto vi que no era eso. Simplemente, una vez que hubo que entrar al agua para desenredar de un junco la liñada, él estaba descalzo y yo calzado: pues esperó y exigió que me descalzase, y no quiso moverse de su lugar detrás mío por nada. Ni un solo instante me dejó verle las espaldas. ¡Malo!

Era noche entrada cuando regresábamos cargados de pesca, y yo empecé a temer horriblemente. El hombre era sereno y distinguido como un dios griego, pero por fuerza tenía que ser un *outlaw*, un criminal que huía la Justicia, o quizás alguna misteriosa *vendetta*. El instinto social del ser humano, la inmensa sed de compañía de su desierta soledad le habría movido a acogerme; pero recelando en mí, sin duda, un posible emisario de sus enemigos, tomaba sus precauciones. Yo tenía ganas de volverme y confiarme con él fraternalmente, tan vivamente simpático me resultaba; pero su indolente superioridad me cohibía. No, el hombre no parecía tener miedo. ¿Simplemente, habría un voto de que nadie le viese las espaldas? Cuando llegamos a la casilla y hubo que preparar la cena, mi certidumbre se volvió absoluta. El hombre me mandó delante, descargó su pesca sin inclinarse, se apoyó un momento en la pared, y después me rogó cortésmente, como una mujer que tiene que vestirse, que saliese un rato fuera, evidentemente comprendiendo que no podría tender la mesa sin darse vuelta algún momento. Obedecí sin réplica, sonriendo. ¿Qué tendría este fantasmón de hombre en sus anchos hombros hidalgos; que marca infamante, que úlcera, qué horrible revelación que lo había arrancado así de toda vista y sociedad humana? El paisaje era soberbio; la luna había literalmente pasado de óleo fosforescente agua y cielo. Recuerdo ahora, que justamente en aquella hora que pasé en el balconcito se me ocurrieron unos versos bastante malos, pero que pueden documentar la impresión de aquel fantasmal plenilunio. Dicen así, más o menos:

La luna en el mar,
se ha tallado un campito irregular.
La luna, rizada escarola,
la luna desnuda ha bajado a bañarse sola
y toda se ha disuelto en la ola.
Dios, te doy gracias de este abismo negro
ceñido en plata por un cinturón culebro:
Grande lo hiciste y yo te lo celebro.
De tener que morir, querría una noche así
con luna lunera y exactamente aquí
el mar crecería y yo haría así:
Brazos en cruz, no intentaría nadar,
me dejaría comulgar por el mar
y por el agua enlunada tragar...,

y otras macanas por el estilo que no copio, pues bastan las dichas para ver cómo andaba yo esa noche al lado del "hombre que rehúsa ser visto de atrás". Al lado quizá de un peligroso criminal, como toda lógica apuntaba, empezaba a sentir ahora una tranquilidad perfectamente desproporcionada a mi valentía personal; que no es mucha, que yo sepa. Cenamos.

Me hizo los honores de la casa y la mesa con perfecto decoro, con aquella su manera señorial entre indolente y humorosa. Cené muy bien. El interior, alumbrado al acetileno, era casi aristocrático, si se puede decir. Había dos o tres acuarelas de fino gusto por las paredes, vi en un rincon un caballete y una paleta, había sobre un escabel un libro abierto que me pareció de Matemáticas. Mi huésped descorchó dos botellas cuya etiqueta me hizo abrir tamaños ojos: *"Château-Mignard 1807"*. Yo creía estar soñando. Pero el momento de los sueños no comenzó en realidad sino cuando, a los postres, mi huésped se volvió todo en la silla y me espetó lentamente las palabras que abrieron la pesadilla de la confidencia:

—Después de todo —dijo sin mirarme—, ¿qué importa que se lo diga a éste también, y acabe de una vez?

Una sola palabra mía hubiese podido parar todo; pero yo imprudentemente asentí con la cabeza, maldita sea la curiosidad.

Pude parar la confidencia y no lo hice.

—Yo, señor —dijo el hombre Lázaro—, padezco de una terrible enfermedad de la vista. Astigmatismo. Llamémoslo, si usté quiere, astigmatismo moral. Esta enfermedad me obliga a huir para siempre de la sociedad de los hombres.

Atajó con la larga mano fina lo que yo estaba por replicar.

—La primera experiencia de mi terrible destino se remonta a mi niñez, a los seis o siete años —prosiguió lentamente—. Un día me encontraron bañado en lágrimas acusando a mi hermano Roberto. *"Le había visto la cara fea"* —eso es lo que yo dije—. Mi madre reprendió a Roberto, creyendo que me había hecho visajes para asustarme; mi padre, en cambio, me reprendió terriblemente a mí. El caso es que yo había girado la testa para mirar a Roberto por encima del hombro, y había visto repentinamente, en vez de la usual carita pimpante de mi hermano, una especie de bicho horrible con un pico y unos ojos diabólicos. Apenas lo miré de frente, la visión desapareció. Mi padre, o mejor dicho, el que me hacía de padre, me castigó. Ese castigo me reprimió hasta los 16 años. Nunca hablé más de mis visiones. Pero yo pasé la niñez transido de ellas, y sabiendo el medio infalible de provocarlas. Resulta que me basta a mí mirar por encima del hombro, es decir, torciendo al máximo el eje bi-óptico, me basta encarar de reojo un rostro cualquiera, para verlo horriblemente deformado. Usté ha notado cómo evité hoy día que usté se situase a mi espalda o flanco. Lo peor de todo es que no sólo veo un rostro horrible, sino que veo... Usté no me va a creer... ¿Es usté supersticioso?

Se detuvo jadeante. Sudaba. Se pasó la mano por la amplia frente semicana. Una ansiedad inmensa descomponía las líneas nobles y alargadas de su rostro, que me parecían, no sé por qué, vagamente familiares.

—Simplemente, veo —continuó con brusca decisión— *veo* visual y físicamente los vicios y deformidades humanos reflejados en los rostros como en una estampa

iluminada de atrás, como en un espejo místico. Yo no puedo explicar esto, pero es así. Se me hacen las caras transparentes, se asoma el alma a los ojos, como dicen los poetas. Y eso me causa un tormento increíble. Veo a la gente como animales, como bichos, como demonios, como montones de carne fofa. Los hombres fuertes los veo como bestias de presa, los débiles me dan asco. Mi hermano Roberto, en sus 12 años, me apareció aquel día como un ser voraz, egoísta, replegado a sí mismo, estrecho, obtuso... El suceso confirmó mi vista. Diez años más tarde estafó al Banco donde estaba empleado y mató del disgusto a mi madre. Mi anticipación de su carácter resultó profética.

Yo lo miré con incredulidad. La hipótesis de la locura apuntó de nuevo en mi sindéresis.

—¿Nunca se hizo ver? —le dije.

Rió amargamente.

—A los 16 años, cuando el escándalo de Roberto, me confié con un cura, el Prefecto del colegio donde yo estaba pupilo; un buen tipo, se portó bien conmigo, pobre hombre. El me decidió que fuéramos a un oculista. Yo estaba seguro que para mi caso no había anteojos. El oculista diagnosticó derecho: *astigmatismo*. Ya sabe usted lo que es astigmatismo, vea cualquier diccionario: "*defecto de la vista por el cual el ojo percibe bien las líneas de un plano y mal las de otro*" —pongamos, ve rectamente todas las líneas verticales y deforma todas las líneas oblicuas. Mi caso estaba complicado, según el doctor, de una superemotividad psíquica depresiva; era un caso único. Me propuso estudiarlo para una monografía. Bien pronto, sin embargo, se le desvaneció al infeliz el entusiasmo.

Rió acremente, con desprecio amargo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Pues que lo vi como él era por dentro, apenas comenzaron los experimentos... y ... se lo dije. Se puso lívido: había que verle esa cara. Vi en él un vulgar vividor, sensual, amoral, degradado, libertino, vivillo ávido de goces animales con todas sus pretensiones de hombre de ciencia... arribista inmundo (esos dos ojos

saltones de lechón sancochado). Me trató cortésmente de loco y me despidió. El sacerdote, mi acompañante, me quiso reprender. Lo miré por encima del hombro a él también, no pude evitarlo. Era un tipo joven, que me había distinguido; muchos favores me hizo. Le tenía verdadero afecto. La decepción fue espantosa. Vi una cara vegetal, una especie de zanahoria con ojos, una facies inerte, sin vida, sin corazón, que había vivido siempre fuera de la realidad en océanos fofos de palabrería devota, renunciando a las grandes pasiones y enredado en deseos y zozobras pueriles... Jamás pude volverle a hacer la menor confianza.

—Todo eso es absurdo —le dije yo—. Usté debería vencerse. Son simplemente ataques de pesimismo. Usté es un hombre de alta calidad y juzga demasiado severamente a los demás. Orgullo, en el fondo.

—¡Orgullo! —dijo él, casi con un sollozo.

Le miré el rostro, y no vi la faz de un orgulloso, sino la faz más profundamente humillada de la tierra. *Ecce homo.*

—Eso me dijo también Teresa —continuó el desdichado, reponiéndose—. Por supuesto que el peor caso de todos fue la prueba con Teresa, mi novia. ¡Pobre Teresa! He venido a vivir aquí, justamente para escapar a sus búsquedas. Creyó poder curarme, desdichada. Nos queríamos locamente. Era una maestrita, una profesora muy culta. Sumamente lista y valiente. Yo le conté mi enfermedad, por supuesto. Ella se interesó muchísimo. Empezó a soñar en algo *como romper el encanto* que dicen los cuentos de hadas: pensó que si yo pudiese ver una sola vez el *alma facial* de una persona sin verla horrible, quedaría curado: y que tal persona era ella, por gracia del amor. Yo, después de la visión del cura mi amigo, había jurado no mirar jamás ninguno sino de frente. Ella me hizo quebrantar el voto, para su desdicha. Había inventado una teoría no desprovista de ingenio: decía que yo era un gran intuitivo, con gran *don de gente*, con gran *empatía* (como decía ella) que penetraba el ser moral de la gente y después formulaba mi apreciación

en forma de estampas. *"Usté es un gran moralista, soldado a un pintor genial un poquito loco, querido"* decía, besándome la frente. De hecho, mi padre —mi verdadero padre, yo soy un bastardo— fue, hasta por razón de su oficio... era un hombre obligado a penetrar rápidamente y con certeza el ánimo de las gentes. No le puedo mentar a usted ni siquiera su oficio, porque inmediatamente adivinaría usted su nombre —añadió sonriendo.

Me recordé de golpe. ¡He aquí el misterio de lo familiar que me resultaban sus largos rasgos finos! ¡Un rostro conocidísimo! ¿Dónde había visto yo ese rostro, no una, ni dos, ni diez, sino docenas y centenares de veces, en ésta o en la otra vida? ¿O era todo un embeleco y estaba yo en poder de un hipnotizador poderosísimo?

—No trate de identificarme —dijo mi hombre pausadamente, adivinándome—. Mi padre fue un prócer argentino: murió hace muchos años. La hipótesis de mi novia no era tan idiota que digamos; pero ella, cuando la vi, pobrecita...

—¿La miró usted... *así?*

—La miré al sesgo, por desgracia, a causa de sus instancias. ¡Condenación! Miré de reojo a Teresa, a mi Teresa, el tesoro dulce y gracioso de mis pupilas. Vi... No me pregunte usté lo que vi. Vi un trozo de carne rosa y blanco, una flor vistosa y ordinaria ya medio marchita, un animalito movedizo y vacuo, goloso de placeres tontos horriblemente pagado de sí mismo. Cuando volví mi faz hacia ella, dio un grito y se tapó el rostro con las manos. Por supuesto que no volví más a verla. ¡Al diablo las mujeres! ¡Qué más quieren ellas sino que uno se ocupe de ellas! Para eso sirven: ¡para dar trabajo! ¡Dios mío!

Le vi ocultar a su vez el rostro entre las manos y callar ominosamente. Me pareció que lloraba. Yo no sabía qué decir.

—Usted ve en los hombres lo malo y no lo bueno que hay en ellos —le dije—. Así no es posible la vida. Si no fuese un absurdo, yo diría que usted ve en el hombre el pecado original, pero no ve la gracia de Dios. Pero eso es imposible: esas dos son cosas invisibles.

Entonces vi que el hombre lloraba. Lloraba. Sacudones de arriba abajo en silencio, con lágrimas que escapaban entre los nudillos y los dedos que se hundían en las sienes, y estertores, estertores como de muerte. Es duro ver llorar a un varón. Tenía ganas de irme al lado y pasarle el brazo por el cuello, y no podía. El crucifijo que tenía en la mano me parecía un palo. Por una extraña aberración, en ese momento no se me ocurrían más que unos versos perfectamente tontos que me hicieron aprender en la escuela cuando chico, y que repito automáticamente al ponerme nervioso:

"*...un hombre de alto ingenio allí perdido:*
ebrios los padres de su padre han sido,
los hijos de sus hijos ebrios son,
Los tristes frutos de su amor, los rasgos
de esa fatal herencia llevan fijos
¡y ebrios serán los hijos de sus hijos!
¡ay, hasta la postrer generación!"

—¿Y usté nunca se miró de ese modo en un espejo? —se me ocurrió preguntar por distraerlo.

Alzó los ojos ya secos, esta vez con una expresión casi de miedo, a no ser que fuera de reproche y de asco.

—Sí —contestó secamente.

—¿Y?...

Sacudió la cabeza.

—Usted ve que no me afeito. No me he atrevido a traer conmigo un espejo. Es horrible.

—¿Se vio feo?

El hombre guardó silencio.

—Debe hacer agachar bastante la cresta verse feo *también* uno mismo —dije, tratando de bromear.

—No —contestó—. Uno se olvida de su estampa roñosa, apenas vista. Desprecia a los demás lo mismo. ¡Ah!, eso que dicen ustedes del libro de los pecados, ese mito del Juicio Particular, ridículo como parece... el trono de Dios, el libro con los pecados de uno, el Diablo a un lado, la Virgen al otro... qué terrible realidad representa para mí psicológicamente. Nadie puede figurárselo.

Realmente, si un ser a quien por un imposible yo amase y venerase (no puede existir tal ser), pero supongamos, mi madre; si hubiese de verme un día en la figura que yo vi en aquel espantoso espejo...

—¿Qué vio usted de sí mismo?

—Eso que ustedes llaman infierno, es poco. Yo no puedo explicarlo. La única comparación que se me ocurre es ésta. Un día vi en un hospital a un chico idiota presa de un gran dolor corporal. La cara de bola, estúpida y horrible, se movía sola como si la recorriesen por debajo cosas vivas. El practicante que estaba a mi lado, con ese cinismo petulante del 4º año de Medicina, dijo una cosa grosera y cruel que me quedó grabada: *"Parece un matambre con ojos"*, dijo mirando al idiotita. Y bien, así vi yo mi propio rostro —concluyó el desdichado con una carcajada falsa. Y levantándose de golpe, me mostró con toda cortesía una división de la casilla con un catre de hierro, deseándome buenas noches. Entonces cometí la cuarta estupidez del día. Me volví desde la puerta y dije:

—Míreme a mí también *así*... al sesgo.

Casi me empujó adentro:

—¡Buenas noches! —me dijo con ira.

Poco dormí en toda ella, por supuesto: pero no de miedo. Aquel hombre no era criminal ni loco. Al contrario. Si alguna vez he visto yo un hombre superior, esta vez ha sido. Aquella mirada serena y vasta de sus ojos claros, que se posaba en uno con la majestad y el agarre de una gran ave de presa, así debieron ser los ojos de los grandes conductores, de los grandes directores de almas. Quién sabe si no era éste de la pasta de los grandes reformadores morales, un Bernardino de Siena, un cura de Ars, un Savonarola, de esos furiosos aborrecedores de la fealdad moral, de esos intuitivos a quienes el bien y el mal hacían la violencia y choque que a nosotros hacen las realidades visibles, el rostro en flor de las muchachas, los ojuelos dulces de los niños, la herida del traumatizado, las bubas del luético. Pero entonces el don místico en él, por quién sabe qué razón, estaba misterio-

samente roto, mochado, truncado, tronchado al vivo. Me dormí al amanecer pensando esto: es un hombre que tiene lo que se llamó antaño *discreción de espíritus*, junto con un pesimismo radical del corazón; y que, por extraño fenómeno, quizá por desequilibrio mental, en vez de conceptos, juicios y raciocinios, formula sus apreciaciones morales en fulgurante alucinación visual... La *alucinosis* o *semialucinación pasajera* de Baillanger... Así me dormí. Nosotros los psicólogos, cuando hemos puesto una etiqueta a una cosa ininteligible, podemos dormir tranquilos.

Desperté muy alzada la mañana, perfectamente fresco y hasta casi del todo olvidado. El botero gritaba allá abajo, y oí a Lázaro que bajaba dando un portazo. Me despedí de él con pocas palabras, y él tampoco aludió para nada la escena nocturna. Yo estaba alegre y frívolo, lo mismo que el tiempo: seminublado, la luz del sol a intervalos y el viento que jugueteaba en ráfagas. No queria acordarme de nada. Quizá mi naturaleza misma defendía mi cerebro del choque del horror sacro. "Es un mistificador y nada más —decía entre mí al embarcarme—; me ha tomado el pelo. Es simplemente un misántropo, un pesimista, un atrabiliario, que siente la náusea de los hombres como todo enfermo del hígado, y ha inventado esa parábola simbólica en forma de cuento, con astigmatismo y todo, para explicarme el estado de su pobre alma resentida y herida. Y me la hizo tragar. ¡Buen narrador el tipo! El alucinado fui yo. El tipo lloró, sin embargo, y su vida aquí es espantosa. O dioses o bestias, dice Aristóteles, son los que viven solos; y éste no es ni uno ni otro, aunque tiene algo de los dos en mezcla turbia. En fin, me han tomado por tonto; pero yo me lo he buscado..." Así discurría yo mientras me embarcaba. Lázaro no me habló sino lo estrictamente preciso. Me parecía ahora un tipo cualquiera, flacón y alto; hasta su soñada distinción de maneras parecíame disipada. Imbécil de mí, que creí adivinar en él las facciones de Roca, de Irigoyen o de don Juan Manuel. La canoa arrancó pesadamente, cimbrándose el botero sobre un remo. Mi huésped me saludó levemente con la mano y se

fue. Pero a los pocos pasos sucedió la catástrofe: yo, que le clavaba los ojos en la espalda, lo veo volverse rápidamente... y vi claramente que me había mirado por encima del hombre. ¡Me estaba mirando *al sesgo!*

No pude resistir la curiosidad.

—¡Lázaro! —le grité.

El hombre se detuvo en su camino, inmóvil como la mujer de Lot, estatuario, rígido.

—¡Lázaro, oiga! —insistí sin comprender. Pero comprendí en seguida.

Era presa de inmensa vacilación, luchaba como contra una gran repugnancia a volverme el rostro. Cometí la idiotez de violentarlo.

—¡Lázaro, oiga, venga un momento! —grité con fuerza.

El hombre giró pausadamente y me miró. No reconocí más su rostro, que estaba descompuesto como el de un agonizante. Me miró, y me escupió... sí, me escupió, no hay otra palabra para expresar lo inexpresable, me escupió asquerosamente al rostro una mirada implacable de infinita repulsión y desprecio.

No lo olvidaré jamás.

Yo me pregunto si aquel rostro agónico y odioso fue el mismo que viera él antaño en el espejo.

Y desde hace un año, no ceso de preguntarme *cómo* vio Lázaro mi propio rostro.

Pero no me animé jamás a volver a averiguarlo.

El hombre que vio al diablo

Supersticioso no soy
No he sido nunca, velay,
~~*Porque yo no creo en brujas*~~
Pero haberlas . . . sí las hay.

Yo asistí a las últimas horas del cura Bárcena; y aquel hombre *no era loco* —afirmó el doctor Bernardo enérgicamente.

Los practicantes cesaron el jolgorio y se hizo un silencio paulatino en la mesa.

—¿Que no fue loco el cura Bárcena —preguntó uno con seriedad humorosa—. Más loco que andar en bicicleta.

—No en el sentido corriente —dijo Bernardo con cierto enojo.

Vinieron unas risitas no-se-vio-bien-de-dónde.

—¿Quién fue el cura Bárcena? —intervino el doctor Ambrose—. He oído ese nombre, pero no recuerdo nada. Me parece que salió en los periódicos no hace mucho.

—Aquí el Cordobés estaba contando, justamente —dijeron los practicantes—. A ver, Cordobés, largá el rollo otra vez, pero sin macaneo esta vuelta.

El llamado Cordobés, que era un muchacho petiso, cabezón, gordito y ya medio calvo, se hizo el desganado.

—Si no me *crên*, no le da gana de contar *â* uno —cantó melodiosamente—. El cura Bárcena vio dos veces al diablo; sólo que no quería contar cómo era el diablo.

—Lo habrá visto de atrás —dijo un porteño; y sólo el entrecejo del doctor Bernardo *impidió* el estallido de una carcajada.

—Era un cura *pôrteño* —prosiguió el Cordobés con malicia— que tenía una *capi-îta aiâ* en la Sierra Grande y no hacía *nâa* más *qu'èso*. Creo que *nî décia* misa: raras veces la diría. Cuidaba su *capî-a* y daba remedios de *iuios*. La gente iba en *pelegrinaje*, y le tenían una fe

bárbara los serranos. Cuando predicaba, qu'era las fiestas, siempre *cáia* al fin a predicar del diablo. La hacía *bramâr* de miedo a la gente que *l'ôia*, mi padre me supo contar que una vez lo hizo *bramár* de miedo. Y muy instruido el porteño; mi padre aseguraba que supo ser muy muy *prepardo*, solamente la cabeza le *fá-iaba*; había ratos que se quedaba *àpsorto* sin ver nada *alrreguedor*, pero las horas enteras a veces, y un bramido, un temblor ¡de acá!... que le *recorríya* el cuerpo a ratos. Lo más raro es que jamás negaba lo que la gente decía; pero en los jamases quiso contar cómo era el diablo. Ni hablar deso quería; decía que leyesen el EVANGELIO, que allí estaba todo, se ponía *fûrioso*

La señora de Bernardo (porque era el tiempo en que ella aún vivía) lo interrogó con los ojos; el gran psiquíatra movió la cabeza dubiamente. Ella lo suplicó en silencio, con esa sonrisa tan suya. Los practicantes comprendieron que Bernardo sabía algo grande, y se relamieron de gusto. El Cordobés, después de una pausa, agarró de nuevo el hilo...

—El *ôbispo* le desconfiaba *bârbaramente*: no el primero, fray Bustos, sino el otro; y temía que anduviese de *cúrândero*. Pero la gente decía... ya que no hace ningún mal, dejelón... que tiene tan mala salud el pobre. Los médicos de Córdoba eran los que se la tenían jurada, y habían querido encerrarlo como tres o cuatro veces. Mi padre sabía contar que hubo un batuque *bârbaro* una vez contra Bárcena, dirigido por un médico y un carpintero, que casi me lo matan, y creo que murió uno o dos. Eso fue al querer el individuo fundar la *capî-a* de Nuestra Señora en la punta'el Recovón del Puma, que así se llamaba el lugar, que era especial para *capî-a*. Después deso anduvo enfermo en el San Roque más de seis meses. Perdió la memoria del todo y no reconocía ni a su *mâgre*... pero creo que su *mâgre* había muerto. Fue un garrotazo que le encajaron, congestión y todo eso, ¿*âh* dotor? Mi padre era el administrador del hospital. Estuvo siete días enteros desmayado, mi padre lo vio; y eso está prohibido por la fisiología, no es posible: Houssay

dice que es imposible en el cuerpo humano *¿âh dotor?* Y el tipo estuvo nomás los siete días desmayado.

—Yo conocí a un cordobés que estuvo catorce días desmayado por no pagar la pensión —dijo un practicante, los otros sofocando risitas todo alrededor—. Cuando volvió en sí, dijo que había visto la cara de Dios...

~~—Y *di-hái* murió —concluyó el narrador lacónica-~~mente—. Y cierto que murió en su sanatorio, dotor, ahora se me acuerda. Y no sería loco, quizá, si usté lo dice, dotor... Yo no lo niego... Era un cura porteño. Así nomás han de ser los porteños, de natural no más. Se quedan *di-âquí* mirando *â-la-luna*, y *crên* que las cosas se *hâcen* solas... Y ahora tiene la palabra el doctor *Bêrnardo*, que de gusto de hacerlo *hâblar* no más he estado *ió hâblando mâcanas*... *Hê*-dicho —concluyó el cordobés, cerrando con una voluta perfecta su arrullo de palomo.

El doctor Bernardo había dado una llave y una orden al mucamo, el cual volvía entonces con un manuscrito encerrado cuidadosamente en una lata de membrillo.

—Mi señora —dijo Bernardo— tomó taquigráficamente mis conversaciones con el moribundo capellán del Recovón, el cual se persuadió antes de morir que tenía el deber de abrir su alma a alguna persona que no se le burlara. Yo no era creyente entonces, al menos del todo, pero era respetuoso. Yo he arreglado literariamente este manuscrito que les voy a leer, pero creo que no he añadido substancialmente nada. El cura tenía un modo especial de contar, atacaba las ideas por lo más escarpado, decía cuatro o cinco cosas juntas en tres palabras, había que desenredarle con una paciencia loca lo que decía...

"Vine a Córdoba herido del pulmón. Mi obispo se portó muy bien, me pagó reposo de un año entero. Segunda hemoptisis de una violencia inaudita; mi vida estaba en inmediato peligro. Pero yo no 'agarraba' más a la vida; es increíble la violencia de la desolación que causa un desastre grave en un alma joven. Comía, medicábame; por simple obediencia o inercia, hacía mi paseata matinal y vespertina a la platabanda del Recovón del Puma. Mi alma yacía en la más horrible desesperanza,

sabía que no había cura. Había dejado el breviario y la misa.

"Esa platabanda es muy frecuentada por paseantes, domina un paisaje hermosísimo. Yo iba a horas en que estaba más bien desierta, anoser por un singular estudiante de ingeniería, que se dedicaba, según él, a estudios de arqueología incaica; pintaba, dibujaba, y estaba más tísico que yo. De él nació la idea de mi capillita. Según él, aquella platabanda de imponente granito había sido antiguamente un templo de los dioses quichuas: nominalmente un templo de Pacha-Mama, la diosa de la Tierra.

"«—Aquí celebraban anualmente los indios —me decía con volubilidad el ingeniero—, las orgías desatadas, cuyos rastros es dable estudiar en el Carnaval de Catamarca y La Rioja. ¿Ve usté esa caverna, que la gente refiere vieja mansión de pumas o leones? Allí estaba el fetiche de la diosa Fecundidad; ¡otro que leones! ¿Ve usté esa roca blanca saliente —mármol probablemente—, que nos domina allá a unos 8 metros, como una hornacina natural perfecta? Allí estaba el hito o pilón de piedra coronado de flores, objeto de un culto nefando; puede estar tan seguro dello, como afirmado por mi maestro Holmberg en persona. En mi tesis lo probaré contundentemente. ¡Si me lo admiten el tema! En la Facultad, lo único que quieren es resistencia de materiales y nuevas demostraciones de teoremas viejos, más complicadas que las antiguas. ¿La persona humana? Desaparece. ¡Qué gente! ¡Da rabia ser ingeniero!».

"—Deberíamos hacer aquí una ermita, con una imagen de María Santísima allá arriba —dije.

"Lancé la frase por broma, por decir algo; pero antes de acabarla, la idea se había aferrado en la mente con el fulgor de un relámpago. Y lo peor es que el pichón de ingeniero saltó literalmente en vilo con ella. El haría los planos de la capilla. Era el modo elegantísimo de conectar su tesis teórica con los conocimientos prácticos que le exigían en la Facultad. ¡El haría los planos! ¡Una joya, una obra maestra, con ese material pétreo de primera en torno y una posición inmejorable, elegida por los siglos! El haría los planos. . . los estaba haciendo ya:

pues con esa actividad febril y explosiva del pulmonítico, ya estaba tirando los bocetos, dibujando y calculando, en su ancho libro de croquis. Me persuadió a quedarme todo el día allí —para estudiar nuestro plan— compartiendo con él su mochila de víveres, a la sombra rala de aquellos chañares. Entonces es cuando me sucedió el primero de los dos fenómenos extraños, la introducción, digamos, cuyo fiel referimiento es el objeto único, doctor, de esta narración penosa que le estoy haciendo. La gente ha dado en decir que se me 'apareció' el diablo. Se figuran que he visto un negro con cuernos y patas de chivo. ¡Qué simpleza!

"Estaba dormitando sentado contra el tronco del chañar. A mi lado, mi amigo el arquitecto roncaba sobre la grama, todo acurrucado como un bebé, para aprovechar la sombra. Yo cabeceaba, y al abrir los ojos de vez en cuando, miraba justo la roca blanca de la hornacina. De repente, con un choquecito imperceptible, pero que recorrió mi ser de arriba abajo (como el girar de un conmutador eléctrico), sentí que la roca me miraba, quiero decir, que desde allá arriba alguien me miraba. Al decir alguien no quiero decir un hombre; ni tampoco un bicho, ni un fantasma, ni una aparición, ni nada que se pudiese ver. Allí estaba como antes la roca blanca pelada, con su 'pirca' de parapeto, sus matas de churquis y retamas, lustrada furiosamente de sol cenital. Un chelco salió de su cueva, y se puso a caminar muy tranquilo por la piedra donde estaba la cosa. Yo sentía en la roca un ser, un alma, un algo, que me estaba mirando, es decir, que dirigía su atención enorme sobre mi propio ser. Digamos que había una voluntad preparándose a presionar sobre la mía; pero ella no estaba dentro de mí —y esto es lo inaudito—, sino allá arriba en la hornacina del hito fálico. Yo y eso estábamos solos en el mundo.

"Esto es lo difícil de explicar. Yo no veía nada nuevo; al revés, todas las cosas que veía, coloreadas fuertemente por el esmaltado mediodía, el cielo, las nubes marmóreas, las rocas, los árboles... se habían como descolorido y perdido realidad de golpe, como cosas trasoñadas; al lado de la realidad formidable del coso que las domi-

naba todas, al cual yo no veía, ni oía, ni tocaba, ni gustaba, ni olía, pero sentía *presente con una imponencia brutal.* Olía *sería la palabra más aproximada; pero ¿qué tiene que ver un perfume de bálsamo o un hedor de carroña con la imperativa y sojuzgadora presencia de aquella voluntad dirigida como una lanza de rayos X sobre mi pobre alma, como un ambiente magnético que me incluyese todo, dándome náuseas de muerte?*

"Se podría comparar con un hombre encerrado en un cuarto oscuro con su mortal enemigo. No lo ve ni lo oye, pero sabe con toda certeza que el otro está adentro y que está preparándose a matarlo. El no puede tener la menor idea de por dónde ha de venir la muerte; lo único que sabe es que, terminantemente, él no quiere morir. Pero ¿qué valen todos estos parangones estúpidos? Sólo experimentándolo se puede saber —pero no explicar...—, se puede sentir *cómo es.*

"¿Le dije ya lo que esa voluntad pretendía de mí? Creía haberlo dicho. Quería perentoriamente que yo abandonase la capilla: *que no tratase, ni pensase, ni soñase siquiera en hacer allí una capilla a la Virgen. Claro que ese querer enemigo no usaba de esas palabras ni de palabra alguna: era un desgano, una repulsión, un desabrimiento infinito hacia la idea de la capilla y hacia el arquitecto que estaba a mi lado; pero un desgano que venía de afuera, un* íntimo *violento cargado de una amenaza más grande que el mundo, que me hacía temblar de miedo. Pero yo sentía también, como una especie de rabia sorda, la resistencia profunda de mi propio ser espiritual a dejarse atropellar, y entonces, con un esfuerzo violentísimo, como quien hace volar de un empujón supremo a un hipopótamo que se le hubiese tumbado encima (¡qué comparaciones estúpidas!), yo rechacé la proposición que se me infligía, con un* ¡no! *que restalló como un latigazo en la muda oscuridad del espacio inmenso; y sentí que no daba más.*

"De golpe, toda la creación, el paisaje, quiero decir, entró de nuevo por todas partes en mí; y vi a mi compañero sudoroso a mi lado, haciéndome aire con su carpeta, muy asustado. Me dijo que yo había tenido un

ataque, que había estado durmiendo y soñando, temblando y diciendo cosas incoherentes acerca de la capilla: él creyó que yo me moría, según estuve de exánime y pálido. Todo lo que conté arriba, a mí me pareció un solo instante de intensísima pulseada; él me dijo que había pasado dos horas sin sentido; el sol, en efecto, se ponía entonces majestuosamente en un crepúsculo invernal de oro, escarlata y seda. Bajamos lentamente a la ciudad en la paz divina de la puesta: él, sumamente inquieto por mí; yo, con todos los huesos molidos y quebrantados, como un 'cachascán' después del match. *Al fin se animó a hablarme de la idea de la capillita, que yo le había tomado a broma; y con gran sorpresa suya se encontró en mí con la decisión, perfectamente absurda, aunque no lo viéramos por el momento, de levantarla cueste lo que cueste.*

"—La llamaremos Nuestra Señora del Buen Amor —me dijo.

"—Magnífico nombre —le dije yo; y un escalofrío de miedo me recorrió los miembros...

"Al día siguiente, yo no creía en la capilla ni en la aparición (que no era aparición) de la roca blanca. Simplemente, me había puesto mal, un ataque de nervios de una clase nueva. Pero hete aquí que mi compañero había lanzado indiscretamente la idea; las monjitas donde me alojaba, que son la gente más comprometedora que existe, la había recogido con arrobamiento; y velay que aquel mismo día, al acabar la misa, se me presenta al comulgatorio una viejita andrajosa y me pone en las manos un paquete en papel de seda, diciéndome que ella sabía que yo iba a hacer una inglesia *y que ella había hecho una* promesa *a la Virgen, que estaba en ese paquete... Adentro había cuarenta pesos: casi todo en moneda y en papeles de un peso. Un caudal para la pobre. Con eso (!) iba yo (!) a hacer una iglesia.*

"Antes de que pudiera defenderme, el proyecto de la capilla empezó a bramar como un pajonal en llamas. Heme aquí, sacerdote forastero perfectamente arruinada la vida, sin recursos ningunos, mandado a cuidar su sa-

lud, al frente de una empresa absolutamente insensata y contradicha fuertemente por un montón de gente sensata, antes de haber podido ni hablar al obispo, el cual se enteró por terceros, desgraciadamente —¡y de qué manera!—, de modo que allí provino su resentimiento. Heme aquí en el centro de una especie de turbión, danzando como una perinola, y cada movimiento mínimo mío repercute allá en la periferia, imprevisiblemente, en ondulaciones vastísimas.

"Lo peor es que de todos los locos, yo era el primero: la idea me había invadido el cuore. *Si llegaba a cumplirse, yo había hecho algo de provecho antes de irme al camposanto. Justamente, mi desesperación antes era ver mi vida, tantos trabajos y esfuerzos —porque yo he sufrido desde mi infancia—, tronchada en seco para nada. La idea de ser importante emborracha al hombre. Creo que eso mismo era lo que soliviantaba a mi pequeño arquitecto, el cual se agitaba como un demonio; yo no sé de dónde sacaba fuerzas. Él, dirigir las colectas; él, contratar albañiles; él, interesar a los magnates, pelear con los diarios, recoger díceres, hacer mandados, pleitear con Garayzábal el dueño del terreno... y todavía le sobraba tiempo para escribir cada noche interminables cartas a su novia de Rosario, contándole cada novela acerca de las maravillas que estábamos haciendo nosotros dos en Córdoba. Es que, en realidad, era una verdadera novela.*

"Usté la conoce, doctor. Usté sabe lo qué es Córdoba; cómo resuenan de más las cosas en ese gran cráter en que está situada; cómo truena de fuerte para cualquier llovizna en esa gran oreja de Dionisio donde el más leve son produce los más extensos, variados y disformes ecos: ciudad chismosa, *como la llaman los vacuos, pero en realidad ciudad recordativa, recogida y recoleta. Toda la ciudad claustral se encontró, en breve lapso, dividida en dos bandos: uno en pro y otro en contra de la capilla; bandos con sus armas, tropas y jefes reconocidos, de los cuales los más temibles eran el médico —que usté conoce—, amigo del señor obispo y masón oculto, según parece, y el furibundo carpintero anarquista que acabó tan mal, como es sabido. Se mezcló la política, se mezclaron*

las rivalidades de familia. Hubo huelgas y mitines al gritos de: 'Capillas, no, escuelas sí'. *El diario* La Libertad del Pueblo *inició una campaña violentísima contra mí. Fue una verdadera suerte que estuviese en esos días tan suspenso en mis fantaseos y tan aislado en el sanatorio por las hermanitas, que no supe ni la décima parte de lo que pasó y se dijo. Usté sabe las calumnias que corrieron. En todos estos disturbios aparecen alimañas que no retroceden ante ninguna infamia.*

"Lo que más me afligía era que la cosa repercutió en Buenos Aires a oídos de mi familia —una carta de mi hermana mayor, pidiéndome que volviese— donde se corrió que yo estaba loco, o poco menos, haciendo fanfarronadas por las calles de Córdoba a la cabeza de una manga de fanáticos.

"El obispo entró al fin; su oposición fue lo más bravo de franquear. Yo no sé por qué el familiar de Su Señoría me había tomado tan extraña inquina: qué le habría hecho yo. Cosas quizá del doctor ese Mayr o Maier, o como se llamase. La cuestión es que la entrevista con monseñor fue histórica: dos horas de discusión dramática para no quedar en nada, cuando él había propuesto despacharme en quince minutos con una prohibición cortés y firme (o aunque no fuera cortés). Tenía toda la razón del mundo en querellarse de que yo hubiese ido a él cuando las cosas ya estaban lanzadas; pero yo mismo había sido el primer arrebatado por la ráfaga y ¿quién hubiese podido preverla? El punto de Monseñor era éste:

"«—¿Qué obstinación era ésa en mí, de levantar una iglesia que todas las personas sensatas desaprobaban?».

"Mi respuesta, con diez variantes, era siempre la misma, y era la verdad pura.

"«—Ninguna obstinación. Todo al revés de un capricho. Yo quisiera estar fuera de esto. Yo quisiera no hacerla; pero 'la fuerza de las cosas' me coacciona a hacerla».

"Yo decía 'la fuerza de las cosas'. No me animaba a decir 'la voluntad de Dios' delante del que la representaba para mí en lo visible, de acuerdo al dogma de la Jerarquía. La instancia de él era la siguiente:

"«—¿Qué pasaría si él, Su Señoría Ilma., me despachaba un mandato formal de dejar de mano el asunto y retirarme de Córdoba mañana mismo?».

"La respuesta me vino instantánea, tan limpia y segura como si alguien me dictase o soplase. Y eso que aquella pregunta yo no la esperaba.

"«—Yo obedecería literalmente. Pero el movimiento no se pararía en ningún modo, y agarraría un sesgo tuerto que acarrearía desastres, quizá hasta ... quizá la misma muerte de Su Señoría Illma.».

"Yo no sé cómo ni por qué motivo proferí esas palabras inconsultas y del todo inesperadas, para mí el primero. Cayeron como una bomba, naturalmente, y provocaron esa terrible injuria del familiar, que nunca pude olvidar y todavía me duele: '¡Brujo!' me gritó desde el lado del trono, con la cara pálida y los ojos como dos fanales. Suerte que me callé y me fui. Pero no había derecho. En fin, yo también había descarrilado, y estaba en el camino de las cosas raras, donde no hay que extrañarse de nada.

"Lo que me interesa contarle es el segundo fenómeno místico, que no fue sino el primero, reproducido en mayor escala, así como toda mi vida posterior (digo, mi vida interna) es reproducción de ambos en escala máxima. Los sucesos exteriores usté los sabe mejor que yo. Lo que nadie sabe en este mundo es lo que pasó por mí los siete días (que a mí me parecieron horas) que pasé medio desmayado, a raíz del golpe en el cráneo que hubo de costarme la vida el día de la inauguración de la ermita. Ustedes dicen que abría los ojos y miraba las cosas como sin reconocerlas; que hablaba extraño y no coherente, que deliraba; que, a pesar de mi amnesia y mi invalidez, daba muestras, por momentos, de intensa concentración. Yo creo que ya antes de recibir el bastonazo del carpintero Aguilés había entrado en esa concentración misteriosa, había caído vertiginosamente por un camino oblicuo a la región oscura sin especies sensibles, a la noche llena de suspiros, la noche sofocante donde no entra la luz del cielo, más impenetrable que el caparazón paleolítico de un monstruo de bronce ...".

—Aquí tienen —interrumpió el doctor Bernardo— un ejemplo del estilo del cura Bárcena. Son estos trozos ininteligibles que irrumpían sin previo aviso en su conversación, los que convencieron de su insania a tantos médicos inteligentes... y a tantos practicantes ídem, ídem —añadió, mirando a sus mudos oyentes con una sonrisa en los ojos.

"La diferencia de este segundo rapto, no fue sólo su vastedad, sino que, en cierto modo, ahora se me pidió mi consentimiento. Antes de entrar en el estado inexplicable en que sentí la voluntad enemiga presionando y amenazando la mía, esta vez lo sentí venir *al rapto resbalando hacia mí, y sentí el poder de esquivarlo. Me hallé como un hombre, de golpe, una noche, delante una puerta oscura, sintiendo la llave en la mano. La llave no era más que un pequeñísimo gesto; tocar con el dedo el muro, o, simplemente, dejarse estar; pero, así como yo lo hice el gesto, así podía haberlo omitido. Mas cuando lo hice, entonces sí que no había caso de parar toda la maquinaria que siguió; más vasta que la vida. Quizás hice mal El ser maligno me miraba de nuevo como un vasto sol negro desde el alto de la roca. Esto fue al llegar nosotros a ella con el Santísimo Sacramento.*

"La voluntad que troneaba sobre mí era más vasta que el mundo, el cual está todo contenido en ella como un sistema de electroimanes en un campo magnético. Delante d'ella estaba mi propio ser, minúsculo gusano. Pero yo sentí que mi ser no estaba solo: estaba apoyado en la voluntad del grupo de mujerucas y mozos que me había acompañado; el cual, a su vez, se afirmaba en nuestro bando de Córdoba, y éste se comunicaba invisiblemente con la voluntad de innumerables gentes de todo el mundo; las cuales, a su vez, se apoyaban en otro mundo de quereres aun más vastos, en el cual la voluntad del maligno no había entrado; y este orden en otro orden y en otro y otro; y así hasta no abarcar más mi vista. En suma, yo vi por trasparencia, si no me engaño, la inescrutable solidaridad del Bien y del Mal en su contradicción eviterna. 'La substancia de este mundo es de naturaleza moral', *enseña Tomás de Aquino. ¡El Bien y el*

Mal! Nosotros los conocemos como accidentes, como cualidades morales de nuestros actos, según estén o no colocados en el recto orden racional, que nuestra razón débilmente vislumbra. Pero el Bien y el Mal son substancias, doctor, proceden de focos que son realidades vivísimas y permanentes, trenzados desde el principio del mundo en una pulseada mortal de desafío tan equilibradas como esos luchadores que parece que no se mueven en su tremendo abrazo, mientras todos sus músculos están trabajando antagonísticamente casi hasta el punto de romperse, como el peso brutal de los océanos que mantiene en su lugar los continentes".

—Si el cura Bárcena hubiese escrito un libro —interrumpió Bernardo de nuevo— aquí es donde lo hubiesen hecho bramar en la Curia los censores. La Curia siempre va a lo más seguro. Ésta es la teoría del antiguo maniqueísmo, que creía que había como dos dioses, el Bien y el Mal, casi iguales. Por el contrario, la verdad es que sólo el Bien existe, o, mejor dicho, es. El Mal existe, pero no es; tiene existencia, pero no tiene esencia; es una privación de ser. Dios lo puede todo y el demonio no puede nada. Pero se pueden salvar las palabras de Bárcena lo mismo, considerando que, por la creación de una criatura libre, Dios limitó voluntariamente Su poder, con lo cual no se destruye la Omnipotencia, antes se perfecciona. Esto me dijo un teólogo en Roma, con quien hablé del caso, con unas distinciones de *potencia ordinata* y de *potencia absoluta* que no recuerdo. Yo diría, simplemente, que en sus relaciones con la criatura, Dios se achica para no pelear con ventaja, y acepta la lucha contra el mal en el plano en que, la Creación primero y la Caída después, lo ha situado; que es terreno en que el Maligno tiene atrincheramiento... Pero sigamos con el manuscrito del cura Bárcena, muchachos; veo que la Teología no les interesa, no lo nieguen... *"Cuando Dios creó el mundo, Dios se destripó* —me dijo un día el cura con su terrible estilo—, *y toda la historia del universo no es más que Dios recogiéndose las tripas"*...

"Si usté pregunta por qué, de todo el mundo, fui elegido yo para esta experiencia, yo no lo sé. La Provi-

dencia, que ama infinitamente nuestra vida eterna, dispone de nuestra vida temporal, doctor, como usté de sus chanchitos de India. Pero si usté me pregunta por qué di mi consentimiento la segunda vez, que fue la buena, algo le diré. Es decir, no se puede explicar el motivo de una decisión que compromete todo el ser: eso sale de tan adentro que la motivación es oscurísima. Pero figúrese usté que un hombre que ya tiene la vida jugada y perdida, pudiese por acaso entrar vivo en la fortaleza inviolable del Gran Enemigo, sabiendo que va a salir d'ella, en el mejor de los casos, reventado los ojos, cortado las manos, arrancado la lengua, envenenado incurablemente; pero con alguna esperanza de sorprender el veneno que mantiene paralizados a miles de sus hermanos. La naturaleza humana es tan débil, que los más grandes actos de heroísmo son, en realidad, una especie de actos desesperados, de perdido-por-perdido, *como el arrojarse al mar desde un avión en llamas. Pero miento. No es desesperación, sino ciega esperanza, vital aspiración informe. En aquellas regiones irrespirables, la fe se halla en su propio elemento y se vuelve una fuerza magnífica, capaz de balancear el infinito miedo; se parece a un hombre que agarrado a un vidrio roto de un sexto piso, estuviese esperando que los bomberos pongan la sábana abajo, con un horrendo miedo de tirarse y no pudiendo más aguantar las cortaduras. En suma, yo sé que acepté el horroroso encuentro con la más horrenda náusea pero con la voluntad más entera, como un japonés que se hunde un yatagán en la barriga.*

"Oí como en sueños lejanos la pelea, los bramidos, los chillidos de niñas y viejas, el ¡ay! del agente al ser apuñaleado y el tiro que mató al carpintero, sin impedir, por desgracia, que descargase su cachiporra sobre mi cabeza; pero el mismo golpe, que sentí como un terremoto y un pinchazo agudo, fue en sueños (créame, doctor), pertenecía al mundo desvanecido de lo exterior, infinitamente menos real que el mundo negro en que yo había entrado. Había entrado en un mundo más real que éste. En aquel mundo no existía la esperanza. Tuve certeza absoluta de que no volvería a salir nunca. Con una espe-

cie de descuaje o chasquido sordo se había roto inexplicablemente en mí una especie de puente. Me había quedado solo del otro lado.

"—¿Qué vio usté exactamente, en concreto?

"—Absolutamente nada, doctor. Tiene que hacerse una fe de que en todo lo que le dije, y luego le diré, no hay visiones, ni fantasmas, ni sueños. Al revés, las cosas que veo con los ojos, usté mismo ahora, me parece sueño, lo otro me parece la realidad, el Mundo Negro. En realidad, veo —no sé con cuál de los sentidos— las cualidades ocultas de las cosas que establecen continuidad con el mundo de la acción personal, el cual es continuo con el mundo de las substancias espirituales; el cual, a su vez, está íntimamente penetrado de otro mundo más maravilloso y oculto, que yo no podía percibir más que del revés —y aquí se embarulló el cura Bárcena— *a manera de resistencia, muro o soporte invisible. El último mundo creado, en el cual asientan todos los otros, que es el mundo de la Gracia Sobrenatural, estaba enteramente cerrado a mi visión, por lo mismo que ella había penetrado en el mundo contrario del Mal Sobrenatural, o sea del pecado, por la intuición fulgurante y doble del Dueño del Pecado, la raíz de toda prevaricación, desorden y muerte. Ésa es la explicación que yo doy, por lo menos...".*

—Que la entienda Vargas —dijo un practicante.

El doctor Bernardo sacó de la caja de membrillo un papel amarillento todo raturado y dijo:

—Miren el verso que escribió el cura en este tiempo; yo se lo saqué a la fuerza entre otros muchos que tenía y que nadie ha visto, y le corregí dos o tres cesuras y una rima. Me enseñaron a hacer versos los jesuitas de Santa Fe; yo puedo corregir los versos de quienquiera, hasta de Lugones, pero a mí por nada me salen propios. Ésa es la educación de los jesuitas, retórica pura, como dice Roberto F. Giusti.

—Léalos, doctor, vamo a ver. Apuesto que son suyos nomás. A lo mejor son suyos.

El médico leyó, con un timbre algo agrio, pero muy clarito:

Bueno. Todo ha acabado. Todo está bien, ¡oh Dios!
Ya nos hemos maldito Vos a mí — y yo a Vos.

Ni un rechinar de dientes ni un grito que me venda
ya daré, ¿para qué? ¿Para ser tu irrisión?
Ya no hay lucha, es la calma tremenda
de la desesperación.

¡No! No me arrastraré más como un perro,
no busco el fin de lo que no se acaba,
no muerdo más el cerrojón de fierro
con la boca llena de baba.

Oh fin de mi variado y exquisito fastidio,
aquí seguramente se va a aumentar mi esplín,
mordiéndose la cola como un trágico ofidio
en la rosca eviterna de los siglos sin fin.

Cuando formen mis lágrimas el mar, que dijo aquel
predicador idiota, mi martirio empezó
de nuevo y sin consuelo jamás, ni el de morder
los pechos de la mala mujer que me engendró.

Aquel podrido Lázaro que yo pisoteé,
con su cara de estúpido, vuelto un Rey y hecho un Dios,
pisará bienhadado la tierra en que yo esté
aplastado de hastío, loco de sed atroz,
¡bienhadado para todas las edades!
¡sin acordarse ya de mí!
¡sin sospechar que estoy allí
eternidad de eternidades!

Bueno. Ya no hay remedio. ¡Has sacado el millón!,
nada más que un sinfín de dolor y de abismo.
¡Ah, pero al menos tienes la gran satisfacción
de habértelo elegido tú, ¡oh imbécil!, tú mismo.

Y eras (sin duda. . .) hombre ducho
y sabías vivir (¡oh blasfemia!)

y has gozado (¡oh sarcasmo!) mucho
y has bebido champán en cristal de Bohemia
con mujeres...
¿Qué más quieres?

Y eras mi Bien, mi Todo, Supremo Fin... En fin,
quédate con tus santos, luz de mi corazón,
que aunque el alma sin ti se me rompa, malsín
jamás he de pedirte, yo lo juro, perdón.

Y es lo peor de todo saber que fuiste blando
y me amabas, malvado, Tú me amabas, Amor,
por mí de amor morías Tú que me estás matando.
¡Infame! Di ¿me escuchas, Señor?
Si ni siquiera sabes que yo te estoy hablando
y no puedo arrancarme mi ser, que es un infando
Vacío Eterno de tu amor.

Estos versos bárbaros quieren describir el estado de un alma en el infierno; y el cura Bárcena pretendía que, por haber visto al diablo con el telescopio del alma, su alma había penetrado por modo equivalente en la región del Mal Absoluto y el Mal Absoluto había penetrado en todas las regiones de su alma menos en el alcázar de su última voluntad, el cual, sin embargo, quedaba asediado y por momentos enteramente envuelto en niebla y humo.

—¡Qué enredo! —dijo el doctor Ambrose—. Doctor, usté es una poeta y aquél era un loco suelto.

—No lo niego —dijo el doctor—. No podría curar locos, si no fuese medio medio. Pero la locura de aquél tenía sistema. Todo lo explicaba con una elocuencia y una coherencia insuperable. Decía que al ver el Mal, él veía toda la Creación, aunque del lado tuerto (y eso lo hacía sufrir), pero que no había cosa del mundo que él no pudiera referir a ese penúltimo principio de todas las cosas.

Decía que toda la Creación no era sino un gran torbellino de esos dos principios en lucha; y todo el caminar del mundo, desde el sucederse de las estaciones hasta las

grandes vicisitudes de la historia, era nada más que la cáscara visible y como la escoria material de aquel gran movimiento. Todas las creaturas libres participaban de ese moverse con cada uno de sus actos; y no había ni un alma que no estuviese, en cada momento dado, en uno o en otro campo, aunque no en la misma intensidad o proximidad del foco. Me dijo que él veía las almas como esos rascacielos en la noche, esos miles de ojos o ventanitas encendidas o apagadas de los rascacielos porteños, y unas apagándose y otras encendiéndose por momentos, puesto que la luz o se tiene o no se tiene, aunque en algunas la luz era como un arco voltaico y en otras como luna o luciérnaga; y la oscuridad lo mismo. De repente, se le aparecían pedazos enteros de la historia, fue profesor de historia, con su significado secreto de derrota o victoria parcial de una de las dos *substancias*; y decía que muchas veces era al revés de lo que creían los historiadores. ¡La visión del hombre del altillo! Un hombre en un altillo, en la cima de una casa, en la mitad de una silente noche caminando febrilmente de punta a punta y parándose a leer una Biblia abierta o escribir unas palabras en un libro; y en torno de él se extendía, en un silencio expectante, toda la humanidad, cuya suerte futura por trescientos años dependía de un acto de opción suprema que este hombre iba a producir ahora; y había miles y miles de muertos, miles y miles de réprobos y un mundo de guerras, pestes y caídas de tronos y de imperios que no iban a suceder o iban a suceder según este hombre decidiese de su propia alma; y estaba al lado de él el Principio del Abismo, la cosa de la roca blanca, la más intensa sustancia de todas las malas sustancias, debatiéndose contra un enemigo ignoto, invisible para el cura Bárcena, que debía ser un arcángel imperceptible para él, anoser a través de los movimientos del otro; y parecía que el Universo entero estaba inmóvil y hasta Dios estuviese suspenso de esa lucha. Y de repente, el hombre gigantesco se irguió como si fuese a tocar el techo, y sus talares blancos relumbraron a la luz del candil; y después, se arrojó sobre una silla, se tomó la cabeza con las manos y quedó inmóvil. Entonces se oyó como un gran crujido y el mundo recomenzó su

movimiento. El hombre gigantesco había optado; pero el cura Bárcena nunca supo si por Dios o por el Diablo.

—¡Qué gracia! Y ¿quién era el hombre?

—O Carlomagno o Lutero o Voltaire o San Juan de la Cruz; o bien, el Anticristo. El cura Bárcena se inclinaba a creer que era un heresiarca más bien que un santo, y que Satán venció la pulseada; porque la santidad no tiene contrastes violentos: es como una ascensión larga y no como una caída. Esta escena del altillo lo impresionó profundamente, y fue una de las últimas cosas que vio antes de la muerte.

—Y ¿qué más vio, doctor? No lo mate todavía.

—Las leyes del mundo espiritual; el dueño de la muerte; los secretos de muchísimas conciencias; tesoros ocultos; crímenes indescubiertos; el origen de los duendes; la naturaleza de la posesión diabólica; el reino de la magia; el pecado contra el Espíritu Santo; la raíz espiritual de muchísimas enfermedades corporales; el misterio del martirio y del dolor expiatorio... ¡Qué sé yo! La mayor parte de las conversaciones eran casi incomprensibles y partían de un trivial suceso reciente, al cual encontraba él significados esotéricos, a veces enteramente estrafalarios. Algún día tengo que tratar de ordenar y explanar todos esos papeles, porque en medio de ellos hay relámpagos deslumbradores, si no convincentes, al menos curiosos. Un día me dijo: *"Estoy hecho una esponja de absorber pecados. Acojo con furor el mal en mí, como una bala que muere en una bolsa de algodón. En mí muere y se agota una herencia secular de taras. Yo lo acepto. Purifico el mundo con mi presencia, como un trapo inmundo que después se quema. Destruyo conmigo una inmensa cantidad de veneno"*.

—Destruido bastante estaba, por lo visto.

—Sí. Se refería a sus inmensos sufrimientos interiores, aparentemente inútiles. Aquí tengo otro trozo más o menos inteligible: ...*"Una hambre loca del cuerpo bestial de la mujer, tan desesperada y violenta como uno que muere de sed en el Sahara —no agradable, sino acre y cruel, como un mandato imperioso a gritos de un gigante a una criatura..."*.

—Bien inteligible, doctor.

—No bromeen. Aquí tengo otro trozo de su diario. *"Anoche intensa conmoción interna, una especie de terror lindo. ¿Sería la presencia materializada del Custodio, o bien el Inmundo camuflado? No lo sé. No quisiera tenerlo de nuevo, creí morir. Probablemente no el Inmundo. Me quedó en la voluntad una especie de firmeza seca, determinación dolorosa inquebrantable de ir no más a monseñor; y el Inmundo no puede obrar en la voluntad sin medio. Sin embargo, la entrevista con monseñor fue un desastre. ¡Oh Dios mío, guíame en medio de mi tiniebla viva!"* . . .

—¿Y cómo acabó, doctor? —preguntó un practicante ahogando un bostezo.

—Al fin —dijo Bernardo— cayó en una profunda angustia que yo creí que se moría; estaba pálido como la muerte, cataléptico. Me dijo que le había sido revelado, tal cual, su peor pecado: había pecado una vez "contra lo teologal" decía él, contra la esperanza —y sus ojos reflejaban verdadera angustia . . .

—¿Cuándo pecó? ¿Ahora? —le dije yo.

—Antes de entrar en el Mundo Negro —dijo—. Y fue por eso, justamente . . .

—¡Son escrúpulos! —le dije—. Él cerró los ojos sin hacerme caso y apretó los dientes. Yo me senté tranquilamente para verlo morir; y me pasó como tantas otras veces, que parecía justo que se moría y después . . .

El doctor Bernardo cortó la frase y se quedó mirando fijo delante en largo silencio. Su señora tocóle la mano con la punta del dedo. Entonces dijo con cansancio:

—La muerte del cura porteño ustedes la saben.

—Hidropesía —dijeron los practicantes.

—Histero-epilepsia clínico-medicamentosa . . .

—Cerebelosa neurocortical —concluyó el cordobés, guiñando el ojo.

—Se le puso *chuño* el mate del todo.

—Se quiso suicidar dos veces.

—Murió al lado de un vigilante sin ver a otro cura.

—Perdió la fe.

—La culpa fue del obispo. Lo castigaron de más.

—En su sepultura se sanó un leproso.

—Lo sacó la Intendencia, lo quemó y lo mandó al osario —concluyó uno, pausadamente.

—Es la síntesis de todo lo externo. Ahora la voy a completar con lo que yo vi —dijo Bernardo. Se apoyó sobre la mesa en ángulo pronunciado, sosteniéndose la sien en la mano izquierda.

—Desde que salió de alta de mi hospital hasta que volvió a él en las circunstancias fatales que ustedes han recordado, pasaron tres años. Residió en la salvaje ermita del Recovón del Puma, dando que hablar en un círculo que se iba ensanchando cada día hasta trasponer los límites de la provincia y atraer neurólogos de Buenos Aires. El obispo le prohibió, sucesivamente, echar los exorcismos, predicar, confesar y al fin decir misa, y el Consejo Nacional de Higiene le prohibió medicar con yerbas; pero nadie lo sacó de la ermita, a cuya vera sembró dos cuadras de maíz y se hizo una chacrita con gallinas y una vaca. Hileras de serranos caían cada día de Dios al fiero despoblado, a pedir remedios y consejos de todo género. La gente se arregló para no dejarlo morir de hambre; el hombre vivía contra todo sentido común. Un día, el viejo Cintes, que moraba en una tapera sobre el sendero, a dos leguas de la capilla, vio pasar al caer la noche un bulto apresurado que iba hablando solo y mirando atrás como perseguido. Como medio lo reconoció por los talares, lo siguió a pesar del miedo y lo vio caer desfallecido en una zanja pocos momentos después, sin sentido y delirando.

—Al borde'el colchón de plumón verdecito del sauzal que retoña —dijo el cordobés con sencillez, sin percatarse nadie que en su añoranza campiriña había hecho un verso.

—Eso es —continuó Bernardo—, al pie del sauzal. Lo trajeron aquí. Tenía las piernas extrañamente hinchadas y una conmoción psíquica increíble con algunos momentos de lucidez soporífera y alelada.

—Hidropesía —dijo uno.

—Hidropesía nerviosa, contradictorio *in terminis* —rio Bernardo—. Noten que la hinchazón le iba y le venía

súbitamente, y que a veces se le trasladaba al costado, al brazo o a la garganta. Lo he observado de cerca con todo rigor y con mayor perplejidad cada día. Había al mismo tiempo fallas cardíacas y una continua agitación nerviosa Una vez, me sucedió esto: lo termometré, por un casual, y el termómetro marcó de golpe 44° y después se rompió. Le puse otro, el cual no se movió de 37,5.

—Trucos —dijo el practicante—. Impostor. Trucos y tricos de la histeria. Edema histérico y *bouffées.*

—En ese tiempo —continuó Bernardo—, pontificaba en la Capital el gran Ingenieros, y una orgía de filosofía barata emborrachaba a los médicos cultos, que todo lo explicaban con la histero-epilepsia, entidad nosológica que entonces hacía hasta milagros y hoy día hemos convenido que *no existe.* Bueno. Entonces vino la primera tentativa de suicidio, como dice la gente. Sepan que no hubo tal intento de suicidio.

—Se escapó en dirección al río. Lo encontraron medio muerto en una zanja —dijo el cordobés—. Se había despojado de todas sus estampitas y *medaîtas.* Dijo que quería reventar de una vez. Si eso no es suicidio...

—No es nada tan claro como eso. Para mí el suceso es de lo más misterioso. Estuvo dos noches seguidas que parecía que se moría; lo velaban las Hermanas del hospital, por turno. Su voz silbaba y venía de unas profundidades remotísimas, como un hilito de agua continuo. Se le entendía: "*primero morir*" — "*sufro mucho*" — "*reventar*" — "*inyecciones*" — "*avisar al otro*" — "*no hay culpa*" — "*imprescindible*" — "*no puede otro*", con otras incoherencias, todo seguido e interminable como un molinito, junto con los nombres de Dios, la Virgen y los Santos, con un tono de salvaje violencia que horrorizaba a las monjitas. A la segunda alba, empezó a mejorar rápidamente, con la velocidad de un sumergible que suelta el lastre y sube. La tercera noche, las hermanitas, cansadas, viéndolo normal lo dejaron solo. Al día siguiente, no estaba más allí; sobre la mesita estaban, cuidadosamente arregladas, todas sus medallitas, reliquias y rosarios, en un hilo grasiento. Gran susto en el hospital, la idea del

suicidio flamea como una llamarada. Lo encuentran desmayado en la calle del *río*, pero cerca de la casa del otro leproso. ¡Había saltado una tapia de dos metros con tres hilos de alambre de púa, un corazón estertórico que el día antes usté no daba por él ni un medio!

—Y eso no es típico de un cardíaco, doctor? —preguntaron.

—¡Qué cardíaco! ¡Presión normal! En la comisaría dijo absurdamente que se había fugado del hospital porque *"le ponían demasiadas inyecciones"*, lo cual era falso. Volvió a su estado de musitar interminablemente; le teníamos un milico vigilándolo al lado. A mí me reconocía *all-right*, pero ya no quería o no podía hacerme confidencias. Estaba en su pleno juicio, no había sino verle los ojos; pero una idea más grande que él lo tiranizaba. Entonces ocurrió la segunda salida, más sorprendente aún. En un momento de ausencia del vigilante, se viste con la ropa y chambergo de un enfermo y el delantal del doctor Balverde. Sale por la puerta principal engañando al portero, desaparece tres horas enteras y lo encuentran de vuelta de la casa del leproso, tambaleando y otra vez en pleno delirio. Murió al otro día.

—¿El leproso ése fue el que luego sanó?

—Ése.

—Se dijo que era simplemente herpes. Se dijo que después le retornó la lepra —dijeron.

—También se dijo que era demente y simulador.

—Y por último, se dijo que era un endemoniado —concluyó el doctor Bernardo.

—¡Histero-epilepsia clínico-medicamentosa neuro-cortical! —dijo el cordobés.

—¡Salgan de la luz! —exclamaron los practicantes en coro.

—Y bien —dijo Bernardo—. El último día del cura loco fue notabilísimo. No solamente recobró el juicio, la palabra y hasta una especie de paz despaciosa y augusta, sino también ese color blanco y rosa encendido que engañara al portero el día antes y fue lo primero que el gallego dijo: *"Un zeñó mu guapo, sanote, mu señó él, que*

no poía sé má que un méico". Habló conmigo poco, pero sus réplicas eran de sorprendente inteligencia, evasivas todas. No quiso explicar nada. Pidió la comunión, pero al negársela el capellán por no creerlo *in extremis*, o barrunto que por creerlo loco, no insistió, sino que lo miró tristemente. Pero creo que se confesó, a su manera. Mantuvo todo el tiempo esa actitud rara, de quien está tranquilamente esperando algo. De repente, se animó todo y me dijo aquellas palabras sorprendentes que anoté con todo cuidado, aunque no era probable que las olvidara.

El doctor Bernardo revolvió los papeles y levantó uno amarillento, una envoltura de remedio cuidadosamente doblada.

"—*Doctor* —me dijo—, *no fui vencido. Lucha cuerpo a cuerpo. Brecha . . . brechas por todas partes, los muros se derrumbaron de golpe. Dios-gracias que acabó todo*".

Sus ojos tenían una serenidad desconcertante. Yo no entendí, al principio, olvidado de aquella antigua comparación que les he leído de la fortaleza, pero otra vez su atención se había fugado y el moribundo miraba al frente-arriba con fijeza. Entonces desgranó claramente estas otras palabras, muy pausadas:

"—*Señora-perdida-por-qué-te-fuiste . . . Tanto . . . tantos . . . tantos . . . siglos . . . tan lejos . . .*".

Y de golpe, con voz extrañamente robusta:

"—*Y qué importa todo, ahora*".

Murió instantáneamente; sentí el pulso entre mis dedos cesar de golpe —o mejor dicho, dejé de sentirlo— de un golpe con un choque en mí, como un motor que ratea, mientras sus ojos se movieron y me miraban. Ojos de cuerdo, alegres casi. En este instante, oí abrirse lentamente la puerta detrás de mí, y sin saber por qué, me helé de espanto. Volví la cabeza y no había nada, salvo el aliento inmenso, como un gran suspiro, del viento en la calle: esas noches endiabladas de agosto en Córdoba. Cuando volví a mirarlo —y fue un segundo— había ya otra cosa: los párpados habían caído y el rostro estaba céreo, afilado, chupado, más lejano que un dibujo y una pintura soñada.

El doctor Bernardo paseó los ojos cansados con una brasita de malicia en ellos, y dijo suavemente:

—Así murió el hombre que vio al diablo.

El cordobés dio la señal de irse levantándose.

—Dotor —dijo—, nos ha estao tomando el pelo. Usté ha nacido para novelista.

El médico israelita había cerrado los ojos y sonreía enigmáticamente. Su señora dijo después que en ese momento su cara reproducía vagamente la del cura muerto. La señora estaba muy impresionada, lo mismo que yo y otro practicante, y la sugestión lo puede todo.

Un cuento de duendes

Uno de los placeres más baratos, modestos y exquisitos es hablar con una mujer inteligente. Este placer me está enteramente vedado por las santas reglas, que ordenan taxativamente evitar con las mujeres toda conversación larga, sobre todo "de cosas inútiles y vanas". Pero no se puede decir que la "Obra Protección a los Pobres Santa Teresa de Jesús", de la cual soy asesor eclesiástico, sea del todo inútil y vana, por más que el asilo que sostiene tenga solamente ocho huerfanitas; y yo no tengo la culpa si la secretaria-tesorera de la Obra no sea càpaz de darme cuenta de los gastos y de la orden del día de la reunión mensual sin darme cuenta de todos los chismes de la vecindad —cuyo conocimiento, además, resulta. si no indispensable, al menos muy útil, tanto del punto de vista especulativo como del práctico—, entrecortados por trozos de la historia de su propia vida.

Su vida es sumamente llana; pero la manera de contarla es graciosa. *C'est le ton qui fait la musique.* Es soltera ya grande, es una admirable tía, vive con su madre anciana, hace copias a máquina y lecciones de piano, alquilan una casita que tienen y son inteligentemente pías. Yo anduve un tiempo buscándole un puesto de maestra. Acepté una invitación a un almuerzo en el Círculo Militar, donde iba Rothe, con la esperanza de que en la mitad de la comida el ministro preguntase en voz alta: "¿Quién necesita un puesto de maestra?", como hacían los sultanes de la Edad Media y don Hipólito Yrigoyen. Pero Rothe no dijo ni medio, y yo no me animé a atropellarlo. Un intelectual viejo y cansado no anda para esos trotes.

Alicia es demasiado pobre y demasiado valiosa espiritualmente para casarse ahora. Por mi consejo entró en un convento; fracasó en la infantilización psicológica que se considera necesaria para ser buena novicia, y salió del convento, esta vez no por mi consejo, sino —¿por qué no voy a decir la verdad?— echada por esas santas mujeres. Al ver que sabía todo lo que pasaba en la vecindad, yo la juzgué apta para monja; pero su dura juventud de huérfana pobre le había fraguado un carácter demasiado sólido para poderlo desmenuzar, moler y volver a remodelarlo de nuevo, como se considera necesario por el Derecho Canónico, por lo cual sólo dan buen resultado como religiosos los que entran cuando tienen ocho años y los conservan toda la vida. Pero si hubiese perseverado de monja, sin duda hubiera reformado a las Hermanas del Santo Sudario, no de grandes vicios que no tienen (al contrario), sino de una porción de ridiculeces que ningún hombre, sea obispo o confesor, les sacará jamás, a no ser una mujer. Pero todo esto es impertinente a esta extraordinaria historia; sólo lo traigo a cuento para encajar una coplita que hice una vez pensando en mi pobre tesorera-secretaria, tan pobre, tan apagada y tan enérgica y tan viva a ratos, cuando se enojaba:

"Fui solterita con honra.
Soy solterona con brío,
El que me quiso no quise
Y el que quise no me quiso".

Éste debe ser el resumen de su vida, por lo que yo barrunto. Un día quebranté yo la regla de no hablar de cosas vanas. en uno de esos largos silencios en que no ocurre nada que decir y hay que decir algo. Le dije:

—¿Por qué se viste siempre de ese color rojo azafrán?

Yo tenía la idea vaga de haberle visto docenas de vestidos, pero siempre el mismo color; aunque en esto no doy fe, porque para el asunto soy enteramente miope. Enrojeció un poco y me miró de un modo raro.

—¿Por qué me pregunta? ¿No me sienta bien?

—No —le dije yo, al rumbo.

—También usted se ha dado cuenta que me sienta muy mal?

—Sí —le dije más animado.

—¿Cómo se ha dado cuenta?

—No sé.

—¡Ah! —dijo con un suspiro—, entonces no tengo más remedio que contarle un gran secreto de mi vida. Me visto siempre del mismo color por una promesa que le hice a un difunto.

Yo comprendí que había metido la pata de algún modo, pero no sabía de cuál: había en la comisura de su boca una caída amarga, y una chispa de malicia en los ojos. Se acomodó en la dura silla, puso las dos manos sobre el charro tapete de la mesa, miró el despojado, desolado y horripilante ambiente de la sala de visitas del Seminario, y empezó a hablar con una voz pareja y rápida, casi como si estuviera leyendo:

—Venía yo de vuelta de Mar del Plata. En invierno, porque yo voy a Mar del Plata en invierno. Dos días, al casamiento de una sobrina. Uno de esos coches cárceles del Ferrocarril del Sud, la quintaesencia del aburrimiento y la prosa pura. Me había sentido extrañamente sola en el casamiento y ahora en el viaje era un colmo; nunca había sentido en mi vida tal sensación de soledad pura. También, yo no había dormido dos noches seguidas: una, preparando las cosas; otra, el baile. El coche estaba vacío. El cielo estaba nublado bajo, iba a llover; la pampa estaba mojada; las vacas parecías estatuas de la melancolía; empezó a llorar sin ruido ninguno el cielo... Y yo vi un fantasma.

—Falso. No hay fantasmas en la pampa. Hay fantasmas en los viejos castillos escoceses, y, en todo caso, en un rancho perdido en un bosque chaqueño. Además, no se puede ver un fantasma en un coche de primera del Ferrocarril del Sud. Hay fantasmas de homicidas. Pero no hay fantasmas de usureros.

—Es que no lo vi propiamente, pero, si me interrumpe, me hace perder el hilo. No lo vi propiamente, sino con el rabillo del ojo sentía que había una persona sentada en el asiento enfrente; cada vez que no lo miraba,

es decir, cuando miraba por la ventanilla. Cuando lo miraba de frente —era el asiento número 13— no había nadie. Sentía una profunda angustia sin causa. Quise concentrarme en un PARA TI viejo, en un modelito de vestido barato, que es éste que llevo ahora, que era el único que estaba al alcance de mi bolsillo; estudiar cómo podría armarlo yo mismo —un vestido tiene más ciencia de lo que ustedes los hombres creen—. Cerraba los ojos con el esfuerzo. De repente, oigo enfrente una voz clarita que me dice:

—Señorita, en organdí rojo azafrán le va a sentar muy bien. Si me permite, véame esta muestrita y dígame solamente qué le parece.

Comprendí que el fantasma se había *materializado*. Abrí los ojos y vi una gran nube de humo azul, como de tabaco, pero sin olor a tabaco —que no lo puedo sufrir—. En medio de ella, vi a un joven que me miraba con humilde cortesía. Lo vi como lo veo a usted ahora; mejor todavía.

—¿Lo vio bien claro o en medio de una nebulosidad? Eso es muy importante.

—Bien claro, pero irreal. Era un muchacho enteramente común, vulgar, ordinario; ni me acuerdo siquiera las facciones, creo que tenía labios raspados, cara colorada y pecosa, ojos chicos, y era más bien petiso. Tenía en la mano una muestra de género rico. Le confieso que no supe decir nada, me quedé fría. Entonces él me dijo, más o menos:

—Señorita, usted me va a disculpar, soy un fantasma, pero soy un fantasma decente. Estoy condenado a viajar, por toda la eternidad, en este coche y en este asiento número 13, hasta que una mujer me libere. ¿Usted conoce la leyenda del buque fantasma?

—No —le dije, y al mismo decirlo me acordé que la había leído justamente en ese PARA TI, hacía unos quince días.

—Bueno —dijo el muchacho vulgar—. Fue un holandés condenado a viajar eternamente hasta que una mujer consintiese en casarse con él, lo cual sucedió de hecho, según asegura Wagner, y el tipo fue libertado de su con-

dena, aunque la mujer murió; y así se acaba la ópera. Yo no pido a nadie que se case conmigo; qué voy a pedir yo, qué posición puedo ofrecer a nadie; no sirvo para nada, y encima soy tan delicado de gusto en cuestión mujeres, que no me gusta casi ninguna, además que no me animo a hablarles. Aquí se trata de una cosa más sencilla; perdóneme, señorita.

Su cara reflejaba una súplica tan viva, una desolación tan larga y profunda, una mirada de esas de perro apaleado, que no pude parar un movimiento de interés; quiero decir, adentro de mí. Me subió algo dentro del pecho El fantasma me lo leyó en la cara y empezó a contarme su historia.

Era viajante de comercio. Viajaba con otros tres viajantes en este mismo asiento. Los otros se estaban *mandando cada milanesa* (como se expresó él) acerca de las ventas que habían *realizado* y él sabía que *algo* habían vendido, cuando menos, y él no había vendido lo que se dice *nada*. Le entró una desesperación. No servía para el oficio de viajante. Él servía para escribir —escribi libros—, estaba seguro que servía para escribir, pero ninguno le había enseñado a escribir. Había hecho Bach hasta tercer año, y lo habían reventado; y después había estado desocupado años y años. Estuvo pupilo tres años en un Colegio de Irlandeses de San Jorge, Santa Fe. Era huérfano de madre, su padre era un irlandés, muy bueno pero de poca suerte; hijo único, lo había criado una tía bastante fiera de genio. Toda su vida, su soledad y su impotencia, le fue surgiendo a pedazos al oír la *milanesa* del gallego González, de los 116.000 pesos de implementos agrícolas que había *colocado*. Entonces le entró un furor repentino, el furor repentino de los tímidos, y rompiendo el silencio, maldijo su existencia, que es en el fondo como maldecir a Dios. Dijo así:

—¡Que me caiga muerto aquí mismo si no vendo algo antes de acabar este viaje si no vendo una pieza entera de género (*hacía* géneros), una pieza entera de este organdí rojo azafrán, la más inconvincente de mis muestras! ¡Juro al... (aquí nombró una cosa santa), que no bajaré de este tren antes de vender una pieza de organdí rojo!

El fantasma me repitió dos veces la maldición y después me dijo:

—¿Señorita, la *anoto* con una piecita de organdí rojo? ¡Una verdadera pichincha!

—Yo estaba enteramente absorta mirándole la cara, pues me parecía reconocer un cierto parecido con un muchacho que quiso casarse conmigo y lo rechacé porque no valía nada. No volví a saber de él, pero una amiga me dijo que andaba de viajante. En todo caso, estaba muy desfigurado. Le pregunté con cierto miedo:

—Por favor, ¿cuál es su nombre?

—No recuerdo. Los fantasmas no tienen nombre. Al morir, la memoria se queda en el cuerpo, el alma se lleva solamente el intelecto. ¿Querrá creer que no puedo leer el nombre de esta estación en que estamos? No recuerdo el nombre de la casa por quien viajaba. Lo único que recuerdo es mi maldición y el suceso que la siguió, es decir, mi muerte.

Apenas maldije el... (una cosa sagrada), sentí que había hecho mal y me arrepentí, pero ya estaba hecho. A lo mejor, son verdad las cosas que dicen los curas; por eso, lo más seguro es no meterse. Yo había perdido la fe al salir del Colegio Católico —o creo que adentro mismo—, pero perder la *irlandesidad* no era posible. Me arrinconé en este asiento, sin hacer caso del chichoneo bárbaro que siguió a mi maldición, hasta llegar a Témperley. Estaba furioso, tenía ganas de matar a alguno; en Témperley nos bajamos a tomar cerveza; yo me senté solo y de espaldas en un rincón: había media hora de paro.

Con perdón de usted, señorita, sé que estoy hablando a una dama: la cerveza de Témperley es muy buena... Cuando me quise acordar, el tren estaba en marcha; yo salgo corriendo, pego un salto, resbalo y me voy abajo las ruedas. No le puedo contar lo que sentí. El caso es que, un minuto después de bandear el horrible embudo de la muerte, me encontré sentado en este asiento, mirando tranquilamente mis restos mortales (¡qué porquería!) rodeados de un montón de gente, y al sargento del pueblo que venía a todo rebenque en un matungo rosillo. El tren salió de nuevo, porque había parado, y yo empecé a

cumplir mi condena, que consiste en viajar en este tren por toda la eternidad, solo y aburrido, hasta vender una pieza de este organdí rojo. ¿Se lo anoto, señorita?

A mí me pareció enteramente injusto el proceder del viajante: las ánimas del Purgatorio deberían dirigirse a las personas ricas; pero me acordé de esa creencia que hay en Salta, que Jesucristo baja al mundo a veces, y se presenta en una casa pidiendo de comer vestido de "linyera" y el que lo rechaza está perdido, o por lo menos pierde una ocasión magnífica de quedar bien con Dios. ¿No sería este tipo Jesucristo? Le miré la cara y casi me pongo a reír. No podía ser. Allí estaba con su muestrita en la mano, humilde, resignado, con una sonrisa nerviosa, como un cuzco que mueve la cola, justo como cuando *se me declaró* el otro; porque seguramente éste no era el *otro*, a no ser que el accidente lo hubiese desfigurado enteramente. Me dio ganas de comprarle no más la pieza, aunque era un disparate. Pero desde que fui novicia, yo soy prudente.

—¿Dónde está usted? ¿En el cielo o en el infierno? —le pregunté redondamente.

—El Sumo Juez no me *jujó* todavía —pronunció clarito *jujó*, tal cual pronunciaba el *otro*—, no me *jujó* todavía, porque estoy atado por mi maldición. Creo que nunca hice un pecado mortal formal y completo, por falta de alcances, o digamos, de tiempo; pero tampoco acaté a Dios del todo. Sin embargo, sufro mucho; me aburro, señorita, estoy solo. Siento dentro de mí todas plegadas y pegoteadas mis facultades, lo mismo que las sentía en vida, como una mariposa dentro de su crisálida, o mejor dicho, como una pieza de percal *engommé*, mojada y después secada al sol. ¡Maldito sea el bachillerato, la escuela normal y...! Pero, Dios mío, cuidado con maldecir de nuevo. Jamás hasta ahora me he atrevido a dirigirme a ninguna mujer; han pasado a docenas por aquí, señoras orondas, muchachitas sin cabeza, recién casadas pegajosas, viejas, jóvenes, la mar. Usted es la primera que le hablo; le vi una cara tan de buena, tan comprensiva, y al mismo tiempo, una expresión de soledad resignada, de paciencia infinita, como la mía. Entonces me

animé. Si me rechaza, ¿qué será de mí? He visto gruesas de mujeres y no he visto ninguna como usted. No le pido su vida ni su amor, como el holandés fantasma, sino solamente que me haga un éxito en mi oficio una vez en la vida, que me anote un pedido –y de eso depende la salvación de mi alma . . .

Parecía haber una súplica suprema en su voz, por otra parte tan incolora; pero al tenderme otra vez la muestra, me rozó la mano, y yo noté que, aunque fríos, sus dedos eran reales. En vez de Jesucristo, el tipo a lo mejor era un vulgar ratero. Estábamos solos. Su mirada mansina me acosaba. Le pregunté, para ganar tiempo:

–¿Qué precio tiene?

–Para usted, señorita, le haré un precio especial: 72,50 pesos la pieza. Le aseguro formalmente que en plaza usted no consigue el mismo artículo por menos de 80 pesos. Es un negocio seguro, señorita, se puede hacer cuatro vestidos que le sentarán muy –pero– muy bien, y en todo caso, revender el resto con una ganancia de 40 ó 50 centavos el metro. Eso sí, me va a tener que hacer confianza a mí. En eso está la gracia del negocio, y su acto de fe y de caridad. No tengo ningún comprobante. todos se quedaron en mis *restos mortales*. No me acuerdo ni de mi nombre; lo único que conservo es esta muestra y esta nota de pedido que tenía en la mano cuando me atropelló el tren. Usted tiene que firmarla sin leerla, ya está llenada: la llené en la mesita de la cervecería, por eso se me escapó el tren. Y bueno. ¿Marchamos o no marchamos, señorita? Allí tiene su pluma: ¡firme, pague y habrá hecho un negocio seco que no lo olvidará en su vida! Habrá hecho un bien.

Inconscientemente, yo había sacado la cartera; tenía adentro solamente 80 pesos y estábamos a mitad de mes. Era un disparate por todos los costados. Cada vez que gasto un solo peso en trapos, me parece que se lo robo a mi madre. Además, el fantasma ése, si no era un cuentero del tío, podía ser el mismo demonio. En todas las historias de la Edad Media, los hombres firman cédulas sin leerlas que el diablo les muestra prometiéndoles suerte. Y éste me estaba prometiendo suerte, y me dijo una cosa de

astucia realmente diabólica. Me dijo el único piropo inteligente que me han hecho en mi vida.

—Señorita, usted no parece linda, pero tiene una belleza secreta que aparece sólo cuando usted se anima, se enoja o se entusiasma. Usted tiene labios raspados, cara colorada y pecosa, ojos chicos y es más bien petisa; pero cuando usted se conmueve, cuando se siente querida, o al menos atendida, brota un espíritu de adentro que la transfigura: se le cambia el rostro, parece un ángel lleno de dignidad y de gracia reprimida. Con el organdí rojo azafrán parecerá Fanüel el Ángel del Buen Consejo.

Yo digo que esto fue diabólico, porque, apenas lo dijo, le firmé la boleta. Pero estaba segura que no era el diablo; el diablo miente, y éste decía la verdad; y además, ¿qué me pedía, al fin y al cabo? ¿Me pedía mi alma? Solamente mi plata. Pero yo creo que en el fondo me pedía también mi alma. La cuestión es que firmé: es muy posible que se la haya dado. Al levantar la cabeza, no estaba más allí; mi cartera había desaparecido; me quedé boquiabierta, y entonces, una ráfaga de viento y un sacudón, me arrebatan el papel de la mano y lo sacan por la ventanilla. Temblé toda, y noté que el tren había frenado y toda la gente había bajado en Constitución: yo era la última. Busqué la cartera y no estaba. No había ni changadores; me tuve que bajar toda la maleta sola, que era muy pesada. Pero entonces, sucedió la última de las cosas raras, y fue ésta: la maleta se alivianó de golpe, sentí el roce de una cosa fría en mi mano. Yo la llevaba de una manija, parecía que otra mano la llevaba de la otra —y ahora estaba yo bien despierta—. Sin embargo, sentía la maleta livianita y una alegría extraña y tranquila de sentir que alguien me ayudaba, me acompañaba. Cuando subí al tranvía, cesó de golpe la ayuda, la maleta pesó de nuevo, y yo me puse a lagrimear como una idiota.

—El fantasma no las va con la Corporación de Transportes —le dije—, que es capaz de dejarlo más fantasma que antes. Señorita secretaria, son las siete, y tengo que rezar el breviario. No se duerma más en el tren, si no quiere que le roben la cartera. En cuanto a la interpretación del sueño que tuvo, es clara como la luz del día;

pero el LEVÍTICO, Capítulo XIX, Versículo 26, prohíbe interpretar los sueños. Léame esa carta de la Intendencia y nos vamos.

—Solamente que este organdí no es sueño —dijo ella muy templada—. Todavía no le dije lo que pasó al otro día, que fue la última cosa rara en esta verdadera historia de duendes.

—¿No me dijo que la última fue la maleta?

—Me equivoqué —dijo ella—. La última fue al otro día. Un repartidor de Albion House llamó a casa y le dejó a la muchacha —yo estaba dando clase— una gran pieza de organdí rojo azafrán con una etiqueta de *Pagado* y siete pesos cincuenta de vuelto con mi cartera. ¿Qué me dice usted de eso, padre?

—Léame el borrador de la carta —le dije.

La secretaria me miró sin obedecer. Estaba enrojecida, transfigurada, parecía un gran ángel lleno de fuerza y de suavidad, lleno de vida comprimida. No parecía ella. Del organdí rojo azafrán salían la cabeza, el cuello y las dos manos, como una fruta maravillosa de una cáscara rubicunda.

. *"Cúmpleme el honor de dirigirme a ustedes, señor Intendente y H. Consejo, en primer lugar para saludarlos y agradecerles la benéfica voluntad con que han mirado siempre nuestra laudable obra de protección al pobre, Santa Teresa de Jesús, solicitando respetuosamente por mi intermedio, en nombre de la señora Presidenta y demás* miembras *de la Comisión Directiva, la exención del pago de Derechos del Impuesto a las diversiones públicas para el local del Cine Belgrano (Curapaligüe 35), donde se verificará, como Usía sabe, el festival en beneficio de nuestra laudable obra, aprobado por nuestras venerables autoridades diocesanas, al cual desde ya tenemos el honor y el placer de invitar a su Excelencia.*

Con nuestra consideración más distinguida..." etcétera.

—Está bien —le dije yo—. Pero borre *miembras* y ponga *miembros*. Es más conforme con el uso de la lengua latina.

La secretaria borró, guardó el papel, se levantó, me dio la mano, y dijo:

—Y por eso es que, aunque tengo muchos vestidos. siempre los hago con organdí azafrán. Me dura todavía la pieza.

Yo la miré de nuevo y me di cuenta de dos o tres cosas increíbles; es decir, lo increíble es no haberme dado cuenta antes, años y años manejando a esta buena mujercita como una maquinita. La primera es que me debía estar titeando amablemente. La segunda que tenía una imaginación portentosa y hubiese podido escribir cuentos muy bien, si le hubieran enseñado, y la tercera es la más asombrosa de todas, dada mi absoluta ignorancia de la mujer y de todo lo femenino en general.

El color rojo azafrán le sentaba espléndido.

El duelo

"La vida interior, y especialmente la vida del amor, de la religión y de la aventura espiritual son el campo de la alegoría; porque existen allí cosas impalpables que sólo la alegoría puede fijar y reservar que sólo supera la alegoría. El arte de leer y escribir alegoría necesita ser restaurado en este tiempo...".

C. S. Lewis

1

—¿De modo que en este particular usted siente como yo?

—Sí —le dije.

—¿Que una vida sin honra no es vida?

—No lo es.

—Gracias —me dijo el conde—; y levantó casi mi mano hasta sus labios, como se hace con una dama.

Su gesto me produjo un fastidio extraordinario. ¿Se creería este hombre que iba a poder demorarse en mi casa hasta la noche, haciéndome preguntas de alta ceremonia? Arrojé una mirada furiosa sobre las copas de champaña, las botellas, las flores, las actas que estaban sobre la mesa, fresca aún la tinta de los padrinos y testigos y después posé la vista, lleno de perplejidad, en mi fenomenal adversario, tieso en su monstruosa amabilidad. Me quedaban quince horas antes de volver a encontrarme con él, esta vez sin amabilidad, aunque con la misma caballeresca etiqueta. Y yo necesitaba, en ese tiempo, concurrir a toda costa al té danzante de la princesa Sergi-Molocchi, que me había prometido presentarme *un encanto*; después hacer mi testamento y ver al único amigo que me quedaba en Roma; después, proveer a mis sirvientes y escribir dos o tres cartas a Buenos Aires, y por último, dormir lo menos seis horas, para tener a las ocho del día siguiente los nervios firmes. No es que me importara mucho morir, pero me importaba no hacer un mal papel, sobre todo delante de aquella caricatura desa-

forada del honor, que parecía escapado de un drama de Calderón.

El conde Budenyi se inclinó de nuevo a lo cortesano, y me volvió a dirigir la palabra con circunspección:

—¿Sabe usted qué significa lo que hemos firmado: quince pasos, pistolas Montecristo, fuego a la primera palmada?

—Perfectamente: la muerte para uno de los dos, quizá para ambos.

—Y sabiendo eso, ¿persiste en afirmar que no cree en la inmortalidad del alma?

—Persisto.

El conde se inclinó de nuevo, creí que iba a tomarme otra vez la mano, levantó una pistola, la apoyó en su sien y armó el gatillo. Sólo mi agilidad de esgrimista pudo impedir, en un manotón demente, que el aristócrata húngaro se volase los sesos. ¡En mi casa! ¡Para que todo el mundo dijese al día siguiente que yo lo había asesinado!

—Conde, ¿ésa es su honra? ¿Intenta usted enviarme villanamente a la cárcel?

El conde respondió con vehemencia:

—Comprenda usted que la declaración de su incredulidad en la vida eterna, formulada al despedirse nuestros padrinos, me pone en la imposibilidad de batirme con usted, y por tanto, en la necesidad moral del suicidio. Un Budenyi no vive sin honra, y un Budenyi no se bate con ventaja. Yo creo que el alma es inmortal. Usted cree que no existe más que esta vida; por lo tanto, para usted esta vida tiene un valor infinito, para mí es un sueño y una pesadilla. El duelo es desigual, porque ponemos en la balanza pesos desparejos: usted lo pone todo, yo pongo casi nada; usted pone una corona de rey, yo pongo un andrajo. En consecuencia, usted estará mañana nervioso, yo estaré más sereno que un mármol. Los Budenyi no siendo asesinos, si usted no cree en la inmortalidad del alma, no me queda alternativa sino el suicidio.

Perfectamente propio de él, el *dandy* inverosímil y el refinado excéntrico. Aparté con rabia del alcance de sus manos la caja de pistolas y lo miré con furor, la larga

cara pálida, los ojos ardientes, el talle cenceño y flexible. Lo estaba viendo ya muerto sobre la nieve, con la cabeza en un charco rojo. Entonces me di cuenta por qué lo odiaba con toda el alma y lo había odiado siempre: es que era parecido a mí, un ser caprichoso, orgulloso, explosivo, terco y fantástico: hasta su físico era parecido al mío. Y sin embargo, las cosas parecidas se aman; pero había una desigualdad fundamental, en el fondo de nuestro *yo*, que era un enigma para mí, pero que la sentía con todo mi ser en forma de náusea de muerte. No podíamos existir los dos sobre la tierra, era para mí como la esencia metafísica de la cochura, el no ser y el mal. Las ofensas que nos habíamos hecho desde que nos conocimos, no significaban nada; mi última ofensa que él reputó agravio de tirar el guante, era una fruslería infantil, una broma estúpida. Éramos como dos electros de signo contrario. Lo sentí con todo el tuétano de mis entrañas en el instante en que él pronunció, picando las sílabas, la conclusión de su monólogo:

—Si usted no cree en la vida eterna, la única alternativa es el suicidio.

—Hay otra alternativa —le dije sonriendo ferozmente.

—¿Cuál?

—Que de aquí a mañana, yo adquiera la fe en la inmortalidad del alma.

Fue casi un grito de júbilo.

—¿Me lo promete usted?

—Le prometo que haré cuanto esté de mi parte. Si usted deja esas pistolas. Y se va a dormir.

—Eso me basta —dijo—. *"Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam"*. ¡Ojalá! No puedo matarlo antes que usted crea en la inmortalidad, en el cielo, en el infierno. En cuanto al método, respetaré su iniciativa. Me permito, empero, recomendarle lo siguiente: no lea el PHÁIDON de Platon, es mucho vericueto. Vaya derecho al KEMPIS, y después, si acaso, al NUEVO TESTAMENTO.

Me eché a reír alegremente:

¡Los libros no son para mí! Bien lo saben los jesuitas de Frascati que quisieron instruirme. Lo que a mí no me enseña la vida, no me lo enseña nadie. Tengo mi pro-

pio método. Iré a ver a un viejo eremita que se ocupa de alquimia, el monje más extraordinario que existe, que una vez arranqué de manos de bandidos y me juró que ponía su alma por la mía. Si ése no es capaz de hacerme creer en el alma, es que el alma no existe...

El conde había salido con un portazo, musitando entre dientes con terrible amargura la palabra: "¿Dormir?".

2

El *petit-hotel* de la princesa Sergi-Molocchi tenía la última novedad en la Roma de aquel tiempo: un ascensor eléctrico. Cuando llegué al vestíbulo, ardiente de barrocos arabescos dorados, el lacayo había desaparecido; oí el ruido confuso de los invitados, y todo de un golpe, traspasando el rumor como una espada, un chillido agudo como de un ave cazada por el gavilán, arriba.

Comprendí que una invitada inexperta se había trancado con el ascensor y estaba suspendida; y le grité, burlonamente:

—Apriete la tecla roja, abajo de todas.

Lo que vi primero adentro de la reja descendente, me pareció una especie de oso arrebujado en pieles blancas; pero cuando entré en la caja eléctrica, me sorprendió la aparición más celestial que pueda soñar un santo. Era una niña jovencita de una hermosura extraordinaria, que balbuceaba excusas y risas en un mal italiano delicioso... Nunca había visto aquello; se arriesgó de curiosa; en la mitad del ascenso saltó una chispa... ¡ecco!

La llevé de la mano al salón, donde salía ya una marejada de dulce música, y la princesa nos vino al encuentro, sonriendo:

—Tengo el gusto de presentar a usted...

—No, princesa —le dije—. El ascensor nos ha presentado. Su nombre es Encanto. Y el mío, ella lo ha visto en los periódicos y me ha reconocido. La primera danza, *Signorina Incantésimo di Primavera*, y todas las otras danzas de la noche... para mí.

Tenía espanto que la princesa hubiese roto el encanto pronunciando uno de esos horribles nombres italianos como Buffarini o Pistacchioni, o peor aún, esos nombres eslavos con muchas erres; puesto que, sin duda, era eslava; esos grandes ojos verdes ligeramente bridados. La reina de las hadas habló como un címbalo de plata:

—No sé danzar. *Posso appena walzare un pocchino.*

—El primero y el último vals —le dije.

—¡*Soverchiatore!* —me dijo la pincesa, golpeándome el hombro con el abanico—. ¿Y la dueña de casa?

Yo la estaba cortejando; pero aquella noche, todo desapareció delante de la hechicera rusa. Será que la proximidad de la muerte condensa las fuerzas del hombre, o el flujo melifluo de los dulces violines de Viena, o las dos copas de champaña en mi casa... pero aquello fue en mí una embriaguez y un delirio; yo, tan sereno siempre con las mujeres. Valsaba bien, con una graciosa *gaucherie* que la hacía apoyarse en mí exquisitamente. Eran los siete círculos del Empíreo, el rapto a una región diferente donde yo me sentía otro, llevado por una dulce e irresistible fuerza sonambúlica. Antes de darme cuenta de lo que hacía, estaba balbuceando como un niño y como un desesperado las más absurdas y poéticas declaraciones de amor. El amor liberta en nosotros una nueva potencia de expresión; todo amor, pero sobre todo los amores altos. Yo me había enamorado muchas veces, pero no creía en la existencia de lo que llaman *el flechazo*. Ella me contestaba no sé qué; oía solamente la melodía melosa de su voz, que me golpeaba el pecho como un martillo. Al cabo empezó a ponerse pálida y sus ojos se alzaron hacia mí suplicantes. La llevé fuera del vasto salón disfrazado de jardín y nos sentamos junto a un colosal helecho, que parecía un árbol. Tomé su manita, increíblemente pequeña. Entonces empecé a entender sus palabras. Me contaba su vida, trozos de recuerdos de infancia, mezclados con intentos virginalmente inhábiles de expresar cariño, frases de heroínas de Carolina Invernizio mechadas de gritos inarticulados del corazón inefablemente poderosos. Sabía todas mis hazañas, las cuales solamente en ese momento empezaron a parecerme hazañas. Al fin, se volvió hacia

mí, como una rosa después de la lluvia al primer rayo de sol se abre llena de rocío, así su rostro encendido, lleno de lágrimas, me dijo que sí. Hablamos horas enteras y fue como un minuto. Nuestras dos vidas, embellecidas y recamadas, salían de nuestros labios, todo, todo, y se mezclaban como dos arroyos de luz y fuego. Si no hubiese caído la princesa a interrumpir, allí me hubiese encontrado absorto la hora de mi desafío.

—¡El último vals! —dijo la arrogante Juno de mármol—. ¡Oh, Delrrey! antes de arrojarse de nuevo al vórtice (sonrió) deseo que me escuche dos palabras razonables, asunto serio. Serénese y venga aparte; perdón, siñorina ... Necesito que mañana a las 20 cene en palacio ...

—Si vivo, estoy a sus órdenes, Serenísima.

—Vivo o muerto. Tengo que agasajar, encargo del rey, a un embajador de allá de su tierra, donde tienen tanto café. Un embajador color café, ventrudo; me hace reír, no entiendo su lengua; temo mucho de mi insolencia romana si usted no está presente ...

—Si vivo, princesa, mañana a las 20 ...

—Entonces, es seguro. Nunca lo he visto tan vivo como hoy. Hoy almacenó usted vida para mil años, para siempre, ganó la inmortalidad. Tiene usted el rostro como un horno de fuego y más lucio que un lechón asado. ¡Ah, *birbone!* ¿Qué ve en esa muñeca muerta que su padre ha tenido siempre reclusa? ¿A un hombre como usted le gusta la hija del conde Budenyi? Es una palomita fofa, es una novicia insípida caída del nido ...

3

Sentí el rayo caer, no delante de mí, sino en mi cabeza misma, aniquilándome desde la coronilla hasta la planta de los pies. ¿Eso querían decir los vagamente recordados ojos verdes, la talla alta y esbelta, la boquita reventada en sangre de claveles? ¡Hija del conde! ¡Oh, Dios, Dios! Atravesé el salón tambaleando como un ciego, y llamé el ascensor para huir, huir, huir, perderme en la nieve y en la noche. Pero una manita como un nardo blanco

se posó imperiosa en mi brazo, y la voz que era un dardo dijo:

—¿Y el último vals, caballero?

Estaba encendida como una rosa; había cruzado el salón casi corriendo en pos mío. Me dejé enlazar como un muerto. Ella era la que me conducía ahora. Mi cabeza era una tempestad de horrores, el viento frío del polo bramando sobre la estepa desolada. Por culpa mía, dentro de unas horas aquella criatura celeste habría perdido su esposo por mano de su padre (porque ya éramos esposos en el alma) o su padre por la mano parricida de su infernal esposo. Es decir, aniquilada para toda la vida, cuerpo y alma y salvación eterna. Eso era el infierno, así podía ser el infierno; eso era desdicha infinita, diabólica, incomprensible: de un solo golpe había sido arrancado yo hasta el cielo del frívolo carrusel de mi imbécil vida, tenía ya por qué vivir; y de un solo golpe era hundido en el más profundo báratro, peor que la muerte: no yo, sino mi razón de ser y lo que amaba más que yo, aquella inocente cosa de cielo, que en aquel instante me preguntaba azorada:

—¿Se siente mal? ¿Te sientes mal?

Me arrastró a la sombra del helecho, mirando con sus ojos asustados la muerte en los míos. La princesa venía otra vez, con su paso ondulante, sonriendo hacia nosotros. En ese instante, una gran mariposa color púrpura hizo una voltereta loca y cayó en el quinqué; y mi compañerita, mujer al fin y por tanto disimulada, fingió quererla salvar, ocultó la cara y clamó:

—Oh, pobrecita, se quema; sálvenmela, sálvenmela.

La recogí en mi pañuelo de seda, pero ya estaban quemadas las alas.

—Oh, pobrecita, oh pobrecita; pobre cosita de seda, cómo sufre.

Entonces, una gran oleada, como de sangre amarga, me subió a la boca, y dije:

—Así es la vida del hombre, desdichada y absurda. Revoloteamos como locos, y si vemos un día una gran luz, es para perecer en ella, atrozmente abrasados, y desaparecer como polvo en la Nada.

—¡Oh, no! —gritó ella cubriendo sus ojos—. No en la Nada. ¿No cree usted en el alma?

—No —le dije como un energúmeno—. Si creyera sería el más desdichado de los hombres; y no creyéndolo, soy eso mismo.

—¡Qué horror! ¿No cree usted en la inmortalidad?

—No creo.

—¿No cree en Dios ni en nada?

—Creo solamente en el Amor, el cual tiene este nombre: Muerte.

Su cara emblanqueció, sus labios murmuraron el nombre de Dios y cerráronse sus ojos. Arrojé a tierra el pañuelo y salí como un loco. No quise volver la cabeza, de miedo de encontrarla muerta.

4

Mi amigo el monje vivía en la catacumba de San Clemente. Sabía que lo encontraría de noche, a cualquier hora; sus continuos insomnios le habían valido el cargo de yaniculario nocturno. Conservaba yo en el bolsillo el pergamino que me había dado hacía tantos años: "*Su alma por la mía. Si algún día está al borde del abismo, acuérdese de mí*". Olvidado de mi abrigo y de mi coche, el frío intenso de la nieve helada me volvió a mí mismo, y serenó mis pensamientos. Era peor así. Una tristeza inmensa incubaba como un ave de tinieblas el montón de ruinas del desastre de mi dicha, presentida y rota. Puse a mi amigo al tanto de todo.

Empezó a temblar como un perlático cuando nombré al conde Budenyi. Me había dicho que tenía pulmonía, que estaba con fiebre y que tenía que salir con urgencia a confesar una moribunda; pero al oír *Budenyi*, se quedó hipnotizado. Otra vez el fenómeno extraño de aquella noche; la cetrina y esquelética cara del monje, y al lado, otra cara invisible, igual y diferente, que yo había visto, ¿dónde? Pero eran cosas de mis nervios. Al acabar mi relato, el eremita se había serenado; se puso de pie, alto como una lanza, y levantando los brazos

al cielo, empezó a salmodiar una cosa en latín, que no sé si era loa de Dios, maldición o acción de gracias. Al fin me dijo:

—Su alma se puede salvar, pero hay que jugar el todo por el todo. Romper el desafío sería peor todavía, ni lo hará usted, ¿verdad?, siendo un incrédulo y un hombre de honor. Ni hay tiempo para eso tampoco. Podríamos tentar un golpe supremo. No sé si usted se atreverá a hacerlo; es más difícil que morir como un bruto, o matar a tiros a otro. Rozamos el sacrilegio.

—Haré lo que usted me diga —afirmé.

—Estaba decidiendo, al llegar usted, si iría o no iría al llamado de la moribunda; que está en este papel. Hace años que lo esperaba, y ahora mi corazón desfallece, ante el temor del juicio de Dios que está cerca. Pero Dios, al enviarte aquí, me quitó el peligro de optar. Irás tú a confesar a la moribunda; y si ante lo que veas no crees en la inmortalidad del alma, estás perdido para siempre.

—¿Cómo he de confesar yo?

—Habría que hacer una ficción —dijo el febriciente monje.

En efecto, me espeluzné ante el prospecto de mentir en asunto tan serio. Constitucionalmente me nausea la mentira. Prescindiendo de si hay Dios o no, mi santa madre me infundió un horror tan grande a la falsía —con una paliza memorable que me propinó a los siete años—, que soy físicamente incapaz de fingir.

—¿Cómo quiere que le mienta a una mujer moribunda?

—No he dicho mentir —dijo el monje—. Basta representar. Hablarás en nombre de la Iglesia, como quien repitiera las palabras de un gran sabio, sin comprenderlas ni aun creerlas. Si puedes, te callarás; es lo mejor. Pero si has de hablar, dirás las cosas que decimos nosotros, sin creerlas ni dejar de creerlas, como hace un actor: como hizo San Gil de Roma, *Sanctus Egidius Romanus*. El gran patrono de los histriones, por burlarse de los cristianos imitó en el teatro un bautismo; y como dijo recta-

mente la fórmula, el bautismo fue válido, apareció una paloma de fuego, el otro se levantó gritando: "*Soy cristiano*" y fue trucidado por el populacho; y San Gil se retiró al desierto y fue un gran anacoreta.

—Las Vidas de Santos que usted lee, padre —le dije—, lo mismo que los ejemplos del padre Rodríguez que nos leían los jesuitas en el refectorio, son excelentes novelas católicas. Pero eso de que sea lindo fingir, si me lo dijera un jesuita... ¡pero un barnabita!

—Entiéndame! Dios es un *actor* —contestó el extraño monje—, un *actor-creador*, según está escrito en el libro de la Sapiencia, "*ludens in orbe terrarum*". La creación es una comedia divina. Dios se hizo el débil, se hizo el impotente, se hizo niño, se hizo el muerto por puro gusto de hacerse el hombre: "*ludens in orbe terrarum*". ¿Y qué dice Clemente Alejandrino? —gritó el monje, golpeando febrilmente un gran libro en griego—. ¿Crees que mi teología proviene de la Leyenda Aurea? San Clemente dice que Cristo fue un *actor* sublime: *Yiós Theoú, Theoú Mimós.*

—¿Y qué saldrá de eso?

—No lo sé. Yo me arriesgo. Es mi duelo. Corro gran peligro. Ninguno de mis cofrades se atrevería a autorizarme esto, y si lo saben, me condenarán a coro. Dirán que por amor de la oveja que está fuera, arriesgué la perdición de mi alma y la de todo el redil.

—¿Y no dice el Evangelio que así, justamente, procede el buen pastor?

—En tiempo del Evangelio no había Derecho Canónico ni Canónigos Regulares de San Bernabé. Hay una excomunión mayor *ferendae sententiae* al que preste sus hábitos en orden a la ficción de un sacramento.

Me indicó un juego de hábitos nuevos, que se estaba cambiando al entrar yo, y me ordenó mientras yo me revestía:

—Cúbrase con la capucha toda la cara. Desfigure la voz. No se extrañe de nada que pase, por raro que sea. ¿Sabe la fórmula de absolver?

—Me enseñaron latín en Mondragone —dije riendo—, y eso era lo primero que preleía el Maestro de Infima Gramática.

—Y sobre todo, recuerde esto —dijo el extraño monje—: *¡cuando esté allá, no beba nada!*

5

Ascendí medio a ciegas el estrecho corredor subterráneo de la portería al templo. "¡Extraño monje, extraño monje!". En el pórtico me aguardaban las sombras de dos hombres. "—¿Es el sacerdote que va a confesar la enferma?". Apenas respondí, cayó sobre mi cabeza, amordazándome, un manto de terciopelo, me ligaron brutalmente las manos y sentí un caño en la nuca. "*Si resiste, muere; si se queda quieto, no recibirá daño alguno, al contrario.*" Me arrojaron, ciego, en un almohadón y partimos volando al ruido de ocho cascos sobre la nieve. Me parecieron horas enteras: no estaba acostumbrado a ser tratado como un cura. Me sentí bajar por otro patinillo descendente y sentar bruscamente en un escabel frailero. Una voz ruda barbotó: "*Rece un Pater y después levante la venda*", cortando al mismo tiempo las manillas. Cuando levanté el ferreruelo, me encontré dentro de una especie de noche pesada y mohosa con reflejos de oro. Parecía como una gran caverna con estalactitas que centellaban al tenue fulgor de un veloncillo ardiendo a mi lado, frente a un gran crucifijo. No era un cuarto civilizado (¡eso seguro!), era una especie de espelunca. Un frufrú de vestidos me rozó y una mujer se ahinojó en un reclinatorio a mi lado. La miré, y no di un grito porque me paralizó el asombro y además, hacía un rato que creía estar soñando. Era Encanto de Primavera, la hija del conde Budenyi.

—¿Padre?

—¿Sí?

—Yo soy la moribunda que tiene que confesar.

Miré su rostro fino, rosado y cérico.

—Aunque me ve en pie y tan sana, me quedan pocas horas de vida. Mi padre, que sabe mucho de medicina y de todo, me lo ha asegurado. Mi madre murió del corazón; yo tengo una cosa que mi padre llama enfisema cardíaco. Padre, me confesé hace una semana en los Servitas; cada semana me confieso, no necesito confesarme ahora, no he hecho en mi vida ningún pecado grave; pero tengo ahora una gran tentación de desesperación. Me he enamorado de un hombre, y creo que lo amo más que a Dios. Padre, ¿me oye?

Yo la oía con la vena del corazón de la cual depende la vida. Me constaba que el conde Budenyi no sabía nada de medicina, y este ángel que me hablaba era incapaz de mentir. ¿Qué farsa siniestra era aquélla? ¿Su padre la engañaba? ¡Dios! Yo tenía que averiguar aquello.

—Padre, mi padre me mandó hoy a mi primer baile. Había un mozo que yo conocía por los diarios. Me encontró en el ascensor. Se rompió una cosa en mí y entró algo inmenso en mí solamente al verlo. Es un rey, padre, un césar, un príncipe. Es un loco, un aventurero, un *gaucho*, como dicen allá en su tierra. Una vez salvó un fraile y unas monjas de manos de una gavilla de bandidos. Otra vez, bajó en un avión sobre una montaña riscosa para salvar de la muerte, como un águila, a un amigo que estaban por asesinar unos traidores. Otra vez, se presentó a una audiencia del rey de Italia en mangas de camisa y botas, y con unas —un arma que ellos tienen— una boleadoras al cinto. Apenas lo vi, lo reconocí y lo amé. Era él, me había sido prometido por las hadas. Yo no sabía todavía mi muerte... Y bien, padre, no cree en nada. No cree en el alma, no cree en la vida del alma, no cree en la infinitud del alma. Me dijo que no creía en la inmortalidad con un acento tan horroroso, que su horror entró en mí y yo también, de golpe, dejé de creer. Y ahora, al saber que yo he muerto, se endurecerá en su desesperación; y yo también me pierdo, padre... Padre, es menester que usted me asegure que el alma es eterna y después vaya a él y lo haga creer. Si él se condena para siempre, yo tengo miedo que no podré aguantar el cielo; y eso sería contra el amor de Dios. Mi madre me crió en mucha re-

ligión, y yo he amado asiduamente a Dios desde mi niñez; y ahora viene este otro amor y arrolla con todo... Padre, usted que ha leído todos los libros, ¿es seguro, de veras, que el alma es inmortal?

—¡Es seguro! —contesté; y al decirlo en nombre de la Iglesia, sentí que esa creencia se afianzó para siempre en mí.

—¿Usted se lo dirá a él?

—Se lo diré.

—¿Lo conoce a él?

—Lo conozco.

—¿Lo creerá él?

—Lo cree ya —dije con tanta fuerza que el precioso rostro junto al mío volvió súbito hacia mi capucha negra su delicada matez de nácar. Pero cuando me iba a reconocer la niña, y yo a traicionar mi promesa de secreto, abrióse una puerta, se encendió un raudal de luz, y entró a grandes trancos el conde Budenyi.

6

Lo que creyera caverna era un cuarto ornamentado de la manera más increíblemente abigarrada, con estuco, esmaltes y oro. Más chillón en los colores que la Gran Sinagoga de Roma, era más enmarañado que los bajorrelieves de un templo del Malabar. Un boscaje increíble de figuras devorándose unas a otras como un mangal; grifos, monstruos, ninfas, guirnaldas, encastes, acantos, triglifos, cintas, follajes, frutas, fauces de diablos, escorzos de cuerpos voluptuosos retorciéndose como Anfitrita entre las olas, corrían, subían, trepaban, se amontonaban, se entredevoraban en un prisma de colores de ebriedad y delirio. Mi compañera se había levantado y corrido a su padre. Yo parpadeaba como una lechuza.

—Y bien, reverendo —dijo el conde—, ¿ya terminó la confesión? Gracias. Mañana su convento no podrá quejarse de mí. ¿Le asombra mi capilla, verdad? Es obra de mi padre. ¿Era un gran artista o no?

—No —contesté secamente—. No me parece.

—Mi padre se suicidó —añadió inesperadamente el húngaro en tono voluble y feroz—. ¿De manera que no le parece un gran artista? Bien, bien. No discutiremos, padre mío. Le mostraré otro cuarto mejor, donde tendré el gusto de brindarle la obligada copa de Tokay, antes de enviarlo a su convento, ¡oh! atado de nuevo y vendado; es necesario, perdóneme, padre. Más atado que antes.

Había abierto una puerta invisible que resplandecía de esmalte verdemar, y entramos en otro cuarto que puso mi cabeza a punto de estallar como una bomba. La niña se colgó de él y dijo:

—Oh, padre, ten piedad de él, esto es terrible. Tú sabes que ni yo me he podido acostumbrar.

Este cuarto parecía un sarcófago, si el otro semejaba una floresta. Artesonados de caoba negra, con terciopelos y crespones, hachones y blasones de plata, grandes calaveras de marfil incrustadas en los casetones, y una selva de armaduras de oscuro acero pavonado, dentro de las cuales sostenían alabardas y partesanas grandes esqueletos sonrientes. Me estremecí de espanto y me pareció que mi cerebro desfallecía; pero la ira sorda contra el impertinente noble que siempre me hería con su sola presencia, me hizo alzar con altivez fingida la cabeza.

—Este cuarto es obra de mi tío —decíame—. ¿No le parece que fue un gran místico?

—¡No! —contesté altivamente—. Un loco.

El conde retrocedió y trastabilló como tocado por una estocada. La palabra había levantado en su alma un pavor recóndito. Vino hacia mí y me examinó con ojos como puñales. Barbotó:

—Era un gran místico. Huyó de aquí. Fue a Jerusalén. Se hizo fraile. Faltó largos años. Era toda mi esperanza. Hasta hace pocos días, por años enteros no tuve noticias de él. Y ahora mismo he tenido la última noticia. Entonces no hay que dudar más y todo ha terminado.

Comprendí que estaba ante un demente. Comprendí el irresistible horror que podecía siempre delante de sus ojos aristocráticos y viradores. Comprendí por qué

mi frase inofensiva en la comida de la embajada (*"Hágase, entonces, Fatebenefratelli"*), lo había ofendido a muerte. Los Fatebenefratelli de Roma cuidan de los locos. Comprendí, en fin, el origen de mi odio infrarracional contra el noble magiar, la sangre en el ojo al verlo; era el levantarse de la sangre nueva contra la sangre que debe morir. Otra vez vi en un relámpago su cadáver sobre la nieve, en un charco que crecía y crecía.

Disimulé. El conde había empezado a decir, lentamente, mirando al techo:

—Los Budenyi no somos de ayer, remontamos a Esteban el Grande... Una casta noble pero no dichosa... Mi tatarabuelo, el Gran Soldán de Czolsky, tenía placer en torturar a sus criados, los cuales, coligándose, una noche le dieron muerte, y fueron después pendidos. Mi bisabuelo dio muerte a su mujer y al menor de sus hijos, en un acceso de celos. Mi abuelo tenía el mal de Sodoma; desapareció un día para siempre; su mujer perdió la razón. Mi padre se suicidó. Mi tío tenía delirio místico. Yo he dado muerte a mi mujer a disgustos...

—¡Calla, padre! —gritó la niña corriendo a sus brazos—. No es verdad, no es verdad. Es imaginación tuya.

El gigantesco húngaro la rechazó, y me miró desafiante.

—Y bien —me dijo—. Esa sangre podrida, esa médula de infecto fango, esa maldición inexpiable en la misma semilla de la estirpe, ¿no es mejor extinguirla de una vez, y que deje de infestar el mundo?

—No —contesté resueltamente—. El alma es inmortal. No hay maldiciones inexpiables El Amor lo puede todo. Sólo el Amor nos salva.

Me miró con expresión indefinible en sus ojos verdes y empezó a ronronear como un gato.

—Esperaba esa respuesta —dijo—, que no se puede esperar otra de un reverendo. Bien. Brindemos al alma inmortal... y al Amor. Oh, hija mía, brindo a tus bodas que yo no veré, porque estaré muy lejos del lugar de las bodas. Te he amado como ningún hombre nacido, más allá de la muerte. Y usted, reverendo, sírvase también su copa de Tokay y partamos. ¡A dormir! Usted

está enfermo y yo estoy cansado, cansado de aguantar en mi alma un demonio inmundo.

Había tendido una copa a su hija, y me alcanzó la mía.

—¡A la inmortalidad del alma bebo! —dijo alzando la suya.

Mis labios apenas habían tocado el dulce líquido oscuro cuando esa palabra *¡Bebo!* me estremeció. ¿Dónde la había oído hace un momento? ¡Oh Dios! *"Cuando esté allá, no beba nada"*. Dejé caer el vaso que se trizó en el suelo y grité a la niña que bebía:

—¡Tira la copa, Amada! ¡Es la muerte!

Ella reconoció mi voz y me miró con tierno asombro. Pero el loco también la reconoció y saltó hacia mí como un tigre. Sin embargo, tal vez su manía del honor (o habrá creído que yo bebí) le impidió darme muerte en su casa. Sentí un mareo terrible. El fúnebre cuarto empezó a girar. Hice un supremo esfuerzo por mirar a mi prometida, y antes de que cesara el mundo para mí, la vi caer fulminada y a su padre corriendo con los brazos tendidos hacia ella.

7

Amanecí en una cama de la portería de mi hotel, donde me habían introducido sigilosamente los dos *bravi* del conde, no se sabe cómo.

Así pasó aquella noche de las noches, noche única de mi vida, noche oscura que yo esperara noche clara más que la alborada. No importa.

Me despertó mi servidor antes de tiempo para anunciarme que mi amigo el monje barnabita había muerto con mi nombre en sus labios, y que me esperaban con un coche tres caballeros. Me levanté perfectamente fresco, porque el líquido fatal apenas libado, en vez de matarme, produjo en mi cerebro un sueño reparador, seguido del fenómeno providencial de embotar para siempre en mi corazón la imagen de la Dulce Muerta, de mi Amor Infinito e Imposible, que de haber permane-

cido vívida me hubiese hecho la vida insoportable (y aun así sufro mucho a veces), porque es mucho peor que una vida sin honra... sin amor una vida. El tóxico del conde me produjo la amnesia del beleño. Los dos fueron borrados de mi vida.

A las ocho de la mañana concurrí al campo del honor. A las ocho de la noche cené en palacio con la princesa Sergi-Molocchi.

El hombre más malo del mundo

¿Pucha que sabe la gente,
la gente de este albardón,
qué gente que sabe cosas . . .
para cosas que no son?

1

He entrado hace un momento en el cuarto de mi mujer y he alzado a mi hijito menor. El gordito abrió los ojitos fastidiados de sueño, yo le hice la mueca habitual, me reconoció y me sonrió. Siempre tan risueño el pobrecito a pesar de todo. Mi mujer dormía hecha un montón bajo las ropas, como si se escondiera. Y bien, al salir del cuarto, todo desapareció de nuevo y me encontré como antes en esta terrible soledad, como solevado sobre el mundo. Es mejor que escriba mi testamento y acabe de una vez. Esto no tiene remedio. Los dos Imposibles me acosan como dos fieras y me arrojan uno al otro a cornadas. Y, sin embargo, mi alma está en paz, la tormenta ha pasado.

Voy a repetirlo, aunque sea para mí mismo, lo que es sabido de todos. Voy a resumir, tomándolo de los diarios más serios, el famoso proceso del Hombre más Malo del Mundo, y después voy a añadir un dato nuevo, un datito minúsculo, que nadie en el mundo sabe sino yo. Y después . . .

2

Al final de la guerra más grande del mundo, le cupo en suerte a mi pequeño país, que se había mantenido alejado de la contienda, ser la sede del tribunal que juzgó y condenó al culpable de la guerra. Mi pequeño país,

adormilado hasta entonces en su tranquila misión pastoril de ser el granero y el saladero del mundo, vivió horas de convulsa intensidad, hecho el blanco de las miradas del Universo, y asiento del acontecimiento sin duda alguna más grande que registra la Historia. Fue la recompensa de haber restituido la normalidad constitucional. Por lo menos una vez en el mundo, por primera vez en la Historia, se había llegado a identificar al culpable de los males del Universo y a castigar su culpa; aunque para mí todos los tormentos del mundo eran poco para tal malvado, comparados con los que él hizo sufrir a tantos inocentes. Y a mi país le tocó esa honra.

Todos hemos vivido esos días febriles, desde que la misión Skolampadt desembarcó del majestuoso acorazado *Nautílocus* escoltado por toda una flota en el puerto de la Capital, hasta el cadalso de la calle General Díaz. Esos días febriles en que los diarios, la radio y el cine, suspendieron todas las almas con noticias minuto a minuto más sensacionales no me perdonaron tampoco a mí, modesto artista, ni a mi mujer ni a mis hijos, que las seguimos como todo el mundo. Cerré el taller, como todo el mundo, pero no me lancé a la calle; y eso fue una suerte, porque me ahorró el mezclarme en los excesos en que incurrió la turba, en lo cual al menos tengo la conciencia tranquila. El amago de ataque cerebral de mi mujer, me retuvo en casa. El médico no vino en todo el tiempo más que una sola vez; arrastrado por el entusiasmo de todos no estaba para visitas. Ni yo ni nadie para trabajar.

Mi vida ha sido una vida de trabajo y en eso se confunde con los millones de artesanos de esta inmensa urbe. Lo que nadie sabe es que mi trabajo ha tenido la gracia de ser siempre cuatro o cinco puntos más arriba de mis fuerzas y que yo he sido uno de esos seres que ya nacen jodidos para todo el viaje. No digo que me hayan pasado grandes desgracias, y un pobre fotógrafo no puede dárselas de personaje de tragedia. Lo que pasa es que siempre he tenido pocas fuerzas. Cuando hablo de trabajo, no hablo de trabajo manual, naturalmente, sino de las preocupaciones. También me ha embromado

esto: aunque yo no niego que haya Dios, nunca he podido creer en Dios con esa seguridad que tenía mi madre, por ejemplo. "*Dios es la verdad y nada más*" decía mi padre. Habiendo sido engañado tanta veces en mi vida, amo de una manera enfermiza la verdad. Yo creo que si podemos en esta vida hacer algún servicio a Dios, no puede ser sino buscar la verdad. Samuel me decía siempre: "*Incluso cuando uno da limosna, debe buscar la verdad*".

Cuando se recibió aquí la noticia de que las naciones victoriosas en un gesto de equidad remitían el juicio del culpable de la guerra a la única nación que había mantenido gallardamente su neutralidad, aquello fue una bomba. Algunos sostuvieron acaloradamente que debíamos declinar esa responsabilidad; pero el singular honor que se hacía a nuestra nación y la gran afluencia de turistas que ello prometía, arrebató de entusiasmo a las masas, que también tienen muy vivo el sentimiento de la justicia y la sensibilidad a los destrozos horribles causados por la conflagración en el género humano gracias a la extensa información y a los conceptuosos editoriales que les proporcionaron los grandes diarios. Un periodista llamado Izarusta que se obstinó en oponerse, fue enviado a Ushuaia con universal aplauso de la opinión pública. Se dijo que los curas estaban detrás de esa opinión enconada y absurda; y se quiso relacionar la misteriosa desaparición del cura de Belgrano con ese asunto. La verdad es que los curas, en buenos argentinos, estaban tan embalados como nosotros, y formaban cuerpo con la masa de la nación. Es típica a este respecto la actitud de la Catedral, donde a partir de las siete y media cesaban las misas, se cerraban las puertas, y los sacerdotes confluían a las redacciones de los diarios. Por lo demás la inclusión (en el tribunal que condenó al Gran Perverso) de un alto eclesiástico de exquisita inteligencia y gran popularidad sella definitivamente el asunto.

3

Confieso que la fiebre que me invadió durante el alto acto procesal, que por momentos me hizo olvidar incluso

el estado fatal de mi mujer, se debió a mi amor por la verdad. Era el testimonio más solemne que se había dado en el mundo de amor a la justicia y a la verdad.

El arte del fotógrafo es buscar la verdad. Yo sé que hay colegas que con tal de que salgan mejoradas las clientas son capaces de fabricarles otra cara. Pero no es necesario falsificar, hay una cosa fundamental en cada rostro, que es lo permanente, y eso hay que buscar. Es cierto que a muchos les disgusta justamente que les saquen en pinta eso fundamental; paciencia, se pierde un cliente y basta. A veces se impacientan también de que yo no acabo nunca y es que estoy buscando la expresión fundamental. Pero este trabajo es también de los que cansan. A fuerza de mirar de ese modo penetrante, ahora las caras se imprimen en mí, o mejor dicho las almas; y eso en la práctica resulta muy embromado. Mi corazón se ha vuelto como cosa sin cerradura, no tiene defensa. Si estoy al lado de un moribundo, su agonía se imprime en mí, me imagino lo que sufre, siente y piensa, y medio me vuelvo moribundo yo mismo. Leí en un libro esta frase: "*estar abierto a las imágenes del mundo*", y creo que es eso mismo. Pero eso resulta —por lo menos en mí— una verdadera enfermedad. Por eso la enfermedad de mi mujer me hace tanto daño. Estoy convencido de que no tiene remedio. Mi madre me dijo una vez que si uno tuviera fe en la Redención del Verbo —una fe inmensa— podría hasta resucitar a un muerto. Pero por ese lado no hay esperanza.

Me revienta Samuel y me revientan todos los hombres sanos. Los hombres sanos no están abiertos a las imágenes del mundo, no necesitan de nadie, mientras que los enfermos necesitamos de todos. El que está enfermo necesita que haya algo firme, necesita que exista la verdad. Samuel se ríe de todo y dice que todo es matufia justamente porque nunca ha estado enfermo en su vida. Lo que a mí me embroma es la compasión: que quisiera remediar los males de todos y no puedo. Pero yo creo que ni siquiera por compasión se puede decir una mentira. Algunas veces algunas almas me persiguen días enteros, no puedo hacer sino pensar en ellas, pare-

cería que un espíritu lo acompaña a uno, por los colectivos, por las calles, por todas partes. Se han entrado en mi corazón y me vampirizan. Yo no sé cómo no me paso las estaciones del subte, cómo no me pisa algún auto.

Soy el último mendigo de la ciudad: no hay nadie que necesite de todos sus prójimos tanto como yo.

Bien: El alma del Gran Perverso también había invadido la mía: ese hombre cubierto de sangre, responsable de los crímenes de la humanidad, fue mi última obsesión.

4

El día que el Gran Perverso, cargado de cadenas, fue embarcado solemnemente en el *Nautílocus*, fue el mismo día del ataque de mi mujer. Por esa causa, no pude seguir del todo la marcha de los acontecimientos y debo acudir a los números de nuestro superdiario La Tribuna. La entrega formal del reo a nuestro vicepresidente, delegado al efecto, el viaje espectacular, las escalas en los puertos de Centro y Sur América, donde inmensas muchedumbres y ciudades literalmente enteras pedían a gritos ver al preso y aun lincharlo; la majestuosa entrada en nuestro puerto en medio del estruendo de las salvas y el flamear de las banderas de todas las naciones encabezadas por la gran bandera oro y gules de la Liga Internacional —¡qué casualidad, justamente los colores de Boca Juniors!— y por último la constitución del alto tribunal en el palacio desafectado del antiguo Congreso, son sucesos difuminados en mi memoria por los gritos terribles de mi pobre mujer, cuyos capilares esclerotizados, al romperse y traumatizar de hemorragias el cerebro, como dijo el doctor, le causaban esos dolores de cabeza insoportables y esa hipersensibilidad a todo sonido, que la volvía loca. Hasta dejé de poner algunos días la radio, que ella no aguantaba ni en sordina. Mi cuñado Samuel me traía noticias con su eterna sonrisa socarrona; y después entraba en el cuarto de la enferma, y, tomándole una mano, le decía dulcificando el vozarrón

hasta un susurro: "*Duerma hija. No haga caso. Todo es matufia*". El judío quería a su hermana locamente. Los dos son parecidos, y en el fondo son medio tocados. ¡Pobre negra, qué suerte te he preparado, cómo se me desgarra el corazón al verte allí, toda amontonada, y pensar en tu despertar de mañana! Perdóname, no puedo más. Por compasión me casé con vos, pero después nació el amor, una especie de amor callado y triste, como la comunión sin llamas de dos tristezas, o dos necesidades, un amor que más parece camaradería de dos reclutas en una campaña dura de continuas derrotas. Si no te hubieses adelantado a mostrarme cariño —aquel encontrarse casual de los ojos, el súbito rubor y el abrazo imprevisto— yo jamás me hubiese casado con nadie ni por sueños; porque, como siempre te he dicho, yo me considero casado. Tu explosiva declaración de amor fue en realidad un grito en demanda de protección, una entrega como la que se hace a Dios: ahora lo veo. No te he podido proteger. Te entregaste a un dios más débil que vos misma. Mañana sabremos si hay Dios o no.

5

El proceso fue un alarde de técnica y de ciencia —como es notorio—, de ciencia jurídica, de ciencia moral y de ciencia psicológica; y de técnica de publicidad, ya que la radio y la prensa argentina estuvieron a la altura de su misión, y hasta en Tasmania, en Groenlandia, en las islas Marianas, en los perdidos archipiélagos del Pacífico fue conocida nuestra nación y pudo seguirse palabra por palabra y punto por punto el acontecimiento que, como dijo el diario TÁBANO, solamente podía compararse por su magnitud con otro olvidado proceso judicial que tuvo por escenario las colinas de Atenas y por campo de acción el pretorio de una tiranía fascista llamada Poder de Ponzopillatto: "*La condenación de Jesucristo, que fue el primer hombre realmente democrático que hubo en el mundo, vengada ahora, al cabo de veinte siglos, con la condena hecha por toda la humanidad del peor enemigo de la democracia*". Claro que ese alarde fuera im-

posible a no ser por la infinidad de técnicos extranjeros de todas clases que vinieron con la misión Skolampadt y asesoraron continuamente a los jueces nacionales; aunque ciertamente el honor de juzgar quedó siempre en manos de los nacionales. Baste decir que al mismo tiempo que se proseguía el proceso verbal, sin poder al principio romper el obstinado silencio del reo, se constituía el examen caractero-psico-patológico, por medio de los *tests* el método Rorschach y el psicodiagnóstico Ernst Scheider.

Cierto que todo eso hubiese sido imposible a no haber venido de Europa las cuatro grandes cajas de hierro con todos los documentos auténticos que probaban el caso y que después se han publicado en el Libro Auri-Azul de la Liga Internacional. Se anunció que el Papa mismo hablaría por radio para confirmar la sentencia el día que se pronunciase; y aunque muchos dijeron haberlo oído, parece que en realidad, por una cosa u otra, no habló nada.

Tengo aquí la Revista de Medicina de la Capital, número extraordinario, con todo el material científico obtenido, diagramas, análisis, esquemas, psicogramas, radiografías y fotos en profusión. Aunque no entiendo naturalmente el trabajo, rubricado por los tres neuropsicologistas más eminentes de la Facultad, el peso del testimonio científico es impresionante para cualquiera, sacando naturalmente al fanático de Samuel. Si no hubiera habido fotos, yo hubiese adherido tranquilamente al juicio de todo el mundo y de tan grandes sabios, y hoy no estaría en la tragedia en que me encuentro. Pero había fotos y nada he amado yo en el mundo tanto como mi arte. Comparé sin pensar dos fotos y brotó en mí una chispita de extrañeza. Al principio fue mero pique profesional, después se volvió curiosidad, después pasión, después absoluta decisión de saber la verdad, y después vino la catástrofe.

6

Había dos retratos de perfil y dos de frente del Gran Perverso con su asqueroso prognatismo, su calva inde-

cente, su boca falsa, los ojos huidizos. Uno de los cuatro retratos estaba un poco neblinado. Me puse a estudiar la causa y de repente cruzó mi mente una impresión fenomenal: *los cuatro retratos no eran de la misma persona.* La cara parecía exactamente la misma y sin embargo... Sí, sí, que me vengan a mí con trampas, que estoy cansado de hacer trucos fotográficos. Examiné a lupa el fino *couché* de la revista y la evidencia estalló. Aquellos cuatro semblantes pertenecían a cuatro personas diferentes, muy parecidas. En ese momento entró mi cuñado. Para disimular mi excitación le pregunté las nuevas; y él me tendió el diario EL FAROL. Había una nueva foto del reo. Se me heló el corazón: sin lugar a duda mi ojo ya prevenido descubrió que se trataba de una quinta persona. Me turbó tanto que participé mi descubrimiento a Samuel. El gordo se rió hasta cansarse y me dijo: *"¡No te decía yo que todo era matufia!"*. Esa es una muletilla de Samuel. Me irrité, le dije no sé qué cosa y acabamos peleados. *"Todo es matufia, la paz es matufia, la victoria es matufia, el tratado de Ginebra es matufia, la Liga Internacional de Pueblos Antiagresores es matufia"*.

—Y qué ¿qué es lo que no es matufia entonces?

—Ganarse el pan honradamente y ayudar a los pobres . . .

Como digo, Samuel es un fanático y medio tocáme-un-gato.

Aquel día nos peleamos, pero pronto el gordo había de apasionarse más que yo y ser mi principal auxiliar en develar el misterio. No ejerce la religión judía ni tampoco es adversario de los cristianos; pero lee la Biblia y dice que hay que ser fieles a la palabra de Dios, que resulta profiriendo cosas de lo más raro. El pronuncia algo así como *"jacarandina jacarandina"* y dice que significa que todos los hombres mienten y todo es matufia. *"Todo hombre es falso"*, eso dice la Biblia según Samuel. Samuel parece una mujer. Entonces no se podría vivir. Hay hombres de todas clases. Mi padre nunca dijo una mentira y murió a causa de eso.

7

Abrí el diario El Farol. Aquel día el reo había hablado. Recuerdo aún los grandes titulares: "*El Gran Perverso abrió su boca — Palabras sibilinas — Digna actitud del doctor Repecho — Extraño incidente: el grito de la mujer que se desmaya — Correcta conducta de las masas en la Plaza Congreso — Disturbios en Avellaneda: un connacional del reo linchado por la muchedumbre — Espléndida actuación de la policía: no se permitirán más desórdenes — Telegrama de felicitación del presidente de la Confederación Mundial de Rótarys — Diputados de Cuba y de Colombia llegan a la Capital como testigos del proceso — No se darán más tarjetas para entrar en la sala — La doctora Ballesteros integrará el Alto Tribunal en representación de la mujer argentina: renuncia del doctor Alfredo Cabaños — Banquete del Presidente a los miembros de las delegaciones extranjeras — Las tropas acuarteladas y prestas a mantener el orden — Peritaje de las palabras pronunciadas por el Maldito: idioma desconocido — Nuestra emisora fue la primera en dar la noticia — Vea en la página 26 las condiciones del concurso con premios de hasta 10.000 que abre este diario ...*", etcétera.

Pero nada de todo esto me daba la solución de mi enigma. ¿Quién había visto cara a cara al reo? ¿Cómo era exactamente el reo? Leí el editorial, muy bien escrito. El escritor comparaba el juicio con los más grandes acontecimientos de la Historia insistiendo mucho sobre el carácter religioso de los actos, pues como decía "*aquí ya no son hombres que juzgan a otros hombres, sino prohombres de una nación libre investidos de la representación de toda la humanidad. Y no se trata de una querella de intereses materiales, sino de dirimir el derecho natural del pueblo a la felicidad, de suprimir la guerra, de castigar con noble equidad a Aquél en cuya comparación todos los criminales del mundo son como inocentes niños, y de fundar para siempre la paz infalible y la concordia de los pueblos libres en una fraternidad que no reconozca fronteras de razas ni de religiones*".

Al día siguiente mi mujer amaneció aliviada y fuimos con Samuelillo a la Plaza del Congreso. A las siete de la mañana no cabía un alfiler en la inmensa plaza. Samuelillo como vigilante retirado se arregló para entrar conmigo hasta un magnífico altavoz. Había fácilmente 100.000 personas, dijo Samuel, y era verdad lo que decía el diario, el silencio religioso de la multitud, la profunda emoción que poco a poco nos ganaba, que ni en la Chacarita el día de los Muertos había visto yo cosa semejante. Cada nueva noticia caía sobre la masa como una gota de agua sobre un hierro ardiente, surgía una exclamación ensordecedora y después otra vez el extraño silencio. Yo había entrado en iglesias acompañando a mi madre y siempre me habían repelido: esas mojigangas que yo no entendía, esas oraciones a gritos de los chicos en coro, esas musiquitas, esas predicaciones de cosas demasiado sublimes para mí, de cosas irreales que no les hallaba asidero con mi pobre realidad. Pero esto de aquí era una cosa diferente, tocaba la misma médula de la vida, cada frase del locutor era una revelación. La solemne entrada de los jueces togados entre dos filas de granaderos a caballo, el límpido alarido del clarín, la ceremonia del juramento tomado de nuevo por el obispo, las palabras augustas del presidente de la Asamblea, los tres golpes fatídicos con el martillo de plata y después la voz del reo, esa voz metálica inconfundible Fue necesaria toda la elocuencia y la habilidad del locutor, y un poco de gases lacrimógenos, para el milagro de contener la turba que cada vez que oía al Gran Perverso, explotaba en una tromba de insultos. Samuel escuchaba impertérrito con su cara de zanahoria semita, inmóvil como una esfinge. De vez en cuando se volvía a un vecino y le preguntaba:

—¿Usted lo vio? ¿Qué facha tiene?

Todos lo habían visto, pero todos daban descripciones diferentes: a unos les parecía un tigre, a otros un mono, a otros un demonio. Se discutía si tenía o no bigote. Hasta hubo uno que aseguró que tenía bigote, melena y barba y medio medio se acercaba a la cara que tienen las estatuas de Jesucristo. Yo me había olvidado

del motivo que me había llevado y hasta de mi mujer: estaba hecho un energúmeno y gritaba como todos. Recuerdo el momento más dramático de la sesión, el diálogo como un cruce de espadas o de látigos entre el Juez Monseñor y el Gran Perverso después de leída la sentencia:

—Obré en nombre de mi pueblo —la voz metálica, chillona, odiosa, penetrante.

Tumulto, gritería, insultos soeces, mueras y maldiciones del pueblo y después el golpe del gong y el profundo silencio.

—Entonces su pueblo es criminal, y usted que es su más genuina expresión debe expiar por él —la voz serena, clara, aterciopelada del eclesiástico.

Aplausos, vítores, vivas, gritos y júbilo.

—Mi pueblo tenía hambre.

Ídem.

—Y usted le dio a comer carne humana.

Ídem.

—Obré movido por la fatalidad histórica.

—No hay fatalidad. Hay Providencia.

—Hice lo que no pude menos.

—Y nosotros haremos lo que debemos.

—Protesto de este fallo ante el tribunal de Dios.

—Dios no ama a los enemigos de la libertad.

8

No asistí a la apoteosis que siguió, en la cual el pueblo tomó en andas a los jueces y los llevó a la vecina iglesia de la Consolata, donde se celebró un solemne *Tedéum*. Me había recordado de golpe de mi mujer; en efecto, cuando llegamos a casa, deshechos de cansancio y con la ropa hecha hilos, la casa retemblaba con los gritos de dolor de la pobrecita que había tenido un nuevo derrame facial. Desde ese día empezamos con Samuel el planeo de nuestro extraño experimento. Tampoco asistimos a la ejecución. Lo demás del caso es sabido. La resistencia de la mayoría de los obispos a celebrar *Tedéum* el día de la ejecución, a pesar de haber sido silenciada por la

prensa, provocó descontento en el pueblo y después del decreto del 8 de julio (destituyendo a cuatro obispos y amonestando a los demás) tumultos que duran hasta hoy día. El obispo de San Nicolás se hizo atropellar por un caballo por salir al frente de una procesión de mujeres de Acción Católica sobre la cual cargó la policía. Esto no agradó a nadie, pero hay que ver que era un obispo imprudente. Ya que bendicen todo, no se ve por qué se han de negar en este caso a bendecir el cadalso, como lo hacían en la Edad Media, a no ser por oscuras razones políticas —dijeron todos los diarios.

La ejecución fue privada, naturalmente, aunque el inmenso cadalso era visible desde toda la calle Las Heras a partir de Rivadavia hasta Plaza Italia; y el pueblo escuchó con sombrío regocijo el crepitar de las tartamudas que cosían a balazos el cuerpo del Gran Perverso y lo deshacían hasta que no quedó de él, como dijo con gracia el locutor (que fue nada menos que Bunfamani, el locutor de fútbol, nuestro mayor artista de la dicción), un pedazo más grande que una uña. Pero yo ya estaba en casa manipulando las placas preciosas que habíamos obtenido subrepticiamente sin soñar siquiera el golpe que me estaba esperando detrás del hiposulfito.

9

Aquí están los negativos. Los he revelado con el cuidado más exquisito, con verdadera angustia. Son hijos de mi mejor *Cóntax*. Esto no miente. El tictac del reloj está marcando implacablemente la hora más fatal de mi vida.

Yo no sé si tengo el derecho de eliminar de este mundo a mi mujer y a mis tres hijos. Tampoco sé si tengo derecho a permitirles continuar viviendo. En la duda he dejado al Azar que decida.

Pero no he escrito todavía nuestro experimento, lo que llamaba Samuel "la gran pillada". Seré breve.

Todo se debió a una casualidad. Samuel tenía un primo en la policía, un gordinflón parecido a él. El primo hacía guardia en el recinto del Alto Tribunal. Por

mucho que quisieran celar el secreto de las sesiones, necesitaban servicio de guardia y servicio de *buffet*. El primo de Samuel se enfermó, o, mejor dicho, le entró una chifladura que decía no podía aguantar el *aire* del gran Salón de Sesiones. Decía que se asfixiaba y tenía palpitaciones, evidentemente era una *crampe* nerviosa. Le pidió a Samuel que sin decir nada lo supliera. Samuel aceptó por ver la cara del reo: la curiosidad insana ya nos estaba devorando a los dos. Entonces me centelleó en la mente la idea natural y atrevida de fotografiar por mi cuenta al reo. Samuel aceptó, a pesar del peligro del caso. Inventé un dispositivo especial y le escondí una *Cóntax* bajo el chaquetón, que a un leve rozar del dedo daba *snaps* exactísimos. Queríamos a toda costa saber la verdad verdadera acerca de la cara del reo o de los reos.

Aquello era asombroso. No había dos personas que lo hubieran visto del mismo modo. Las descripciones de los diarios eran ambiguas. Los retratos eran todos parecidos, pero ya hasta Samuel había advertido la verdad que yo columbré desde el principio: eran fotos amañadas, fotos de diferentes personas. Todos los que pretendían haber visto al reo diferían en las notas más gruesas. Desde luego todos decían que tenía una cara de perverso, de malvado, de demonio, de malignidad de hiena; pero para unos era alto y para otros bajo, para unos gordo y para otros flaco, para unos zarco y para otros cetrino. Lo raro es que la gente no se había percatado de la discrepancia hasta que nosotros empezamos con nuestras preguntas a suscitar apasionadas discusiones. Parece que la cosa llegó arriba, porque de repente apareció un día en todos los diarios una *"fotografía oficial del Gran Perverso, única autorizada"*, la cual empezó al mismo tiempo a venderse a diez centavos en todas las estaciones del subte. Pero eso nos escamó más todavía y lo puso fulo a Samuel. "Matufia, matufia y matufia", decía el gordo. Bien. Pronto sabremos la verdad. La placa no miente. Las tres últimas sesiones del alto acto procesal las pasó Samuel enfundado en el uniforme de su primo tomando una tras otra las más infalibles instantáneas del Criminal Máximo, que estaba allí enfrente de él in-

móvil y tieso como una estatua, en la caja de los acusados.

Y bien, aquí están las placas. Cada rollito de la *Cóntax* tiene cien *snaps*. Samuel tomó tres rollitos.

¡Nada!

10

No hay nada. El Gran Perverso no está. No existe. Es aire, vacío, es mentira, es ilusión y es nada.

—Nada, nada, nada.

No quiero decir que se hayan velado las fotos. Han salido espléndidas. Aquí está la barra, allí los invitados, allá el Tribunal, los jueces, la escolta, los peritos, los testigos, la caja del acusado; y en la caja hasta las moscas. Pero el acusado no está. No hay nada: ni una mancha negra, ni una neblina. *Nada.*

Samuel tuvo cuidado de tomarlo de todas direcciones y distancias posibles. Tuvo la precaución de tomar fotos testigos, una foto de la escalera, una foto del techo, la mano de un garzón con una bandeja. El dispositivo funcionó maravillosamente. Hay una instantánea de un agente poniéndole las manillas al reo; pero no están las manos del reo ni tampoco el reo, las manillas se cierran sobre mí con la precisión de la locura.

En este momento pasa afuera un canillita gritando: "¡La sexta! ¡La sexta! ¡Boletín Oficial! ¡Las últimas consecuencias del fusilamiento del Gran Perverso". Y yo sé que el Gran Perverso no existe. Y el mundo todo dice que existió el Gran Perverso. Pero yo sé que no es verdad. Y no puedo aguantar esta verdad.

Yo puedo estar loco. Pero la *Cóntax* no puede estar loca. Y el mundo entero tampoco puede estar loco. He aquí los dos imposibles.

Todo es matufia.

He dado a mi mujer una dosis doble de Luminal. Esa dosis la hace dormir seis horas. Pero a veces la cefalalgia la despierta lo mismo. Si hoy se despierta antes, verá lo que he puesto sobre la mesa de luz, se levantará

y salvará a sus hijos aunque se le rompa la venita definitiva. Si no despierta a tiempo... acompañarán a su padre. No soy yo quien ha de disponer de sus vidas, habiéndoles dado la vida.

La vida, ¿para qué? Si no hay verdad en el mundo, ¿para qué? Todo es matufia. Pobre Totín, demasiado ha sufrido con el eczema que tuvo a los cinco meses. Pobre gordito risueño.

Ese reloj me angustia. Pero yo digo esto: si todo el mundo está en el error y yo solo poseo la verdad, entonces yo soy Jesucristo. Pero yo no quiero ser Jesucristo, porque no tengo fuerzas para ser Jesucristo. La verdad me aplasta, no puedo sostener la verdad yo solo. Si todo el mundo está en el error, yo también debería estar en el error con ellos. Pero el *Cóntax* no miente.

Yo no sé si habrá un oído que me oye y un ojo que me ve. Si lo hay protesto delante de él solo, en el silencio y en la tiniebla de mi desesperanza, que no soy yo propiamente quien se quita a sí mismo en este instante la vida.

El caballo con alas

La primera guerra extranjera que tuvo la Argentina fue una derrota —aunque por suerte los vivachos argentinos la han convertido en una "victoria contra la tiranía"; todos los días lo dicen por radio, y yo vivo en la calle que conmemora esa derrota-victoria (¡como para olvidarla!)—; la segunda guerra extranjera que tuvo fue una iniquidad y una estupidez. Después no tuvo más guerras extranjeras, por suerte. No cuento la "victoria paralítica" de Ituzaingó, porque aquélla no fue guerra.

Este país, que no ha dado nada hermoso al mundo, que está ahora ulcerado de ignominias, que traga ignominia y vergüenza como si fuera agua, que no reacciona por ganar dinerillos —que después se los quitan— al proceso de cretinización a que está sometida, me duele. Yo no tengo más remedio que haber nacido aquí y salir no puedo, sin contar que he hecho un voto a Dios de no salir; y la necesidad, la charlatanería y la sordidez son como un baño de ácido sulfúrico en mi piel. Así que no tengo más remedio que aislarme. Yo no sé cuánto voy a vivir todavía, pero el médico dice "mucho"; según él, tengo malos nervios pero buenas arterias; de modo que mi vida va a ser mala pero larga. La peor enfermedad que existe es la vejez; pero es una enfermedad que todos desean.

Lo único que me sostiene es un encuentro que tuve en el año..., bueno, hace muchos años; si fijo la fecha van a pretender que miento...

Estaba junto a una laguna en el sur de Buenos Aires. En las costas del Salado: una laguna cubierta de juncos y yuyales, que no sirve para pescar aunque hay

muchos sábalos; que no sirve para cazar aunque hay patos; no sirve para navegar; y no sirve para plantar arroz. Ni para verla sirve. A mi lado estaba suelto mi caballo Monstruo. Relinchó. Había al lado otro caballo blanco que un hombre vestido de tela sucia, botas finas y sombrero negro traía de la rienda.

Era un caballo como en mi vida he visto: parecía tener la fuerza de un frisón con la esbeltez de un árabe; tenía la crin casi hasta los cascos, los ojos enormes parecían un poco maliciosos; un gesto como de un hombre que ha visto cuanto hay que ver en el mundo y no se la pega nadie. Le hablé al animal, sin darme cuenta de lo que hacía.

—¡Oh flete! —le dije— aquí no hay nada, ¿qué andás buscando?

El flete hizo una sonrisa con el belfo. El hombre dijo:

—Entiende pero no habla. Hablo yo por él.

Era un petisón medio viejón, barba gris: me pareció haberlo visto en algún lado y más de una vez, pero más joven. Le dije:

—Discúlpeme si le hablo sin que nos hayan presentado, pero estamos en el mediolcampo; ¿usté no es por casualidad el que arregla los teléfonos en Buenos Aires?

Se rió y dijo:

—Otras cosas hay que arreglar primero.

—¿Y usté las va a arreglar?

—Mi caballo —dijo él—. Mi caballo vuela. Si acaso, las va a arreglar él. No sé si podrá.

Los criollos son medio bromistas y hay algunos locos.

—Me voy a presentar: yo soy escritor o algo así, y me llamo Pablo Venancio Borges.

El viejo rió en su barba:

—Yo acabo de decir una mentira, ahí en el boliche del turco me preguntaron mi nombre y dije el primero que me vino. Pero esto que le dije de mi caballo no es mentira del todo, ¿eh, Rohanel?

El caballo estaba plantado con las delanteras abiertas, oliendo el aire; el mío pastaba.

—Aquí —continuó el viejo— al otro lao, sobre esa lomita del ombú, fue la batalla del Cainil contra los indios: Rosas los arrojó a la laguna, simplemente. Aquí me cortaron la quijada de un lanzazo, por eso llevo barba. También estuve con San Martín...

—¿Y con Juan de Garay? —le pregunté.

—Llegué tarde. Ya se habían repartido todos los terrenos —respondió muy serio.

—¿No se llamará usted Rodrigo de Triana, por un acaso? ¿Con Colón no anduvo?

—Aquellos españoles —continuó él— eran bravos y bastante rudos; pero no era mala gente. Lástima los echaron demasiado pronto.

—Y fue San Martín el que los echó —le retruqué.

—No crea, amigo. Mucho antes comenzó la cosa. Cuándo, no se lo podré decir. Pero ahora ya eso es agua pasada, como la famosa "Reconquista" contra los moros, que fue cosa grande. Yo conocí al Cid Campeador. También a San Fernando Rey, que era así como yo más o menos de alzada y bastante feo el pobre.

—¿Usted trabaja aquí, en el Reposo?

—Trabajé —dijo—. Tuve que salir a causa de la *malevosía* de un comisario. Anduve con los indios un tiempo.

—¿Y ahora?

—No tengo ni una tapera —dijo—. No trabajo más. Enseño a la gente a vivir bien. Y gano carreras.

—¿Enseña a la gente a vivir sin trabajar?

—Vendo cantares —rezongó—. El oficio más excelente que hay en el mundo es hacer cantares; y el segundo, es cantarlos, con tal que sean buenos. Y además, doy buen ejemplo. Jesucristo no hizo otra cosa.

Sin darme cuenta me había puesto a discutir con un loco, que era gracioso. Entonces sonó un tiro de escopeta y un verdadero nubarrón de patos se alzó sobre el lugar y la laguna se pobló de gritos. Solamente entonces me percaté del extremo silencio que nos había rodeado. Miré mi matungo, que ni siquiera había oído el tiro; el otro caballo había desaparecido.

—Dígame un cantar —le dije al hombre.

—Desde la madrugada ando haciendo uno; y todavía no tengo más que cinco versos...

—¡Uno antiguo!

—Aquí va:

"Almita, blanducha, loquincha
traslúcida, trépida, cálida
oasis y sostén del cuerpo
¿adónde irás hora luego?
Desnudilla, tímida y pálida
terminóse ya tu juego".

—Éste lo hizo Martín Fierro —concluyó.

—No sea loco —le dije—. Eso lo hizo el emperador Adriano Elio cuando estaba por morir:

"Animula, vagula, blandula
hospes comesque corporis
¿quo nunc abibis in loco?
Pallídula, rígida, núdula...
Nec ut soles dabis jocos".

Dicen que el último verso es flojo. Ninguno hasta hoy ha podido traducirlo bien; y los ingleses han hecho más de cien traducciones al inglés. Conozco uno de memoria, de Lord Byron nada menos:

"Ah! gentle fleeting wawering sprit
Friend and associate of this clay
To what unknown region borne
Will you now wing thy distant flight?
No more, with wonted humour gay
Go pallid, cheerless and forlorne...".

—Eso lo hizo Adriano, español del Sur nacido en Itálica, o sea en Sevilla, el mayor emperador romano...

—Y bueno —dijo él—. Será.

—El mayor en cierto sentido. Tuvo los tres vicios paganos: fue orgulloso, cruel y libertino.

—Y bueno —dijo él.

—¿Me va'a decir que usted también anduvo con Elio Adriano?

—Mi caballo —dijo él, indicando a la derecha con la barbilla.

—¿Dónde anda, a esta hora?

—Ya volverá —dijo—. Vuelve solo. Bueno: el verso que andaba hoy haciendo dice así:

Salve, país del Plata y de la plata
Vanilocuo bastardo y botarate
Donde la carne y la gloria es barata
Mitre es un héroe, Mármol es un vate.
Salve, país donde la gloria en lata...

—Ese verso es flojo —le dije.

—Justamente —ripostó— por eso no pude seguir. ¿Qué consonante hay de *plata*?

—¡*Mata!* —le dije.

—Muy bien. ¿Mata verbo o mata sustancia?

—Los dos si a mano viene.

—Pero éste es mejor dejarlo para el final. Pienso decir al final que el ombú no es un árbol, es una mata; pero se cree árbol. Es el símbolo nacional de la Argentina. Es un yuyo megalómano —y miró al ombú de la lejanía—. Se cree árbol y es mata.

—Sabe mucho usted para ser tropero. Se ve que ha hecho de todo, hasta de mestrescuela, como todos nosotros. Pero ese cantar que está haciendo es contra la patria.

—¿Y de áhi? ¿Qué estaba haciendo usted, sentao en ese tronco cuando yo llegué? ¿No estaba maldiciendo la patria?

Me espantó, porque realmente no sé cómo lo pudo saber. El caballo estaba otra vez a su lado, y me miraba; y realmente tenía los ojos con malicia, un poco tristones.

—Yo maldigo *lo que Ellos llaman "patria"* —objeté— que está plagada de ignominia. Fíjese, me acaban de echar de mi cátedra y otro empleíto que tenía, y que cumplía. ¿No es una ignominia? Siete veces ya me han echado, que ellos llaman *exonerado*, y el primero que me echó fue el arzobispo de Buenos Aires; y eso, por un antojo.

—Bah —dijo él—, ésa no es una ignominia mayor. Más me han echao a mí; y del mundo me echarían si pudieran. Me han corrido de todas partes, de la Escuela, del Trabajo y de la Iglesia, como dijo el emperador ese que su merced antes mentó. Pero yo corro más que ellos. Gano todas las carreras. Diga que no juego por plata.

—¿Y usted cree que esto puede tener arreglo?

—Há'i tener —dijo con los ojos bajos, rayando el suelo con una bota— há'i tener. Tiene que ver usté qué buena es la gente de aquí en el fondo, cuando a uno lo entienden un poco. Malos deveras no debe haber más que uno cada cinco o cada diez. Pero bueno del todo, la broma es que no hay ninguno. Yo recorro todo el país, al tranco nomás, sin apuro, con este caballo; que cuando él quiere y yo no quiero, vuela. En dondequierita encuentro alguno que quiera vivir bien, le enseño a bien vivir, a veces solamente haciéndole que sí con la cabeza. Ese há'i ser el remedio. Cuando haya muchos que quieran vivir bien; claro que algunos van a tener que morir...

—A mí me han muerto —musité—. Yo me doy por muerto.

—Mejor —dijo él—. Así le voy a poder prestar el caballo; que lo que es el suyo, no sirve. De no estar usted desesperao, no se habría sentao aquí; y de no sentarse aquí, no se hubiera encontrao conmigo.

El poderoso silencio nos había envuelto de nuevo: ni soplo de viento, ni una hoja. El tiempo estaba tapado de espesos nubarrones. El animal blanco olía soplando la tormenta. Yo no sabía qué decir. El viejo loco se me imponía.

—Pero ¿por qué? —balbucí—. Pero ¿cómo? ¿Y entonces?

—Me había puesto en turbación como un fantasma, si era real o irreal el viejo, no lo sé, pero si no era real, yo estaba más loco que él; porque patentemente lo veía a la luz espesa de la tarde fulva leonada.

—Estos tiempos son demasiado para mí —concluí—, ¿por qué tuve que nacer en este tiempo? —Y lo miré; el viejo estaba montado en pelo y yo no lo había visto montar. Las riendas arrastraban por el suelo y él estaba aga-

rrado a la larga clina; la cual partida pareja en dos parecía en crenchas plumosas mismamente como dos alas. El viejo tardó en contestar:

—Yo estuve —dijo— con Policarpo obispo de Esmirna, que fue un escritor mediocre como vos... bien sabés, que ahora le dicen San Policarpo cada 26 de enero, porque hizo un milagro o dos después de morir, que en realidad lo mataron, pero mucho pior que a vos.

Cuando el obispo andaba por la calle, porque caballo no tenía y auto mucho menos, y veía venir un grupo de gente, y nianquesea un solo gente, salía disparando a los gritos diciendo: *"¿Dios mío, en qué tiempo me has hecho nacer?"*. Y era obispo. Yo no digo que no sean malos estos tiempos, pero todos los tiempos han sido malos; y si éstos son los piores, se aplica el refrán que dice: por lo más oscuro amanece; porque todos los tiempos están a igual distancia de Dios. Porque tenés que ganarte la vida haciendo copias a máquina con un solo dedo, ya te das por muerto y condenado, y porque no te dejan acabar un libro y otro libro que publicaste nadie le hizo caso, como si el mundo pudiera salvarse con libros, que ya hay demasiao dellos. ¿Y Jesucristo qué hizo? Mesas y arados y después cantares a su manera, a la manera de aquel tiempo. En este tiempo hay máquinas de hacer versos, dicen, así que Jsucristo se ahorra el trabajo; yo los hago a mano. Pero quería decirte esto: a vos en la escuela te enseñaron una punta de macanas acerca deste país, las creíste —y a mí me pasó lo mesmo— y al llegar a la madurez se te vino abajo el techo y hasta las paredes; así que ahora te das el lujo de hacerte el desesperao y el crucificao. No es para tanto.

—Me vas a decir seguro que el hombre puede vivir sin patria...

—Patria provisoria tenemos ya basta los hombres solos. Solos hay que andar en este tiempo si uno quiere andar mejor. Cuesta al principio, pero se puede. Las langostas andan en mangas; pero el pájaro cantor, solo. No has conocido tu vocación, querías sacar premios literarios y andar con el gaterío. Ahora ya sabés; y nunca es

tarde. ¡Sé más feliz que yo! —y alzó la voz hasta un grito en el gran silencio.

Sin talonear, el caballo dio un brinco hacia la laguna. Di un grito, pero el caballo no se hundía.

Que me caiga muerto aquí mismo si miento, pero mismamente parecía que volaba. Se perdieron atrás del ombú, y yo mirando a ver si salían, en el cielo por un abra (o *clarazón* que le dicen) vi el lucero de la tarde.

Cuando les conté todo esto con precaución a dos vecinos, no tuve mayor éxito. Tengo que andar solo, porque la mayoría no creen; y los que creen, a lo mejor creen demasiado.

Índice

PARTE PRIMERA: *MARTITA OFELIA*

PARTE SEGUNDA: *ROMANCES PARA CIEGOS*

PARTE TERCERA: *CUENTOS DE FANTASMAS*